

TONTODECHOQUE'S

BROKEN BONES



HUESOS ROTOS

Una obra de tontodechoque.

Capítulo 1: Encuentro



1

Año 1, día 1 de enero:

Primer día como caballero. El procedimiento de iniciación ha ido bien. Ya casi he memorizado la estructura de la torre. Mis superiores dicen que ven gran potencial, pero sé que dicen eso a todo el mundo. Los compañeros son de apariencia simpática, de momento. Con ganas de aprender.

Año 1, día 2 de enero:

Todo en orden.

Año 1, día 3 de enero:

Ídem.

Año 1, día 4 de enero:

Ídem.

Año 2, día 26 de julio:

(Entrada vacía.)

Año 3, día 18 de octubre:

Ídem.

Año 5, día 29 de junio:

Ídem.

Año 7, día 5 de febrero:

Un intruso ha entrado en la torre desde el valle. Sin contrabando, armado con una espada. Parecía desorientado y asustado, así que nada más entrar le instruí como salir del bosque sin morir. Cogió un par de provisiones y se adentró en la arboleda.

Año 7, día 6 de febrero:

Todo en orden.

Monotonía.

Si había una palabra que describiese ese sentimiento de desasosiego que caracterizaba cada instante de su vida adulta sería esa. Monotonía.

Desde que ascendió a jefe de estudios la responsabilidad se fue amontonando con el estrés y juntos hacían una mezcla especial de desesperación. Lo único que pudo salvar ese inmenso aburrimiento que le consumía fue el escándalo con Rouge, pero eso hace ya cinco años o así. El recuerdo de la controversia era perfecto para distraerle de la monotonía. Esa maldita monotonía.

Los mismos pasos, las mismas palabras día tras día, las mismas caras, las mismas calles, la misma comida, el mismo uniforme, los mismos formalismos. Se sentía como si le hubiesen puesto una maldición y tuviera que revivir el mismo momento una y otra vez. Un día se volvería majara.

No es que odiase su trabajo, o a sus chicos, es solo que necesitaba un descanso. Tenía que escapar. Aunque solo fuera un día, tenía que alejarse de todo el vacío que conocía como rutina si quería seguir teniendo la cordura intacta. Necesitaba un cambio, algo que le recordase que todavía no había muerto. Que su corazón seguía latiendo igual de fuerte que siempre.

Necesitaba un reto.

Justo daba la casualidad de que se le permitía compensar las horas de trabajos extra si estas superaban las 24 horas acumuladas con días de vacaciones, y justo daba la casualidad, también, de que había estado guardando suficientes días como para permitir irse un mes. También daba la casualidad de que había comunicado previamente que se iba a ir de vacaciones a mediados de mayo, y también daba la casualidad de que su cumpleaños era en ese mes. ¡Menuda casualidad!

Ese día, aun así, tenía que aguantar. Mayo todavía no había llegado, pero casi podía saborear la libertad que le supondría ese ansiado mes. Faltaban un par de semanas, así que ese era el tiempo perfecto para comunicar a sus

inferiores y alumnos sus tareas mientras estaba fuera. Iba a echarles de menos, a su manera.

Todo el papeleo necesario para canjear sus ansiados días libres le estaba mareando, así que para descansar decidió empezar a planear lo que haría una vez hubiesen comenzado. No pensaba quedarse en su casa todos los días, eso seguro. Tanto tiempo fuera del campo de batalla le había dejado con ansias de aventura.

Se decantó por encontrar el mapa de Soluilde más cercano en la biblioteca de la academia y revisar por qué sitios no había ido hasta el momento, lo cual fue en vano ya que la mayoría de lugares emblemáticos que le llamaban la atención ya los había visitado. Sus excursiones, por lo tanto, deberían extenderse a rincones más profundos de Galtérea si quería la satisfacción de una nueva odisea.

Mientras buscaba mapas del resto de regiones, recordó una anécdota en específico que escuchó varias veces por los pasillos del recinto escolar. Se decía que en algún lugar de la frontera oeste del bosque Astra se hallaba una temida torre embrujada, la cual hacía como puente entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Esa última parte debería ser hipérbole, pensó. Aun así, no hubiera sido muy disparatado ir a buscarla, y si de todas maneras no existiera la torre de la leyenda siempre se podría haber entretenido en el bosque. Ya se había mentalizado de que ese sería su primer destino.

Para Vermillion, su plan era diversión asegurada.

3

Año 7, día 10 de mayo:

Ídem.

Año 7, día 11 de mayo:

Ídem.

Año 7, día 12 de mayo:

Hoy he avistado un quebrantahuesos. No permitiré que haga su nido en la torre.

Tras unos arduos días, por fin consiguió salir por la otra parte del bosque. En parte fue culpa suya, pues quería retarse a sí mismo dejando su hacha en casa; lo único que consiguió con ello es ralentizar su progreso. Mucha gente se sentiría incluso halagada de poder disponer de un arma en cualquier momento y la llevarla a todas partes por lo que pudiera pasar; Vermillion no era ese tipo de persona.

Aun así, lo malo ya había pasado, pensó; si tenía suerte, esa torre estaría habitada y tendrían alguna que otra reserva de comida, si es que eran lo suficientemente caritativos como para darla a alguien que ha estado pasando hambre durante días.

Su siguiente objetivo era, por lo tanto, encontrarla. Según lo que había oído, se suponía que la torre aparecería al traspasar Astra, pero no era capaz de avistarla. Rápidamente ignoró el cansancio de sus piernas para proseguir con su camino a lo largo de la frontera, sería un problema para más adelante.

Se tomó este ligero paseo para plenamente asimilar que por fin se había alejado del entorno académico al que se había sometido los últimos años. El respirar aire nuevo le reconfortaba, y esperaba que lo que su olor adictivo no fuera ninguna especie de veneno pulverizado. De alguna manera, se sentía como si estuviese haciendo algo prohibido, que no estaba teniendo en cuenta la normativa de la academia, la cual ya se había integrado casi en su integridad en su día a día.

A veces se sorprendía de lo mucho que había cambiado su manera de ser una vez había sido contratada. La cantidad de autocontrol que había ganado era sobrehumana para su naturaleza insaciable. Su carácter ha mutado considerablemente, casi se siente orgulloso de lo mucho que ha conseguido gracias a la palabra y no al puño. Pero, por otra parte, sabía que era una farsa. Un antifaz que usaba para poder sobrevivir en un mundo donde su manera de ser era la inadecuada. Allí, sin embargo, podía ser quien quisiera ser sin disculparse con nadie, mas la naturaleza no iba a juzgarle. En ese momento, era la persona más normal del mundo.

Lo echaba de menos.

Cesó su caminata al distinguir una erguida forma en la lejanía y redirigió sus pasos hacia el lugar de su procedencia. Al cabo de unos pasos más, la encontró.

Torre Cortafuegos. El lugar que separa las hordas de los muertos de la tranquilidad de los vivos. El sitio que tanto anhelaba investigar, que tanto llamaba a su instinto. Una majestuosa obra arquitectónica de verticalidad inigualable, la cual aparentemente continuaba bajo tierra hasta el inframundo y más allá de las tinieblas.

Sin dudarle, se dirigió en un instante a la entrada y se adentró en ella.

Lo primero que notó fue la diferencia de claridad entre el interior y el exterior. Vermillion forzó la vista para acostumbrarse a la oscuridad de la zona. Una vez adaptados sus ojos, se percató de que en las paredes se mostraban colgadas antorchas apagadas. Naturalmente, cogió una de ellas por si más adelante encontraba algo con lo que hacer fuego.

—¿Hola?

La reverberación del recinto hacía que su voz se distorsionara más de lo que hacía su propio casco. Esperó un rato para ver si alguien respondía a su saludo, pero solo consiguió percatarse de su propio retorno.

Puso su mano izquierda en la pared para seguir la estructura de la habitación sin tropezarse con nada, su otra mano sosteniendo la antorcha como una maza improvisada. A más pasos daba, más oscuro se hacía su entorno, así que debería estar alerta en todo momento.

Al cabo de unos pasos, sus pies se toparon con el primero de los escalones de una escalera. No era cualquier tipo de escalera, sino que se trataba de una escalera en espiral, lo cual le ponía en desventaja natural si algún hostil fuera a atacarle allí. Pese a todo, decidió tomar el riesgo y subir por ella, con cuidado de no caer.

Mientras lo hacía, no pudo ignorar el tenue destello que desprendía el piso de arriba, lo cual le daba esperanzas de encontrar una fuente de luz con la que encender su antorcha. Pero, cuantos más escalones subía, más se daba cuenta de que no se trataba de un tipo de luz a la que estaba acostumbrado.

En vez de parecerse a aquella de una fogata o un farol, se asemejaba más al reflejo del agua marina en las paredes de una cueva.

Una vez sintió con los dedos el cese de la pared, dejó de lado esa contradicción y se adentró en el primer piso. La luz de la luna adornaba el pasillo principal gracias a las ventanas de la pared a su izquierda, ausentes del piso de abajo. El paso de la hora podría explicar perfectamente por qué la luz que era fría y no cálida, de todas maneras, ya era bien pasada la tarde cuando salió del bosque. El astro decidió ofrecerles misericordia a sus ojos forzados y bendecirlos con el don de la vista.

Pese a que la claridad solo entrase en rayos a lo ancho del pasillo, ya era suficiente para discernir que la pared derecha se encontraba llena de puertas sin explorar. También se percató de que todas las antorchas habían sido descolgadas de sus respectivos ganchos.

No le dio mucha importancia, así que se decantó por ponerse delante de la primera puerta. Cerrada. Tuvo la misma suerte con la segunda y la tercera, pero el pestillo de la cuarta cedió a su toque. Por un instante, juró haber visto una figura por el rabillo del ojo, pero al mirar hacia el final del pasillo lo único que pudo distinguir fue la misma puerta que había visto antes.

Sin más dilación, entró en la habitación en frente de elle. La chirriante puerta dio lugar a lo que parecía una sala de invitados, esperando en impoluta condición a su nuevo huésped. La estancia en sí radiaba tranquilidad, lo cual creaba una atmósfera idónea para descansar. Lo primero que atrajo a los ojos de Vermillion, no obstante, fue que esta disponía de una hoguera encendida. No tardó mucho tiempo en acercar su antorcha a las llamas y encenderla. Tener al fin una fuente de luz estable en cualquier lado adónde vaya le daba muchísima confianza, pero no podía dejar de ignorar un pequeño detalle. Cuando vio la torre por primera vez, no había nada de humo emanando de su parte de arriba; es más, en ningún momento había visto ninguna chimenea por su exterior. Lo segundo tendría una solución razonable: simplemente habría un conducto de ventilación que conectaría esta habitación, y el resto de las habitaciones si también tenían chimenea, con alguna trampilla o estructura en la cima de la torre que dejase salir el humo hacia el exterior. Lo primero, sin embargo, le dejaba con una única respuesta: había alguien más en la torre.

Al percatarse de esto, instantáneamente revisó la habitación de arriba abajo para encontrar cualquier tipo de objeto que le ayudase a sobrevivir. Una vez inspeccionada, y con las manos vacías, se tornó hacia la puerta del pasillo y asomó el casco por ella. Cuando comprobó que ambos lados del pasillo estaban vacíos, salió de la cámara y se acercó a la puerta del final del pasillo. Tras pasar por ella, fue sorprendido por otro pasillo, este de mayor calidad que el anterior. Estaba adornado por cortinas y armaduras de caballero expuestas en frente de cada pilar. Las paredes estaban repletas de cuadros y vidrieras, los cuales representaban varias escenas bélicas o autoridades a lo largo de los años.

Uno de los cuadros que más le impactó fue uno que tenía una serie de caballeros desempuñando sus armas en unísono. Como ninguno portaba su casco, era aparente que todos ellos eran parte de una subespecie que había desarrollado cuernos. De hecho, lo que realmente le llamó la atención fue un caballero en específico que, al contrario que sus compañeros, no los tenía. No, no era eso; sí que tenía, es solo que los tenía limados. Algo sobre ver a alguien así ser parte de algo tan importante como un cuerpo de caballeros llenaba el corazón de Vermillion de una familiaridad que hacía que se sintiese... ¿cumplide? ¿orgullose? No sabía qué sentimiento era exactamente, pero era reconfortante ver a alguien así en un sitio como aquel, y que además estuviera documentado en algo tan notorio como un cuadro. Miró la placa del marco poco después.

“Dedicado a todos los caballeros que dieron su vida para proteger Torre Cortafuegos.”

Decidió dejar pasar el momento de melancolía, no había tiempo que perder. Siguió por el pasillo, inspeccionando el resto de la decoración con cuidado de no quemarla con la antorcha. Al final de éste había una puerta idéntica a la que había atravesado, así que decidió también pasar por ella. La siguiente habitación era algo que no se esperaba.

Era la planta baja. O, al menos, una habitación idéntica a ella. Se dirigió en confusión hacia la entrada para comprobar si era alguna especie de balcón o algo por el estilo. No, se encontraba en la planta baja.

Vermillion no entendía nada. Era imposible que hubiera bajado del primer piso sin ir por escaleras; además, la entrada al primer piso eran unas escaleras en espiral, no una puerta que conectase ambos pisos de manera imposible. Nada de aquel sitio tenía sentido, y eso a la vez le daba más ganas de investigar. Con sus sentimientos contradictorios, dio media vuelta hacia el interior de la torre y, para su sorpresa, la puerta al otro lado de la recepción había vuelto a cambiar. En su lugar había unas escaleras que conducían hacia el subterráneo. Qué bien.

Era casi como si la propia torre estuviese riéndose de él, pero no importa. Estaba convencido de que esta pequeña sesión de sadomasoquismo acabaría pronto. Siguió el nuevo camino hasta encontrar lo que parecía una sala de armas. Igual que el anterior pasillo, estaba recubierta de una gran cantidad de armaduras, pero estas eran menos ornamentadas y parecían más duraderas, pesadas y peligrosas. También había una serie de mesas con utensilios para afilar y crear armamento, aunque los hornos para fundir el material estaban apagados. Las paredes fueron decoradas con diversos tipos de arma: espadas, hachas, dagas, lanzas, arcos y flechas, bolas de pinchos... la lista era interminable. La luz de la luna le daba un brillo etéreo al metal del armamento que le atraía. Podría tomar prestado una, seguramente nadie se daría cuenta, pensó.

Antes de poder escoger un arma para defenderse, Vermillion escuchó el sonido de una puerta cerrándose.

—¿Quién anda ahí?! —avisó, tornándose hacia el origen del sonido.

No fue capaz de ver a nadie, solo la entrada a una habitación en una esquina de la sala de armas. Esta torre le estaba dando dolor de cabeza. Decidió ser prudente y guardarse una de las dagas en la bota para tener una mano libre con la que abrir la puerta, ya que, tristemente, la falda no tenía bolsillos. Preparado para lo peor, abrió suavemente la puerta.

Se esperaba haber acorralado a quienquiera que sea la persona que cerró la puerta, pero parece ser que había escapado, pues era la única persona que se encontraba en esa pequeña cámara. De hecho, la sería la segunda cosa más notoria de ésta, ya que la primera era la única silla que se encontraba justo en la mitad. A contrario de las sillas corrientes, esta parecía tener una serie

de cinturones en ambos reposabrazos y las dos patas delanteras. Las manchas de sangre secadas, además de que al lado había una colección enorme de utensilios bélicos, daba a entender qué tipo de actividad se hacía en esta claustrofóbica habitación. Vermillion también se dio cuenta de un minúsculo detalle que le hizo tener el corazón en la garganta: en los bordes de la cámara había rastros de ceniza.

Un escalofrío recorrió su espalda al imaginarse el número de personas que fueron víctimas en esa sala. Ciertamente, ese tipo de tradiciones inhumanas deberían ser parte del pasado.

Fue cuando volvió a notar el mismo brillo azulado por la puerta que Vermillion salió de su trance. Lo siguió y volvió a la sala de armas; otra vez, volvió a encontrarse solo, ni rastro del haz luminoso. No obstante, eso no significaba que no hubiera ningún cambio, pues donde anteriormente había un set de armadura completo, en ese momento halló un agujero en el suelo, con una larga cuerda atada a la pared encima del susodicho. La cabeza le iba a explotar, nada de lo que estaba pasando en esa maldita torre tenía sentido. Como si por inercia, no se entretuvo en pensar por qué había aparecido tal agujero y pasó directamente a bajar con ayuda de la cuerda, con cuidado de no quemarla.

No le sorprendió volver a aparecer en el vestíbulo de la planta baja. Evidentemente, la torre tenía alguna especie de mecanismo que, a la vez que le invitaba a explorar, le castigaba por hacerlo. Es como si tuviese vida propia y quisiera que se alejase de ella. Lo que sí que no se esperaba, sin embargo, era una página de papel colgada donde antes residía la antorcha. Se acercó a la nota y comenzó a leer la delicada caligrafía escrita en cursiva:

«Querido visitante,

espero y deseo que posea el don del alfabetismo, mas sino este mensaje jamás llegará a cumplir su cometido.

No es mi intención causarle ningún tipo de desasosiego, pero me temo que se encuentra, en este mismo instante, invadiendo propiedad ajena.

Por supuesto, entiendo que la Torre Cortafuegos es una indudable parte del patrimonio cultural de Galtérea, así que comprendo su deseo de explorarla a fondo. Sin embargo, esta circunstancia no le da derecho a entrar sin avisar en ella, y mucho menos a cometer un hurto en sus entrañas.

Le invito amablemente a discutir su próxima excursión al recinto, además de la devolución del arma sustraída, sobre una maravillosa taza de té, en algún establecimiento del territorio del valle. Aun así, si demuestra el más mínimo indicio de actuar en contra de la voluntad de aquellos que una vez hicieron de esta Torre su hogar, insisto que la abandone de inmediato.

Mis más cordiales saludos,

- Sir Verdi Spinto, Representante del Cuerpo de Caballeros de Torre Cortafuegos.»

Y una mierda.

Vermillion no había sobrevivido a los horrores del bosque sólo para volver con las manos vacías. La osadía de la nota le hacía hervir la sangre, a punto estuvo de hacerla pedazos e incinerarla.

Por lo tanto, decidió ignorarla y proceder hacia el interior de la torre una vez más. Como de costumbre, la entrada a la siguiente sala había cambiado de nuevo, esta vez convirtiéndose en un único arco sin puerta que redirigía a un largo y oscuro pasillo. El sonido de papel entrando en contacto con sus botas le volvió a alertar de nuevo. Otra nota, esta vez bastante más corta:

«Le recomiendo que obedezca. Dé media vuelta antes de que se arrepienta.»

Las amenazas del protector de la torre cayeron en oídos sordos, pues Vermillion estaba determinade a descubrir el porqué de tanto secretismo. Descartando de nuevo el papel, prosiguió con su caminata hacia

el corazón de la bestia. Las paredes no tardaron en llenarse de nuevos mensajes colgados. Varios papeles adornaban el camino hacia adelante, diversos «aléjese», «no debería estar aquí» y «salga», entre otros, comenzaban a amontonarse, cada vez con peor letra y en mayúsculas. Llegó un punto en que las notas lo cubrían todo de arriba a bajo, envolvían el pasillo como una crisálida de manera que pasó a ser irreconocible. Lo único que hacía era darle ganas de quemarlo todo. La amalgama de papel cesó en una aparente pared, mas un par de pomos desenmascararon la verdadera naturaleza de aquello que se escondía tras las cartas. Sin más dilación, se adentró en la siguiente habitación.

Un techo alto decorado por arcos y bóvedas le saludó, una agradable yuxtaposición a las cámaras estrechas que se había encontrado hasta ahora. La estampa le trajo un tipo de calma que no sabía cómo explicar; más bien, no podía comenzar a comprender cómo un sitio de tal magnitud cabía dentro de la torre.

Acababa de entrar en una maldita catedral.

Tras observar detenidamente la altitud del edificio desde el nártex, pasó directamente a acercarse al crucero para conseguir una mejor vista de la totalidad del recinto. Vidrieras y figuras adornaban las capillas de más adelante, dándole una tenue pizca de color a la estancia. Sus pasos resonaban con fuerza, siendo estos la única compañía que disponía. Consiguió discernir una pila baptismal al lado del altar, mas la ignoró, pues lo que de veras le interesaba era lo que había expuesto encima de este. Un extraño objeto que no era típico de ningún tipo de catedral, una bola de cristal. Premio.

Antes de que pudiera alcanzarla con sus guantes, un acorde musical le hizo saltar. Mientras la melodía proseguía, Vermillion no tardó en encontrar su origen. Un grande e impotente órgano descansaba en el triforio ubicado encima de la entrada, la vidriera más grande de la catedral acompañándolo detrás. Desde su posición, no podía ver quien era el virtuoso que envolvía el recinto en un aura etérea, si acaso existía. Siempre cabía la posibilidad de que de verdad sí que estuviese solo y el órgano tuviera un complejo sistema de automatización que permitía que las teclas fueran presionadas sin intervención humana.

Su miedo fue superior a él; dobló su rodilla para meter la mano en su bota y poder armarse con la daga. En el medio segundo que le costó sacar el filo, se le ocurrió un plan: coger la bola con su brazo y salir corriendo antes de que quienquiera que estuviera en el piso de arriba pudiera bajar. Cuando volvió a tornarse hacia el altar, la música desapareció.

—¡Tú!

El dedo acusatorio de una armadura flotante fue suficiente para hacer que pasase a una posición defensiva. Se trataba de lo que parecía ser un caballero, con la cara y cuerpo recubierto por una túnica blanca. Unas calaveras astadas adornaban su hombrera derecha y capucha, Vermillion asumió que eran anteriores víctimas suyas y que su destino sería el mismo. El ente se fue acercando a él sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Qué es aquello que buscas? ¿Cuál es tu propósito en estos lares?!

—Bueno, era venir aquí o los Pikudos, así que...

—¡Insensato!! — la aparente tranquilidad de Vermillion se desmoronó tras oír al espectro gritar. —¿Tienes algún tipo de daño cerebral que te impida acatar las órdenes de los demás o ere simplemente idiota?!

—Pues, la verdad es--

—¡Ahórrate el discursito! Ya has hecho tu elección. Como representante supremo del Cuerpo de Caballeros, es mi cometido hacerte responsable del peaje. ¡El precio a pagar es tu vida!

La aparición se abalanzó hacia Vermillion y forcejeó con él. Intentó usar su daga para atacarle, mas esta pasaba directamente a través de su cuerpo como si nada.

Las baldosas del crucero se salieron del suelo y fueron directas hacia su dirección, Vermillion a duras penas pudo esquivarlas. En un segundo, la estructura del edificio de culto se había tornado hostil y creaba barrotes con las paredes y fundamentos, cuyo objetivo principal era atraparlo. La muy trabajada capacidad de reacción de Vermillion le permitió escapar de las encerronas que el maleador de la piedra le preparaba.

La retirada temporal del ente en su campo visual preparó a Vermillion para la posible carrerilla que este hiciera para abalanzarse de nuevo. Vista la inutilidad del filo que portaba, tenía que actuar rápido si no quería quedarse sin vida. No tardaron los pilares en contorsionarse hacia su dirección, y detrás de ellos el fantasma en armadura. Sin embargo, justo antes del impacto, Vermillion tuvo un fugaz momento de lucidez. Anteriormente, se fijó en que solo había atacado en frente suyo. Siendo un ente metafísico, no le costaría nada acercarse desde otro ángulo para embestirle y vencerle. Entonces, ¿por qué no lo hacía? La respuesta era simple.

—¡Atrás! — una repentina sacudida de la antorcha a su dirección fue suficiente para provocar el grito despavorido del caballero. Las partes de la catedral, junto a su controlador, retrocedieron sin más dilación.

Un insuperable miedo al fuego. Claro, eso lo explicaba todo. Las antorchas apagadas en todas las habitaciones de la torre, las cenizas en la sala de tortura, el hecho de que el ente haya esperado tanto para hacer su entrada triunfal, todo cuadraba. La daga ya no importaba, por fin tenía una verdadera arma con la que defenderse.

—¡Eso, eso! ¡¡Que la luz de Dios sea tu perdón!!

Cegado por la ira, el fantasma usó la infraestructura para comenzar a crear una red de escombros que dividía la estancia entre el crucero y el altar, prohibiendo el acceso a la bola de cristal. Antes de que fuese completada, aun así, Vermillion se adentró en ella para poder pasar al otro lado antes de que le comiesen los trozos de pilares, paredes y figuras religiosas.

Siendo más rápido que las entrañas de la catedral, consiguió acercarse al altar, donde su premio le esperaba. No tardó en levantar la sorprendentemente ligera bola de cristal. De hecho, estuvo a punto de guardarla entre su brazo y torso cuando vio una imagen mostrarse en su interior: el camino que estaba siguiendo el caballero para atacarle de nuevo. Puso la antorcha en esa misma dirección como preparación para cuando viniese, y, efectivamente, le pilló por sorpresa e hizo que algunos de los escombros desestabilizados por su susto se cayeran encima de él.

—¿Cómo has...?!

—He tenido un pelín de ayuda. — meneó la bola con cuidado de no tirarla sin querer.

—¡¡Indescriptible!! ¡¿Cómo te atreves a mofarte de nosotros de esta manera?! ¡¿Sabes siquiera lo que estás diciendo, el valor que tienen tus palabras?! ¡Hoy caerás!

Varias fueron las veces en que repitió el intento mismo de emboscada, y todas las veces fue interceptado gracias a la semi-clarividencia de Vermillion. Llegó un punto en que fueron tantas las ruinas que controlaba y llevaba consigo que el susto fue suficiente para enterrarle en ellas, dejándole inmóvil y declarando ganadore a su contrincante.

Una vez se dio por satisfecho, decidió desechar la daga en favor de la bola de cristal. La tiró en frente del ente, aparentemente desmayado.

—Ten, puedes quedártela.

Y con eso, dio media vuelta y se dirigió a la puerta que había usado anteriormente para entrar en el edificio. Vermillion no esperaba ningún tipo de respuesta; sin embargo, una debilitada voz resonó en el recinto:

—¿Es cierto?

—¿Eh?

—¿De verdad puedes ver lo que hay dentro de la bola de cristal? — la sobrevenida ternura en sus palabras sorprendió a Vermillion.

—Claro, es decir... para eso sirve, ¿no?

Después de soltar esas palabras, ambos compartieron una serie de miradas. La intensidad del evento mantuvo a ambos sin mover un músculo durante lo que parecían horas.

—Interesante. — es todo lo que respondió tras la larga pausa.

Pasando a través de los escombros como si nada, la aparición se esfumó con la misma rapidez con la que había puesto la catedral patas arriba.

5

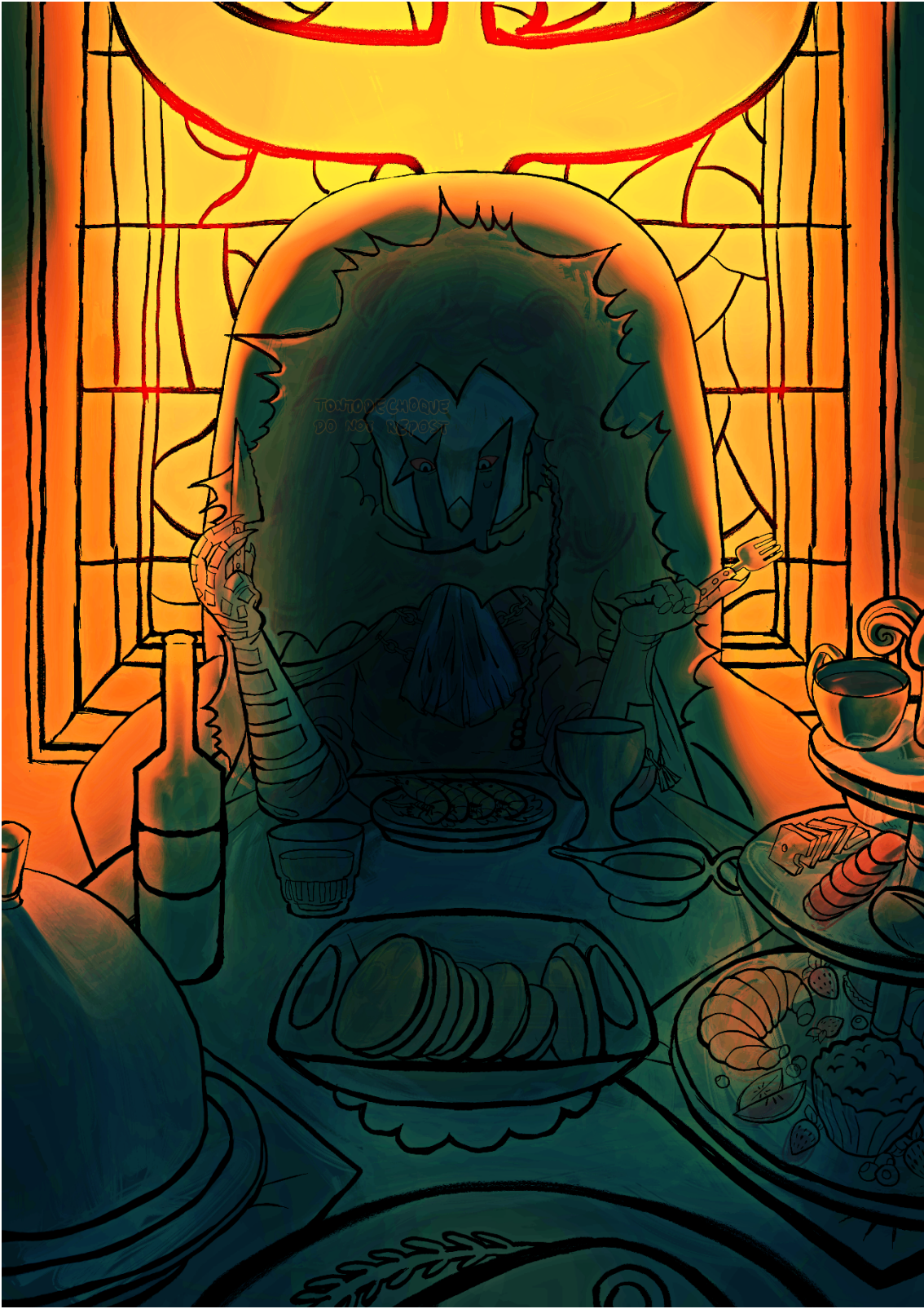
Año 7, día 12 de mayo:

~~Hoy he avistado un quebrantahuesos. No permitiré que haga su nido en la torre.~~

Cambio de planes.

Capítulo 2: Uróboro

Este capítulo contiene escenas donde se mencionan trastornos de la conducta alimentaria y abuso de sustancias alcohólicas, así como conductas capacitistas.



—Perdóname, pero voy a decir mal tu nombre seguro. A ver, D-U-T-C-H-E-S-S. ¿"Du-ché"? ¿"Dut..."?

—Jeje, es "dá-tches".

—Dutchess, vale.

La interacción fue suficiente para relajar el ambiente en el despacho de le jefe de estudios. Había dejado hueco en su agenda para que sus alumnos pudieran concertar tutorías personalizadas acerca de cualquier aspecto de la materia que impartía. Únicamente vino una: Dutchess.

Una de sus muchos alumnos, de los pocos a los que no le daba miedo la presencia de Vermillion. Todo un logro teniendo en cuenta lo espeluznante que podía llegar a ser, sobretodo en épocas de exámenes. Aunque las aulas no eran el único sitio donde acechaba; muchos días se quedaba fuera en el recreo para vigilar y prevenir peleas entre los jóvenes, castigando a aquellos que lo intentasen severamente.

Era normal que solo hubiese venido ella.

—Bueno, ¿qué es lo que te preocupa?

—Vale, eh, ¿hay algún libro que pueda leer sobre la asignatura?

—El propio libro que os recomendé a principio de curso.

—No, no, no es eso. Sé que ese es el libro de la materia que entra en el examen, pero no puedo, em, entenderlo.

—¿No se te queda?

—No... He intentado de todo, me lo he leído varias veces, pero no entiendo nada. Mis amigos también han probado de explicármelo a su manera, pero no funciona tampoco.

—Qué raro, pensaba que se te daba bien, con lo atenta que estás en clase.

—Sí, bueno... precisamente estoy tan atenta porque no puedo permitirme perderme lo más mínimo del temario.

—Hmm... ¿te pasa con otras asignaturas?

—Sí. Normalmente lo que hago es intentar memorizar todo lo que puedo, pero muchas veces no es suficiente para poder aprobar porque no entiendo lo que memorizo.

—¿Y me lo dices ahora que estamos a mitad del semestre? — Vermillion se reclinó en su silla.

—Em, pues, esto... Quería... probar a ver si podía yo sola... no quería ser... una molestia... — Su voz se tornaba inaudible al ir terminando la frase.

La cría era una de las pocas que se molestaba en prestar atención cuando Vermillion hablaba. No le era fácil seguir, aún así; mas le interesaba la materia y quería darlo todo, pese a que su nota no reflejara el sacrificio que le suponía aprobar.

Si la alumna que más esfuerzo hacía para superar la materia ya estaba teniendo dificultades para entenderla, no quería ni imaginarse la situación en la que se encontraban aquellos que le tenían pavor.

Vermillion suspiró.

—Me temo que no me queda otra. Voy a tener que mandarte deberes.

—¿Eh?

—Durante la semana irás apuntando todo aquello que no entiendas, y los viernes cuando acabes las clases vienes aquí y no salimos hasta que lo entiendas todo.

—¡¿Quéeee?! ¡¡Muchísimas gracias!! — La expresión de alivio en su rostro fue más que suficiente agradecimiento para Vermillion.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Ah, por cierto, si puedes, dile lo que te pasa a tus padres o al orientador; hazme caso. — Avisó mientras acompañaba a Dutchess a la puerta de su despacho.

—¡Lo haré! ¡¡Gracias!!

—De nada, adiós Dutchess. — Al decir esto, la susodicha se marchó en el pasillo de la misma manera en la que entró al despacho: con su escoba; dejando una vez más a le jefe de estidios sin compañía.

Vermillion agarró el pomo de la puerta.

DRAMATIS PERSONAE

EL MONJE.

EL VEHEMENTE.

EL AGRACIADO.

EL MÁRTIR.

CARNE DE CAÑÓN.

EL BUITRE.

La acción en los lares de la prisión garza.

ESCENA PRIMERA

Hora nocturna. Unos aposentos fríos, embadurnados en la luz de la luna. Grabados, vidrieras, estandartes repartidos por las paredes. Conversación entre cuatro personas desgraciadas tras la actuación de la CARNE DE CAÑÓN: EL VEHEMENTE, un recto hidalgo; EL AGRACIADO, hijo de la suerte; EL MÁRTIR, en actual estado latente; y EL MONJE, quien cierra la puerta del dormitorio, encerrándolos.

EL VEHEMENTE: ¡Qué poco ceremonioso! ¡Qué vergüenza, menuda demostración de habilidad!

EL MONJE: Una actuación impecable por parte del caballero estrella. He de decir que ser testigo de tal espectáculo ha sido todo un honor.

EL AGRACIADO: Ahórrate la acrimonia para el enemigo, monje. Demos gracias a que la Torre sigue en pie.

EL VEHEMENTE: ¿Y qué si eso es cierto? No tardará mucho en caer si no intervenimos.

EL AGRACIADO: Por favor, te invito a ayudar a la causa.

EL MONJE: Su entusiasmo es más que apreciado. Sin embargo, no hay nada que podamos hacer en nuestra posición actual.

EL AGRACIADO: ¿Y qué hay de la bola?

EL VEHEMENTE: ¿Qué hay de ella?

EL AGRACIADO: ¡No me digas que no te has fijado!

EL MONJE: Su poca capacidad de percepción le delata. No le culpe.

EL VEHEMENTE: ¡Bah! ¡Qué más dá! ¡Como si fuera tan importante una baratija como esa! ¡Que se lleve diez, si gusta!

EL AGRACIADO: ¡De eso nada, no podemos permitir eso!

EL MONJE: Ciertamente es que su manipulación del orbe es preocupante, pero, si ese es el riesgo que se debe asumir para proteger la integridad del santuario, estoy seguro que entenderá nuestra pasividad.

LA VOZ DEL MÁRTIR: Os equivocáis.

EL MÁRTIR abre los ojos. Los tres comentadores concentran su atención en EL MÁRTIR, quien hace acto de presencia sucumbido en la penumbra. Se dirige hacia la posición del AGRACIADO y EL VEHEMENTE mientras recita su discurso.

EL MÁRTIR: Puedo entender que vosotros dos no hayáis sido capaces de avisaros, dado que ambos sois un par de inútiles. Pero, ¿tú? ¿De veras? Me esperaba más de ti, monje.

EL AGRACIADO: ¡Madre de Dios!

EL MÁRTIR: ¡A callar, niño! Ahora, escuchad todos y escuchad bien, pues esta situación nos puede ser ventajosa. La manera en que nuestro invitado fue capaz de prever los estoques del caballero nos da una pista sobre su identidad. ¿Debo recordaros los requisitos para poder usar tal instrumento? Esta persona es demasiado preciada como para dejarla pasar. Esto podría cambiarlo todo.

EL MONJE: ¿No estará intentando decir que...?

EL VEHEMENTE: ¿Y por qué íbamos a permitir eso? ¡No hay razón para cambiar de estrategia ahora!

EL AGRACIADO: ¡Tiene razón!

EL MÁRTIR: Caballeros, por favor, no mintáis. He visto como anhelábais la posibilidad de que esta situación ocurriera. No solo para goce propio, sino para compartir esta libertad con el resto y deshacernos de las cadenas que nos ligan a todos a nuestro destino. ¿Ahora que tenemos la oportunidad nos vamos a quedar de brazos cruzados?

EL MONJE: Pues...

EL AGRACIADO: ¡Eh! ¡De eso nada, ni se te ocurra!

EL VEHEMENTE: Monje, no estarás pensando en hacerle caso a este viejo, ¿verdad?

EL MONJE: ...Debemos comunicar esta decisión de inmediato.

Vermillion cerró la puerta.

Por fin dejó de preguntarse qué quería decir el ente con su discurso final y salió de la catedral escondiendo el orbe en su pelo. Pensó que era inútil intentar descifrar su funcionamiento, ya que ya había rescatado un tesoro valioso y había salido ilese. Su objetivo en ese momento cambió de "a ver qué ocurre en este sitio" a "salir de aquí lo antes posible"; una parte de él no quería pensar en lo mucho que le costaría, teniendo en cuenta lo enrevesadas que pueden llegar a ser las habitaciones y sus conexiones entre ellas.

Pero justo en el momento anterior a decidir no entretenerse en las salas aleatorias, se dio cuenta de en qué parte de la Torre apareció.

Se trataba de una amplia y vertical biblioteca, con centenares de libros a disposición de quien la encontrara. No parecía que tuviera demasiados pasillos como para perderse, pero era impresionante la altura que podía llegar a tener; Vermillion no era capaz de ver el techo. Sin embargo, era curioso que únicamente hubiera un set de escaleras de mano, y que este ni siquiera cubriera aquellas estanterías superiores al tercer nivel. El aullido de una ráfaga de viento hizo que concentrarse su atención en el contenido de los libros.

No tardó mucho en determinar el tema común que compartían los libros de las estanterías de la planta baja: todos establecían normas arbitrarias sobre como ser una buena herramienta para tu comunidad. Rápidamente se dio cuenta de que todos eran una enorme pérdida de tiempo, si acaso un buen material de lectura sarcástica.

Vermillion, aun así, se percató que por cada planta los libros se volvían cada vez más específicos, sobretodo porque giraban más bien hacia la profesión del buen caballero. Por supuesto, este tipo de obras no le resultaban fuera de lugar en un sitio como este; sin embargo, solo con coger un tomo y ojear las páginas en diagonal le fue posible detectar el estricto dogma al que estaban expuestos los guardianes de estos lares.

No era muy conocedor del tema, pero sabía que estas rutinas y rituales eran demasiado, incluso para personas que juraron entregar cuerpo y alma a la servitud de una bandera. Esa visión basada en el castigo y la irredimibilidad no creaba disciplina, solo miedo al fracaso, y de éste surge el deseo de ser reconocido por el resto, lo cual lleva al castigo y la irredimibilidad. Es la pescadilla que se muerde la cola. El mítico uróboro. Es difícil salir de ese ciclo si todo tu entorno funciona de la misma manera.

En el momento en que Vermillion devolvió la obra a su sitio, se percató de la aparición de una nota parecida a las que ya estaba acostumbrado en una de las estanterías más altas. A primera vista, se trataba de la misma letra que el resto, pero si uno se paraba y pusiera real atención a la forma de la caligrafía, era aparente que la mano que sujetaba la pluma estaba mucho más suelta. Pese a este diminuto detalle, no tardó en arrancar la carta y leer su contenido.

"Año 1, día 8 de marzo:

En el día de hoy se me fue introducida con detalle la biblioteca de la Torre. Tuve la suerte de tener un ilustre guía para que me fuera explicado su funcionamiento. No me ha sido posible tomar nota mientras lo hacía, así que le he pedido prestadas las notas de uno de mis compañeros para así añadirlas en esta entrada, contrastándolas con todo lo que recuerdo sobre la visita.

Esta maravilla arquitectónica de única entrada ha sido creada con la intención de retener el conocimiento más básico al alcance de todo el mundo, mientras que el más avanzado se encuentra en los pisos más alejados. Dicha medida ha sido implementada de forma sublime, al crear el recinto de forma vertical, dificultando el acceso a dicho conocimiento a aquellos no formados parte del cuerpo de caballeros, en tanto que somos los únicos poseedores de escaleras de mano lo suficientemente altas para trepar por los niveles superiores.

Como medida de seguridad complementaria, se le prohíbe a todo visitante traer cualquier tipo de objeto a la biblioteca, para prevenir así cualquier tipo de daño o acto de vandalismo; en el caso en el que

viniera con alguna cosa, se le despojaría de su posesión en la entrada, y se le devolverían sus pertenencias una vez saliera de la biblioteca.

Solo un selecto grupo de eruditos tiene acceso a los libros superiores. Esto se debe a que han sido considerados demasiado controvertidos, pues corromperían las mentes del típico ciudadano. Es por eso que estos se envían a lo alto de la biblioteca para ser revisados y, dependiendo de la gravedad de su contenido, o bien se donarían a otras bibliotecas o bien se quemarían.

Por una parte, entiendo la curiosidad de los visitantes, mas nos es imposible convencerles de que la biblioteca se construyó así por esa misma razón. No podemos arriesgar su sanidad, debemos protegerlos.

Debemos enseñarles el camino correcto."

Vermillion estuvo a punto de devolver la página a su sitio, pero se vio incapaz de hacerlo. Por una parte, la cola de harina ya había perdido la gran parte de su pegajosidad y, por otra, el diseño de las paredes de las estanterías no era lo suficientemente liso como para aguantar una hoja de papel de cualquier manera.

Tras fijarse mejor en la superficie dentada, pudo averiguar que si la seguía horizontalmente encontraría al resto de las escaleras pequeñas conectadas a este circuito por ruedas. Rompió su rutina y optó por guardar esa nota en su mata, por si las moscas. Acto seguido, decidió acercarse a la escalera más cercana.

Tras confirmar que, efectivamente, se podían desenganchar las ruedas del circuito y volverlas a enganchar con suficiente fuerza, prosiguió a subir por la escalera. Una vez arriba, hizo dos huecos de un palmo cada uno entre los libros que tenía delante y puso los pies en ellos, aguantándose en la estantería mientras giraba su cuerpo de manera imposible para darle la vuelta a la escalerilla y enganchar las ruedas que antes tocaban el suelo en el circuito de más arriba.

Siguió con este ciclo mientras trepaba. Subir, hacer hueco, reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar. La tarea

era toda una hazaña, teniendo en cuenta que en el momento en el que volvía a subir a la escalera ésta se movía por estar ligada a la pared únicamente por ruedas. Eso sí, puede que al principio hubiera tenido un mínimo respeto por la literatura de la sala, pero a medida que alcanzaba más verticalidad pasó de empujar los libros de lado a lado a tirarlos directamente para hacer su huída más rápida.

Fue en una de esas veces que lanzó los volúmenes al suelo en la que se percató de lo mucho que tardaban en llegar al suelo. Subir, hacer hueco, reenganchar. Cada vez que subía la escalera el tiempo entre que los libros volaban hasta que podía oírlos chocando contra el fondo de la biblioteca, además de que el sonido era cada vez más ténue. Subir. Había gastado tanto esfuerzo en trepar que no se había dado cuenta de la altura que había conseguido. Hacer hueco. De repente, se le hizo incómodamente aparente la falta de soporte que pueda amortiguar su posible caída. Reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar. Subir, hacer hueco, reenganchar.

Subir.

Vermillion hizo todo lo posible para no mirar abajo.

Hacer hueco.

Para ignorar el ruido de las tapas de los libros contra la piedra.

Reenganchar.

Para mantener el equilibrio mientras movía la escalera y ésta le movía a elle.

Subir.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé...

Tutore y alumna volvieron a reunirse en privado, ella inquieta en su escoba, elle sosteniendo un examen suspenso.

—¿Te pusiste nerviosa? ¿Es eso?

—¿No...? —contestó Dutchess, evitando la mirada de hielo de Vermillion.

—¿Entonces, qué? Porque el examen no era para sacar mala nota, ¿eh?

—Lo sé, lo sé, pero... no sé, simplemente no puedo.

—Pero, es que... no lo entiendo, Dutchess, ¿por qué tienes tanta dificultad? Me preguntas cada pequeño detalle, entiendes todo lo que te explico, y ahora te lo sabes bien cuando te preguntan... pero cuando llegas al examen, algo te pasa.

—No... no sé lo que es.

—¿Te quedas en blanco?

—...No exactamente, no. — Empezó a frotarse las manos mientras explicaba. — Es como, es decir, como si no estuviese procesando que estoy haciendo un examen.

—¿Perdón?

—Quiero decir, es... es, em, entrar en el aula y cuando me doy cuenta ya estoy fuera. No recuerdo nada. Ni las preguntas, ni mis respuestas... hay incluso días que ni recuerdo de qué asignatura me he examinado.

—Hm... y me imagino que lo contrario también pasa durante del examen, ¿no? Cuando pierdes la concentración, se te olvida todo lo estudiado hasta que sales.

Dutchess dejó ir un suspiro que ni sabía que estaba reteniendo al oírle pronunciar esas palabras.

—Yo también lo creo, aunque no lo sé seguro.

—¿Te suele pasar esto fuera de clase?

—¿Creo que sí...? Aunque con menos frecuencia.

—Realmente deberías plantearte ver a un profesional sobre esto, porque que yo sepa no hay ningún crío en clase que sepa conjurar amnesia temporal, ¿no? Ni que sea tan cruel como para hacértelo a tí en específico.

No se iba a andar con rodeos, no tenía ni idea de lo que le pasaba a la pobre chica, y tampoco es como si quisiera tomar una medida desproporcionada sin saber a lo que estaba enfrentando. Pensó que lo mejor que podían hacer en este caso era esperar a algún tipo de diagnóstico antes de probar nada.

—¿No podría usted hacer algo? Como, no sé, cambiar el examen a un trabajo...

—Dutchess, si te cambio el examen a ti, se le tengo que cambiar al resto también. Supondría darte una ventaja respecto al resto de la clase. ¿No lo ves?

—Supongo que si se mira así...

—Ey, venga ya, no te pongas triste, mujer. Mira, puede que no sepa como ayudarte pero ya veras que si sigues estudiando más te lo sacas.

Se estaba haciendo tarde, la luz naranja del ocaso iluminaba la sala mientras Dutchess interiorizaba las palabras de Vermillion. Esta, la luz, combinada con el silencio que separaba a profesore y alumna dejaba claro que ambos querían irse a casa, pese a no haber encontrado una solución mutuamente satisfactoria. Por su parte, Vermillion se sentía culpable por no saber cómo actuar, mas lo único que se le ocurría era acatar la opinión de un experto,

cuando llegara. Si llegara.

Este era solo un pequeño ejemplo de lo que tenía que soportar cada día Vermillion. Amaba a sus estudiantes, pero odiaba tener que atender a todos y cada uno de sus problemas personales; lo podía llegar a entender, pero tantos a la vez se amontonaban hasta que se le caían los párpados. La realidad de Vermillion era pasar cinco días a la semana escuchando quejas para luego estar dos días preparando el material por el que recibirá dichas quejas, así todos los meses del año; bueno, salvo en vacaciones.

Al pensar en las vacaciones, a Vermillion le empezó a doler la cabeza. ¡Ay, cuánto anhelaba las vacaciones! Se preguntó cuánto faltaba para las siguientes, pero decidió omitir el cálculo para salvarle de un disgusto al recordar que las últimas que pasaron fueron hace poco. El esfuerzo mental que le suponía pensar en el tiempo que tenía que aguantar la cordura hasta entonces era suficiente para desarrollar una úlcera. No quería recurrir a ningún método que supusiera evadir sus responsabilidades, pero si el estrés le seguía comiendo no le quedaría otra alternativa.

Cuando se le disipó la jaqueca, Dutchess ya se había ido.

ESCENA SEGUNDA

Mismo lugar que la última vez que los cuatro se reunieron, aún de noche. EL VEHEMENTE en el medio de la habitación, barriendo y murmurando algo inaudible, malhumorado. Barre todo el polvo hacia una montaña de residuos al lado de la salida. EL AGRACIADO revela su posición a la audiencia al quitarse el edredón de encima y levantándose de la cama. Aprovecha cuando EL VEHEMENTE está mirando hacia la montaña para acercarse de puntillas.

EL VEHEMENTE: *(Se da la vuelta de manera brusca antes de que el otro le alcance)* Cuánto has tardado.

EL AGRACIADO: *(Pega un brinco y se cae al suelo)* ¡Ay! ¿Se puede saber cómo has podido saber que estaba ahí?

EL VEHEMENTE: Lo aprenderás cuando seas mayor. ¿Qué tal la siesta?

EL AGRACIADO: *(Se levanta y se quita el polvo del atuendo)* Ha estado bien, mas no me siento muy descansado.

EL VEHEMENTE: *(Para de barrer)* Ya veo. Si necesitas volver al mundo de Morfeo, adelante. Yo haré guardia.

EL AGRACIADO: No, no, no es necesario. Ya intenté volver a dormir antes, cuando estaba enterrado en las sábanas, pero me he desvelado. ¿Me he perdido algo?

EL VEHEMENTE: No mucho; aquellos dos se fueron a Dios-sabe-dónde y no he vuelto a oír de ellos desde entonces. Mientrastanto, he estado barriendo para matar el rato.

EL AGRACIADO: ¡Te ayudo!

EL VEHEMENTE: Lo aprecio, pero ya casi he terminado.

EL AGRACIADO: ¡Entonces acabaremos el doble de rápido! (*Coge la misma escoba que tiene EL VEHEMENTE*)

EL VEHEMENTE: ¡Suelta eso! (*Forcejean con la escoba, sujetándola ambos con la mano derecha a la vez*)

Se pelean por la escoba durante unos segundos. EL AGRACIADO se tropieza con la fuerza de EL VEHEMENTE y ambos caen encima de la pila de escombros, esparciéndolos. Mientras se levantan y lamentan el desperdicio, dos figuras salen de debajo de la cama: primero EL MONJE y tras él EL MÁRTIR. Este último no reacciona al tumulto y opta por quedarse cerca de la cama, mientras que EL MONJE se acerca a los otros dos perplejo.

EL MONJE: ¿Pero, se puede saber qué hacen?

EL AGRACIADO: (*Señala a EL VEHEMENTE*) ¡Ha empezado él!

EL VEHEMENTE: ¿Cómo que yo? ¡Maldito malcriado, te haré recordar el sabor de mi mandoble!

EL MONJE: ¡Por favor, haya paz! Hemos vuelto con nuevas sobre el visitante.

EL AGRACIADO: ¿Ha caído en la trampa ya acaso?

EL MONJE: No, todavía no.

EL VEHEMENTE: Perdonad mi ignorancia, pero, ¿que es "la trampa"?

EL AGRACIADO: Ah sí, tú no estabas. Paciencia, amigo, ya la verás. (*Se dirige a EL MONJE*) ¿Qué es lo que has de comunicar, entonces?

EL MONJE: Verán, cuando le vimos la última vez, estaba escalando por las estanterías de la biblioteca.

EL VEHEMENTE: ¿Trepando por las paredes? Menuda estupidez, ¿por qué haría eso?

EL AGRACIADO: ¿No es obvio? Para dejar que le empujemos desde lo alto y se rompa las piernas. ¡Oh, el sonido de músculos quebrantados con sus berridos de dolor sería fantástico! Una estupenda armonía, la panacea contra el aburrimiento. (*Se ríe*)

EL MONJE: Pese a lo mucho que nos ayudaría a frenarle los pies, no creo que sea la solución idónea al problema que se nos plantea.

EL AGRACIADO: Aguafiestas...

EL VEHEMENTE: Bueno, ¿y qué tiene que ver lo que haga en la biblioteca?

EL MONJE: Doy por sentado que están familiarizados con la estructura de la sala. Solo hay una entrada, la cual ahora mismo está vinculada a la catedral.

EL VEHEMENTE: ¿Está acaso... buscando la otra salida, la escotilla?

EL MONJE: Eso creemos. Parece ser que una vez ha cogido su premio ya solo busca salir lo más rápido posible.

EL AGRACIADO: ¡Pero es imposible que la hubiese visto desde el suelo!

EL MONJE: Cierto es. Solo alguien con la vista muy aguda podría haberla visto, pero eso no es lo importante. Lo realmente preocupante es su perseverancia. ¿Quién a su sano juicio arriesgaría la vida de tal manera?

EL AGRACIADO: Se nos escapa. ¡Hay que actuar!

EL MONJE: Es por eso que hicimos bien en plantar la trampa, ahora solo queda esperar a que caiga. (*Se torna hacia EL MÁRTIR*) ¿No es así?

EL MÁRTIR sentado en el suelo, dormido y roncando. Los tres resoplan y *EL VEHEMENTE* lo levanta del suelo para tumbarle sobre la cama. *EL AGRACIADO* coge la escoba y se dispone a limpiar otra vez. *EL MONJE* sale de la habitación cabizbajo y pensativo.

Vermillion se tumbó en el suelo sudoroso y agotado tras pasar por la escotilla. Miró al techo de la nueva estancia mientras recuperaba su aliento. El esfuerzo tanto físico como mental le había puesto en una cantidad de estrés inimaginable para él hasta ahora; no sabía ni cómo lo había hecho para sobrevivir. Tras calmarse un poco, se levantó como pudo del suelo intentando ignorar el dolor que le ocasionaba moverse de determinada manera. El día siguiente tendría agujetas, pensó.

Mas un tipo distinto de molestia se instaló en su estómago al ver dónde se encontraba. Un vasto comedor se desplegaba ante él, con techo alto con un cargado candelabro sin encender y estandartes y tapices adornando las paredes. Una enorme vidriera naranja con motivo aviario hubiera iluminado la gran y larga mesa en medio de la sala, de no ser porque había una silla entre ambas que eclipsaba la luz y embadurnaba la estancia con oscuridad. Dicha mesa estaba repleta de diferentes platos: ensalada campestre, chuletón, sopa de cebolla, lagarto (el corte), carrilleras, champiñones y trigueros salteados, tortilla, empanadas, lubina, escargot, lagarto (el animal), pan de payés, pastel de manzana, cruasanes, frutos silvestres, tablas de queso y charcutería, entre otros. El olor penetró en el interior de sus fosas nasales y desagitó un rugido en su tripa. No recordaba la última vez que comió, se arrepentía de no haberlo hecho antes de hacer la excursión.

Se percató de una peculiaridad más al acercarse a la mesa: que la vertical silla en frente del ventanal era la única en toda la estancia. En otras palabras, no únicamente alguien había preparado un banquete digno de rey, sino que lo había preparado para una única persona, ya sea ese alguien o bien un tercero. El festín como tal era de admirar, pero la imagen mental de alguien metiéndose todo su contenido entre pecho y espalda le daba náuseas. Procuró no pensar demasiado en ello y simplemente acercarse a la mesa.

Cogió tímidamente uno de los bollos más pequeños de una cesta, procurando así que el destinatario del banquete no lo echara de menos. Se lo acercó al casco para olerlo primero, pero a parte del olor a pan recién

horneado no encontró nada fuera de lo común. Decidió meter un dedo dentro para abrirlo en dos e inspeccionar si había algún tipo de veneno, con la facilidad que le daban sus guantes con forma de garra. Una nube de humo salió de las entrañas del caliente bollo al partirlo; otra vez, nada ajeno a lo ordinario.

Satisfecho con la inspección del alimento, se aseguró de que no había nadie más en la sala y con la mano que le quedaba libre desenchajó la parte frontal dorada de su casco, la que le quedaba en frente de su boca y nariz. La dejó en la mesa para no perderla de vista y acto seguido se bajó el alto cuello negro de su jersey que ocultaba su boca para darle un mordisco.

En ese instante, todo lo demás era supérfluo. La calidez, la textura glutinosa, el sabor, el crujido de la corteza; todo eso hacía que la mente de Vermillion se quedase en blanco mientras masticaba. Ciertamente, no había nada como comer después de un largo tiempo sin hacerlo, pero que la comida que te llene el estómago fuera una de tus preferidas era algo infinitamente superior. No era capaz de capturar la inmensa felicidad que le aportaba semejante ambrosía.

Recogió la pieza de su casco y se sentó en la silla para hincarle el diente al resto del menú. Ya no le importaba el comensal que nunca venía, solamente podía pensar en lo mucho que disfrutaba saboreando todo lo que atrapaba con el tenedor. Cada bocado era una explosión de umami más grande que el anterior, tanto que se atrevió con los platos que nunca le habían gustado. Este tipo de felicidad era algo que jamás se habría imaginado que experimentaría; ¡qué gran honor es disfrutar del comer! Si tan solo hubiera podido rejocigarse en esta maravilla de sabores mucho antes, estaba seguro de que se hubiera ahorrado más que un disgusto. En ese momento comprendió por qué alguien pediría tanta comida de una sentada.

Tras engullir y dejar limpios varios platos los, sabores estaban comenzando a mezclarse en su lengua, así que decidió ir a por algo de líquido para limpiar su paladar y darle un respiro a sus papilas gustativas. Acercó el cáliz más cercano a sus labios, mas se detuvo a pocos milímetros del borde antes de beber de él. Una peste familiar inundó su sentido del olfato por completo. Un olor frutal, con notas de fermentación evidentes. Vermillion no sabía ni por qué se molestó en examinar el contenido del recipiente con

sus propios ojos. Vino, tinto. Cubría unas tres cuartas partes del cáliz.

Y así, perdió el apetito.

Un centenar de pensamientos pasaron por su cabeza, cada uno más frenético que el anterior. Para ser justos, era normal acompañar la comida con un vaso de vino, así que seguramente la persona que lo preparó no tenía malicia. Sin embargo, la falta o no de malas intenciones no hacía que desapareciese su malestar.

"Un vaso solo no será para tanto."

En ese momento estaba demostrando una resistencia descomunal al apoyar el recipiente en la mesa. Para él, en ese momento pesaba más de una tonelada, y a la vez era lo más ligero que jamás podría haber sostenido.

"Solo un sorbito de nada, venga."

Pese a eso, no le fue tan sencillo para su mano desprenderse de él. Era increíble la diferencia de dificultad que le suponía dejar ciertos hábitos comparados con otros.

"Una gotita y nada más, lo prometo."

Se apresuró a volver a taparse con el cuello y a encajar otra vez la parte del casco para distraerse. Acto seguido, se levantó de la silla para comprobar si había algún líquido lo suficientemente neutro como para quitarle el sabor de la boca. Sin embargo, ni una única jarra de agua había. Volvió a sentarse al no encontrar sustituto, y justo antes de devolver su vista al cáliz, avistó algo por el rabillo del ojo. Se volteó para ver qué era, mas tampoco encontró respuesta a su pregunta; solo el vacío del comedor le sonreía de vuelta.

Realmente su adicción le estaba jugando una mala pasada. Se echó las manos al casco y apoyó los codos en la mesa para procurar recobrar cuanta cordura pudiera. Fue en ese momento en el que se percató de la nota que había en frente de su plato vacío. Era del mismo papel que todas las anteriores a ella, mas esta era significativamente distinta al resto. Esta carecía de letras algunas, y en su lugar había un grafito que ocupaba la mayoría de la hoja. El dibujo representaba una mano derecha cortada por la

muñeca, la cual señalaba hacia arriba con el índice. La curiosidad le ganó y siguió la dirección del dedo con la mirada. Al final de la sala, alineada con la línea invisible que trazaba el dibujo, se encontraba una nota similar a la que tenía en frente, solo que en horizontal y apuntando hacia la izquierda. Una vez más, se dirigió hacia donde apuntaba la mano y se avistó de que en ese preciso punto de la pared había aparecido una nueva puerta.

Si el alcohol hiciera que se volviera loque, lo haría este sitio, sin duda, pensó. Ciertamente no sabía qué es lo que quería hacer ese maldito ente con elle. ¿Por qué tomarse la molestia de plantar esas hojas para indicarle lo que elle interpretaba como la salida en vez de directamente echarle por la ventana o algo? Menuda manera de marear la perdiz, estaba claro que disfrutaba desorientándole para más tarde darle de la mano y llevarle a donde él quisiera que vaya. Una retorcida práctica, realmente; mas es el único camino que le quedaba.

Se volvió a levantar para comprobar si la escotilla por la que entró seguía existiendo. Justo como intuía, se había desvanecido. La única salida había cambiado de lugar una vez más, manifestándose en ese momento en la pared. ¿Acaso habría algún límite de habitaciones que el fantasma pudiera conectar a la vez? Se agachó y tocó el suelo para realmente comprobar que no era un juego de iluminación u otro aparejo similar y que realmente había desaparecido. La losa de piedra era rígida; demasiado, de hecho: no había ninguna grieta perceptible ni por vista ni por tacto, realmente era como si nunca hubiera existido una escotilla ahí.

Una vez se había hartado, se levantó para evitar tener más agujetas el día siguiente y se dirigió a la puerta. Esta era, como era de esperar, palpable y firme; hecha de manera igual que el marco que la mantenía en pie, con visagras y pomo de hierro, sin picaporte ni ventanas. Una puerta normal, de las que se encontraban en todas las casas. Sin embargo, la ordinariedad de la puerta no era lo que realmente prohibía a Vermillion de entrar en la cámara que separaba, sino las circunstancias de su existencia. ¿Se manifestaría la siguiente habitación en el momento en el que abriese la puerta, o por el contrario ya existía antes de que la puerta llegase ahí? ¿Qué garantizaba que una vez pasase por ella el comedor siguiera en pie? ¿Era esta realmente la salida o era un truco más para despistarle y recuperar el

orbe? Todos esos interrogantes ya no le importaban. Fuera lo que fuera que le esperase al otro lado, estaba preparade para solventarlo y salir victorioso, como lo hacía siempre. No importaba cuántas heridas le causen las piedras que le lanzase ese maldito caballero, estaba convencide de poder superar todos sus estúpidos y efímeros desafíos. Cogió el pomo con fuerza y abrió la puerta de par en par.

Mas todo su valor desapareció al bajar el par de escaleras que daban entrada a la nave.

Ese día había llegado tarde. Ambos sabían que llegaría tarde y acordaron que se aplazaría a una hora que les viniera bien a los dos. Desconocía las razones por la que no podía llegar a su hora, pero le daba igual. Lo importante es que ambos estaban allí en ese momento.

El aula estaba vacía cuando llegaron. Pasó un minuto. Dos, tres, cinco, diez, treinta, una hora, dos horas. Mantuvo la mirada fija mientras ella escribía sin cesar. En ningún momento apartó la vista del papel, salvo para pedir hojas blancas al acabársele el espacio para escribir.

Vermillion pensó que la razón por la que suspendía tanto era por el tumulto y la presión que le suponía estar en un aula aglomerada, por eso inicialmente determinó que era bueno que hubiera llegado tarde; mas la fría atmósfera que se había creado entre ambos rápidamente demostró ser la cuna ideal para generar nervios.

Por si eso no fuera suficiente, se estaba jugando un considerable porcentaje de la nota final. Por un momento consideró dejarla sola en el aula para que pudiera hacerlo en paz, pero no podía arriesgarse a que hiciera chuletas. No era el tipo de chica que copiaba en los exámenes, por supuesto, pero aun así prefirió no arriesgarse a que intentase algo. Sabía lo desesperada que estaba por aprobar, y la gente desesperada suele hacer cosas que nunca se plantearía hacer en situaciones normales.

Y, efectivamente, estar allí aseguró que el examen se hiciera con normalidad. Se preguntó si hubiera sido diferente si las circunstancias hubieran variado. ¿Habría estado menos nerviosa si no hubiera llegado tarde? ¿Impactaría mucho en su nota que estuviera mirándola todo el rato? ¿Realmente hubiera hecho trampas si se fuera de la sala?

Esas preguntas dejaron de importar cuando Dutchess dejó la pluma en la mesa y le entregó el folio.

—¿Qué, cómo te ha ido?

No hubo respuesta. Se apresuró para coger sus cosas e irse, sin ni siquiera enseñarle la cara a su maestre.

—No tengas prisa, mujer, que no lo voy a corregir delante de ti.

—Tengo que irme. — Replicó al momento. De forma brusca se apartó de la mesa y se dirigió hacia la salida, con el cuerpo encorvado mientras sujetaba su escoba y mirando hacia el suelo.

—¡Dutchess, espera!

E hizo como se le pidió. Se quedó parada en mitad del aula. Pasados unos segundos, miró por encima del hombro a Vermillion, con visible sorpresa en su ojo.

—¿...Sre. von Kavalier?

—¿Qué es lo que te he preguntado?

—¿Qué? — Se dio la vuelta completamente para verle mejor.

—No quiero que me digas qué has respondido a las preguntas, sino qué preguntas te he puesto.

—Las preguntas... del examen... eh... eh...

—¡Dutchess, venga ya! ¡Si me lo acabas de dar!

—Lo siento, de veras que no me acuer—

—¡¿Cómo que no te acuerdas?! ¿Tan poco te importa la asignatura como para no acordarte? — Su cambio de tono la asustó aun más. —Si ni tú misma puedes decirme qué te he preguntado, ¿cómo puedo saber que no te has inventado las respuestas? ¿Qué hago yo ahora con este examen, Dutchess? ¡¿Qué hago con él?! —

La habitación, una vez más, se llenó de un silencio asfixiante. Dutchess se vio obligada a romper el contacto visual para evitar que su maestre le viera llorar.

Si había algo que Vermillion detestaba era que le hicieran perder el tiempo. Irónico, de alguna manera, con la capacidad que tenía de liar a la gente y hacerle oír cosas que no les interesaba. De todas maneras, lo veía como un insulto; pese a los esfuerzos que hizo para asegurar que tuviera un aula donde examinarse, su actitud le demostraba que no tenía respeto por los sacrificios que hacía por ella. Cada día que pasaba se creía menos que tuviera un problema de memoria y se creía más que fuera una excusa para no esforzarse por aprobar; y este último numerito le convenció. En ese momento, su cerebro había sido capaz de convertir esa teoría en la verdad, él solito, sin ayuda de nadie.

Vermillion no era el tipo de persona como para dejar pasar cualquier tipo de ataque a su persona, ya sea intencional o no. No imprimaba cuan llorosos estuvieran los ojos de su oponente al confrontarle, o cuánto lo sintiera.

Antes de que Dutchess se fuera de la sala, sollozando, Vermillion rompió el silencio con un suspiro por enésima vez:

—No te entiendo, Dutchess. — La susodicha se detuvo una última vez. —De verdad que no.

Sin embargo, en ningún momento volvió a darse la vuelta.

—Ya.

Y con eso se fue.

ESCENA TERCERA

La acción en los pasillos de la Torre. Los cuatro caminando por ellos al unísono. EL AGRACIADO adelantando al resto, con EL MONJE siguiéndole. EL MÁRTIR durmiendo de nuevo, a manos de EL VEHEMENTE que va detrás del resto.

EL VEHEMENTE: Pero, ¿se puede saber qué ha pasado?

EL MONJE: Sabemos lo mismo que usted, amigo fiel. Un estruendo enorme en un nivel inferior no nos dá mucho para averiguar qué ha sido, al menos por si solo.

EL AGRACIADO: ¡Ey, venga, más rápido! ¡Hay que llegar más rápido o nos lo perderemos!

EL VEHEMENTE: ¿Qué hay que perder, acaso?

EL AGRACIADO: Ay, de veras, tu edad te delata, abuelo. Ojalá no acabare como tú a tu edad. ¡Que Dios se apiade de mí y acabe con mi sufrimiento pronto! Monje, haz algo de provecho y apresúrate a explicárselo.

EL MONJE: (*Avergonzado*) Me temo que nuestro amigo no es la única que no entiende de lo que habla, señorito.

EL AGRACIADO: ¡¿Tú también?! Ay, como odio que seais tan poco avisados, ¡es realmente tedioso tener que convivir con gente como vosotros! Bah, qué más da, lo averiguaréis al llegar, ya veréis.

EL MONJE: ¿Tiene algo que ver con nuestro invitado?

EL AGRACIADO: ¿Tu qué crees? Después de todo, tiene todas las papeletas.

EL VEHEMENTE: Ah, creo que ya lo entiendo. Je, je, qué débil es la psique, seguramente se le haya caído un barril al intentar levantarlo y

bebérselo a morro. Sabía que era buena idea enviarle a la bodega, ¡los vivos son realmente criaturas tan simples!

EL MONJE: Ciertamente, yo también estoy comenzando a comprender qué es lo que causó ese estruendo. Cualquiera persona de su edad se sentiría atraído por tal brebaje, no le culpo en lo más mínimo. Será todo un honor ser testigo de tal derroche de deseo. Sin embargo, sería imprudente por nuestra parte dejar pasar por alto otras posibilidades.

EL AGRACIADO: Me alegro de que hayáis sido capaces de llegar a la misma conclusión que yo. Mas, también tienes tú razón, monje. Hay que ir con los pies en polvorosa, aun no sabemos de qué es capaz este personaje.

EL MONJE: Sí, sin ninguna duda. Pero no debemos olvidar cual es nuestro objetivo con todo esto.

EL VEHEMENTE: ¿De verdad vamos a seguirle el juego a...? (*Señala con la cabeza a EL MÁRTIR, aun dormido sobre su hombro*) Ya sabes.

EL MONJE: No nos queda otra, es nuestra última esperanza.

EL AGRACIADO: Por una vez, estoy de acuerdo con el abuelo. Es muy poco probable de que dé fruto este plan suyo. Y, además, creo que hemos actuado demasiado tarde para poder asegurar una victoria.

EL MONJE: ¿Y qué sugiere que hagamos? ¿Ir atrás en el tiempo para advertir a todo el mundo de que nuestro invitado era lo que estábamos buscando mientras este se dedicaba a entrar en nuestro hogar? Eso, por una parte, no es posible; y, por otra parte, si lo fuera, nos tomarían por locos.

EL AGRACIADO: Solo digo, que no os sorprenda si esto no acaba bien.

EL VEHEMENTE: Comparto el sentimiento, joven, pero supongo que tampoco tenemos nada que perder. Si realmente vamos a hacer esto, hay que darlo todo.

EL AGRACIADO: (*Se para*) Es aquí.

Los cuatro se detienen en frente de una puerta doble de enormes proporciones. Ambas puertas de madera cerradas. EL MONJE coge uno de los pomos de hierro con la mano derecha.

EL MONJE: *(Se da la vuelta y mira al resto)* Voy a soltar al caballero, ¿están todos listos?

EL AGRACIADO y EL VEHEMENTE asienten.

EL MONJE: Que comience el espectáculo.

Cuando Vermillion volvió en sí, lo hizo con un tremendo dolor de cabeza.

El sol matinal que entraba por el tragaluz le cegaba parcialmente, empeorando su condición. Entrecerró los ojos al procesar el brillo incandescente del astro y con una mano hizo sombra para poder levantarse del suelo y sentarse.

Tardó en darse cuenta de la ternura del suelo, comparada con el resto de salas en las que estuvo. Al contrario de lo que esperaba, había aterrizado en pasto; el mero cambio de escenario le había dado esperanzas de haber abandonado la Torre, mas se desvanecieron al ver que no se encontraba en libertad, sino en un jardín interior. De hecho, estaba muy cerca del borde de una fuente en medio de la sala, probablemente hubiera perdido el conocimiento al darse con ella. La estancia en sí no estaba tan mal: el plácido calor del sol adornaba un patio lleno de vegetación diversa, con unos pasillos y pilares de mármol en los extremos de la sala. El sonido de la fuente con el de los insectos cantando, añadiéndosele la calidez y aire fresco que traspasaba por el tragaluz daba un aire tranquilizador a la escena.

Lo único que quedaba fuera de lugar eran los trozos de vidrio naranja esparcidos por el suelo, no muy lejos de la entonces posición de Vermillion. Sin embargo, no había ningún rastro de la ventana que contenía ese cristal. ¿Acaso...?

—Cuidado con la fuente.

Una voz familiar le sacó del trance y le forzó a levantarse de un salto. Era ese maldito caballero encapuchado de nuevo. Sus huesos deslumbraban azules en la oscuridad que le proporcionaba el pilar del cual se apoyaba.

—El sistema de cañerías es una reliquia de mis antepasados, una única baldosa vale más de lo que puedas cobrar en mil años de tu miserable vida. — El ente se acercó flotando hacia su dirección.

—¡Atrás! — Vermillion intentó buscar en vano la antorcha que tenía en sus pertenencias, pero se le olvidó que ya la descartó anteriormente.

—Has tardado un buen rato en despertarte. ¿Tanto has bebido?

Vermillion sintió como su cara se tornaba roja al segundo:

—¡¡No!! ¡Y atrás he dicho! ¡Este orbe ahora es mío! — exclamó al retroceder para evitarle.

—Ya no me importa el orbe, te lo puedes quedar si tanto lo quieres.

—¡Pues deja que me vaya!

—Me temo que no podemos permitirnos eso, — amenazó al acorralarlo entre la fuente y su armadura, sin escapatoria.

Se escuchó como Vermillion tragaba saliva. De un momento a otro, el dulce abrazo del sol se había tornado en una tórrida trampa. Antes de que se hubiera podido dar cuenta, se había metido en un berenjenal del cual no podía salir de rositas.

Vermillion entonces decidió saltar hacia lo alto de la fuente y por encima del fantasma para darse un poco más de espacio para huir. Una vez sus pies volvieron a estar en contacto con el suelo, se avalanzó hacia su contrincante para darle un zarpazo con su garra derecha. Sin embargo, su tiempo de reacción fue excelente y consiguió esquivar el ataque con facilidad. Vermillion probó con varios otros zarpazos, puñetazos y bofetadas, así como coger piedras del suelo y lanzárselas. Mas todos sus intentos fueron en vano, todos evitados por el ente, quien en ningún momento mostró signos de querer devolvérselos.

—¿Ha terminado? Tenemos cosas de las que hablar.

—¡De eso nada! — jadeó.

—Como desee.

Y así, Vermillion continuó intentando ponerle un dedo encima, mas cada intento era más fútil que el anterior. Estaba claro que con esta línea de ataque lo único que conseguiría era cansarse más. Tras un par más de ataques directos, decidió parar para coger aire, apoyando sus manos en sus rodillas.

—¿Y bien?

Vermillion podía sentir como su mirada era tan intensa que podría perfectamente hacerle un agujero en el casco:

—¿Qué... es... lo que quieres? — respondió con la voz entrecortada, devolviéndole el contacto visual.

—Quiero averiguar cómo lo hizo.

—¿...Cómo hice el qué?

—Cómo hizo el numerito en la biblioteca y en el comedor. Cómo sabía que había acceso a otras habitaciones cuando no había una puerta.

—¿Qué? ¿Eso es todo? ¿Solo has venido hasta aquí para preguntarme algo tan insignificante?

—Usted únicamente límitese a responder.

Vermillion se quedó perpleje ante tal cuestión. ¿Qué clase de truco estaba planeando? Más le valía responder con astucia si quería que no se la colara, pensó.

—Pues, no sé qué quieres que te diga. Respecto a lo de la biblioteca, simplemente lo sabía. Podrías llamarlo intuición, si quieres ponerle un nombre.

—¡Pero eso es imposible! La escotilla está a un nivel de altura tan elevado que no puede verse desde el suelo. ¡No hay manera de que hubiera podido verla con solo sus ojos!

—Eso ya lo sé, cazurro. En ningún momento he dicho que la hubiera visto desde el suelo. Todo lo que he dicho es que sabía que estaba allí. No había forma alguna de que pudiera haberla visto sin acercarme a ella, en eso tienes razón; pero eso no implica que no pudiera adivinar que estaba allí.

—¡E-entonces ha sido un hechizo! Conjuró algún tipo de encantación para poder encontrar la salida más próxima, ergo, la escotilla.

—¿Pero, qué dices? Si yo no soy más torpe con la magia porque no me entreno. No, no he averiguado que había una escotilla mediante ningún

tipo de encantamiento, hechizo, o elemento mágico similar. Simplemente lo sabía y ya, ¿vale?

—¿Ah, sí? ¿Y qué le parece esto? Usted lo que hizo fue usar la bola de cristal usurpada para mirar por dónde se podría escapar.

—¿Acaso escuchas cuando te hablan? Ya te he dicho que no he usado ningún elemento mágico para eso. Por supuesto, con "elemento mágico" no me refería únicamente a hechizos, sino a cualquier material o instrumento que ayudase a controlar la magia, como una varita o una escoba. Por lo tanto, la posibilidad de que usase el orbe estaba descartada desde un principio. Je, je, je... pensaba que era redundante mencionarlo en su momento por ser algo tan simple, pero me sorprende la falta de lógica que estás demostrando hasta ahora.

—¡Pues...! ¡¡Pues...!! ¡¡Vio un plano de la biblioteca en uno de los libros!! Por supuesto, nuestra biblioteca tiene de todo. ¡Es del todo razonable que hubiera una copia de los planos en alguno de los libros!

—Hm, buen intento. Me temo, aun así, que no es correcto. Ninguno de los libros que inspeccioné tenía algún plano, dibujo o grafito de la estructura de la biblioteca. ¡Es más, ninguno de ellos tenía algún tipo de ilustración! ¡Y otra cosa más, el único texto que leí en la biblioteca que tuviera algo que ver con ella era una hoja suelta pegada a la pared! ¡¡La suma de todos estos factores hace imposible que hubiera aprendido la localización de la escotilla de manera visual; tanto por texto como mediante imágenes!!

—Argh... pero, eso... ¡no tiene sentido! ¡¿Cómo, entonces?!

—Ya te lo he explicado, memo. Usé la intuición. Gracias a la intuición ya sabía que había una escotilla sin necesidad de comprobar que estuviera allí o no.

—¡Inaudito! ¡Es simplemente imposible "saberlo" sin prueba alguna! ¡¡No es como si, en el momento en que estuviera convencido de que la escotilla estuviera allí, ese pensamiento se convirtiera en la realidad y apareciera ante sus ojos!! ¡¡Eso es únicamente posible en la ficción, no en la

vida real!! ¡Ha debido tener la ayuda de algún agente externo para averiguarlo!

—Conque esas tenemos, ¿eh? Entonces, ese agente externo, ¿puedes decirme qué es?

—¿Cómo? ¡¿Qué parte de "agente externo" no entiende?! ¡Un agente externo es una persona, utensilio o método ajeno a la persona que lo necesita, y que le ayuda a conseguir determinada cosa!

—Cierto, pero en ningún momento has dicho qué tipo de agente externo, según tú, utilicé. No puedes simplemente decir "lo averiguaste mediante un proceso que desconozco, y por ese mismo motivo me niego a explicártelo" y quedarte tan pancho. A no ser que puedas decirme cómo utilicé ese agente externo, o directamente qué agente externo utilicé, me temo que no puedo darte por correcta o incorrecta esta línea de ataque. ¡Me niego a aceptar una respuesta sin fundamento!

Vermillion no sabía ni cómo, pero consiguió darle la vuelta al tablero de una manera magistral. De un momento a otro, pasó de temer por su integridad a estar en total control de la situación. Nunca se hubiera esperado que sería tan sencillo intercambiar roles: el cazador se convirtió en el cazado. Negar cada una de las disparatadas teorías del caballero le llenaba con un indescriptible sentimiento de orgullo, el cual reforzaba su ego a pasos agigantados. Verle sufrir añadía, además, un carácter retorcido a la sonrisa debajo de su casco.

La mente del ente comenzó a dar vueltas, cayendo en un abismo sin salida. Ninguna de las posibles respuestas que se le ocurrían eran lo suficientemente firmes como para ser consideradas la verdad. Estaba él solo sumiéndose en la más tremenda oscuridad al no considerar la situación con cuidado. Por más que pensaba, más vueltas le daba la mente y más ganas de desaparecer tenía.

Y, por alguna razón, algo dentro de él cambió. Fue esa misma presión la necesaria para llegar a una respuesta sin fisuras. ¿Ya está? ¿De verdad ha sido tan simple? En un instante, se sintió tonto por haberlo pasado tan mal por una cuestión tan sencilla.

—¿Eso es todo lo que tienes?! ¿Cómo es posible que el ampliamente respetado protector de la Torre no sea capaz de hallar la verdad? ¡Incluso un crío sería capaz de hacerlo, y sin ningún tipo de pista, además! Tu ira te está cegando y no te deja recordar los sucesos con claridad, Verdi. Todo lo que necesitas para averiguarlo ya se te ha sido proporcionado, ¿de veras eres semejante mentecato?

—¡Para tí es Sir Vértigo! ¡Y no descansaré hasta encontrar la verdad escondida en tus calumnias! Primero de todo, voy a intentar seguir tu lógica de la "intuición". Según tú, simplemente supiste que había una escotilla en lo alto de la biblioteca gracias a tu "intuición". Todo el mundo sabe que es imposible averiguar algo sin prueba alguna, al menos en este mundo. Es por eso que creo que esa "intuición" tuya es únicamente una serie de hechos que, unidos lógicamente, te pudieran llegar a sacar una conclusión con alta probabilidad de ser cierta.

—Sé lo que es la intuición, no me la tienes que describir.

—Es por eso que mi siguiente paso será analizar las circunstancias idóneas para que esa "intuición" existiera. Bien, partamos del hecho de que únicamente conocías la existencia de la entrada a la biblioteca cuando entraste. Pasando por ella lo único que conseguirías sería retroceder en tus pasos, así que está descartada la posibilidad de usar esa puerta como salida desde el principio. Por otra parte, al investigar la estancia, estoy seguro de que te diste cuenta de que todas las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros, no había ni una sola ventana. Es más, puedo decir con seguridad que la biblioteca estaba iluminada únicamente por antorchas y velas.

—Eso es. Por lo que veo, parece ser que lo estás empezando a comprender. Es ciertamente curioso que no hubiera ventanas y que la que pareciera como única salida estuviera cerrada, ¿no?

—Así que estoy en lo correcto. En ese caso, permíteme proseguir con mi explicación: he de decir que el hecho de que no se pudiera ver el techo de la biblioteca fue un punto a tu favor, en tanto que te ayudó a descartar millares de posibilidades instantáneamente. Ciertamente es que esta lógica no te hubiera servido de no ser que nos hubieras visitado un día diferente, así que debo jurarle venganza a la suerte por darte semejante pista. Seguramente ya lo hubieras notado antes de entrar en la Torre, pero hoy es un día de viento.

No es que hubiese una ventisca, ni mucho menos; pero, pese a ser poco el viento que huye de nuestras puntas de los dedos, es suficiente para que nos salude con su evasiva caricia. Pues bien, ese viento, si se tratase de una verdadera habitación cerrada, nunca podría haber llegado a la biblioteca. Sin embargo, el viento llegó de todas maneras. Has demostrado en numerosas ocasiones que eres una persona astuta, y seguro que en ese mismo momento te diste cuenta. Sí, estoy seguro de ello, tu perspicacia es digna de admiración. ¡El viento existente en la biblioteca te ayudó a averiguar que había un sitio por el cual podía pasar! ¡Como era imposible que pasase por la entrada, o por una pared inexistente, o por cualquier otro lugar que pudieras ver, como por ejemplo el suelo, pensaste que venía del único sitio que no podías ver! ¡¡El techo!! ¡¡En ese momento sabías que había algo en el techo que dejaba pasar el aire, y que muy probablemente podrías usarlo como salida!!

Un silencio devastador comenzó tras acabar su discurso, silencio únicamente viciado por el sonido de unos aplausos de guantes de cuero.

—¡Bravo! Así es, sabía que la salida estaba allí por el viento, aunque en ese momento no sabía qué tipo de salida era. Ah, y gracias por dejar la escotilla abierta, sin tu ayuda no podría haberlo hecho. — Una carcajada acompañó la amistosa mofa de Vermillion.

—Ahora, con respecto al comedor, — Sir Vértigo no parecía perder el tiempo, — sigo sin entender cómo supo que detrás del ventanal había un habitáculo con un tragaluz por el cual entrar.

—Ah, no, no lo sabía.

Una vez más, el rey silencio hizo acto de presencia en su reino.

—¿Perdón?

—No sabía que había nada detrás de la ventana, solo quería salir de ahí.

—¿Y directamente saltó al vacío como si nada?!

—¡Pensé que estaba a ras de suelo!

—Por el amor de... ciertamente la fortuna le sonríe hoy; no solo ha sobrevivido a la caída, sino que también ha pasado por un tragaluz sin ni siquiera calcular por dónde caer ni a qué velocidad. Formidable, simplemente formidable. Mas, me encuentro en la obligación de preguntarle, ¿por qué quería irse?

—¿Qu...? ¿Cómo que por qué? — La pregunta rozaba lo insultante para elle.

—¿Es que el vino no era de su gusto? No se preocupe, eso se puede remediar fácil--

—¡No! No. — Vértigo se sorprendió al ser cortado de esa manera, estaba convencido de que a todo el mundo le gustaba el vino. —Déjalo, anda. ¿Dónde está la salida?

—Pero, ¿por qué tanta prisa? Soy consciente de que hemos empezado con mal pie, pero prometo que su estancia aquí será la mejor que pueda brindar. Al menos, déjeme escuchar su nombre.

No podía creer lo que estaba ocurriendo. Aquella era, sin lugar a dudas, la situación más surrealista en la que Vermillion se había encontrado hasta la fecha. No pudo evitar explotar ante tal disparate:

—¿Cuál es tu problema?! ¿Primero me quieres matar y ahora actúas como si fuéramos amigos íntimos?

—Sé lo que eres.

El repentino cambio de tono hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Vermillion. La calidez del jardín se esfumó al pasar una nube por delante del sol, dejando solo la frialdad de la luz que emitía el caballero.

—No te sacias con cualquier enigma, te gusta rebuscar entre las entrañas del misterio. Eres uno de esos "intelectófilos".

—Te acabas de inventar esa palabra.

—Ahora comprendo tus razones para entrar en la Torre. No somos tan diferentes, tú y yo. Ambos buscamos conquistar el conocimiento, de alguna manera.

—¿Y? Ya tengo lo que quiero, déjame ir, — replicó mientras le daba la espalda para encontrar otra salida.

—¿Y si te dijera que puedes conseguir más?

Vermillion le miró por encima del hombro.

—¿Por qué crees que me interesa?

—Acabas de demostrármelo. El fuego presente en tus ojos al descifrar un problema es suficiente prueba para asumir que los artefactos que tenemos guardados te proporcionarán gran entretenimiento. Verás, esta no es una Torre normal, sino un bastión y archivo enorme de reliquias de diversas culturas con indescriptible valor académico

—¿De verdad? ¿Entonces, por qué no he oído nada por el estilo?

—Se debe a que el acceso está restringido. Únicamente aquellas personas con ciertas cualidades, como un servidor, tienen acceso a ellas. Toda aquella persona que intentare descubrir las maravillas de sus entrañas encontraría en su lugar el final de su viaje. Así que, ¿qué me dices? Estaré encantado de proporcionarte una propia habitación y manjar si lo deseas. Te convertirás en un invitado de Honor, como en la era dorada de la Torre.

Vermillion calculó sus palabras antes de responder.

—Tengo entendido que cuanto más se adentra uno a la Torre, menos probabilidades tiene de salir, ¿es eso cierto?

—Eso es solo un rumor desproporcionado, nada acorde con la realidad. Solo tomamos las medidas necesarias cuando un tercero metomentado quiere descubrir algo que no le conviene. Tú, sin embargo, eres diferente; y me disculpo por no haberlo descubierto antes. Muy pronto lo entenderás, si me das la oportunidad de enseñártelo.

—¿Qué consigues tú con esto?

—¿Es realmente tan disparatado querer un poco de compañía? Llega a ser solitario a veces, este puesto. Además, así podré aprender también sobre cómo va el mundo exterior. Intercambiaremos información por información, a mí me parece un negocio justo, ¿no?

—Pero, sigo sin entenderlo. ¿Por qué te fías de mí? Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido saquearte e insultarte, ¿qué te hace pensar que soy alguien al que confiar?

—Muy sencillo.

Vértigo dejó de levitar para poner sus pies en el suelo, haciendo que su diferencia de altura fuera menos severa. Vermillion interpretó este acto como una bandera blanca, pensó que su intención había dejado de ser la intimidación y que ahora ambos estarían a tablas.

—Porque eres como yo.

En ese mismo instante, Sir Vértigo levantó su brazo para tomar el borde de su capucha blanca con sus dedos. Acto seguido, levantó la capa de tela que cubría su cara, y ésta, así como los demás ornamentos óseos que marcaban su figura, se desvanecieron, convertidos en destellos azules.

La luz que desprendió su figura en ese momento fue suficiente para cegar a Vermillion durante un par de segundos. Mas pasado ese tiempo se le presentó ante elle una radiante cara, iluminada por el esqueleto dentro de ella. Se pelo a media melena abrazaba sus marcadas facciones con dulzura, ocultando la mitad de su cara cubierta en quemaduras. Un par de cuernos cortados se asomaban tímidamente entre la maleza que era su pelo.

—¡Esta es la verdad! ¡He aquí mi prueba de que eres exactamente lo mismo que yo! ¿Es que no lo ves? ¡Tu destino te ha traído hasta aquí! ¡Ahora todo tiene sentido!

—¿...Y qué se supone que me estás revelando?

—Los cuernos. ¡Tus cuernos! ¡Somos lo mismo! ¡Es mi deber aceptar en la Torre a todo aquel de mi misma especie! ¡Tienes la suerte de gozar de los genes de tan poderosa raza! Es por esto que te invito a entrenar tu mente y tu cuerpo en estos lares, hasta que sacies tu sed de conocimiento.

El ultimátum de Sir Vértigo dejó a Vermillion patidifuse. Confundido entre tantos mensajes contradictorios, no sabía que creer. Realmente no quería pasar más tiempo con semejante energúmeno, pero teniendo en cuenta que había hecho todo el viaje hasta allí y que encima le había ofrecido un techo

bajo el cual dormir, así como tanta comida como necesitara, estaba pensándose dos veces. Ciertamente, sería una buena inversión, dado que la tendencia asesina del ente ya se había esfumado. Además, ya se había arriesgado para conseguir el orbe, pero dejar pasar otras más reliquias sin conocer sería demasiado estúpido por su parte. No le quedaba más opción.

—Acepto, — exclamó acercándose al centro del jardín, dirigiendo su mirada a la fuente.

—¡¡Maravilloso!! ¡Procuraré que su estancia sea la más divina de todas, invitado de Honor! Una cosa más, ¿le importaría compartir su nombre con un servidor?

En el fondo de la fuente, pudo ver varias monedas doradas del mismo tipo que aquella que adornaba el tocado de Vértigo. También observó como sus reflejos le saludaban de vuelta.

—Vermillion.

Capítulo 3: Leviatán

En este capítulo hay escenas con desnudos no sexuales, abuso infantil y pensamientos suicidas.



ESCENA CUARTA

La CARNE DE CAÑÓN y EL BUITRE bajando una larga y oscura escalera de espiral. La CARNE DE CAÑÓN delante del BUITRE por motivo doble: ser foco de luz para EL BUITRE y que este no sospeche de la CARNE DE CAÑÓN. La CARNE DE CAÑÓN de nuevo con su capucha y ornamentos en la cabeza. El cuatriunvirato omnipresente y expectante, pero a la vista de nadie.

EL MONJE: ¿No ven? ¿A que ha salido todo a pedir de boca?

EL AGRACIADO: Debo decir, aunque tenía mis dudas, que ha ido la mar de bien. No pensaba que una idea tan descabellada fuera a funcionar.

EL MÁRTIR: Hombre de poca fe...

EL AGRACIADO: *(Se asusta por la aparición del MÁRTIR)* ¡Ay! ¡¡Para ya!!

EL VEHEMENTE: Entiendo que "la trampa" ya ha empezado, ¿no?

EL MÁRTIR: Algo así, pero es demasiado pronto para cantar victoria. Aun queda margen de error, así que no lo arruinéis.

EL MONJE: Sí, mi--

EL AGRACIADO: Oye, ¿cómo que "no lo arruinéis"? ¡Tú también estás en esto!

EL MONJE: ¡Señorito! *(Se dirige al MÁRTIR)* Por favor, disculpe su osadía. Estos niños de hoy en día no hay quién les controle...

EL MÁRTIR no muestra expresión alguna. EL MONJE traga saliva.

EL VEHEMENTE: Honestamente, sigo igual de perdido. Pero bueno, cierto es que, sea lo que sea que hayamos hecho, ha dado fruto hasta ahora. Haced lo que os venga en gana. Si me necesitáis, ya sabéis cómo llamarme.

EL MONJE: Oh, ¿se va ya?

EL AGRACIADO: ¡Jooo! Pero si acababas de volver... ¿Quién va a planear travesuras conmigo? ¡Aun no he terminado de pensar cómo desollar a nuestro invitado!

EL VEHEMENTE: No me estoy sintiendo muy fina, y creo que si me explicáis de qué va la trampa esa me voy a poner peor. Me disculpo, pero ya me lo diréis en otro momento. Voy a descansar un rato.

EL MÁRTIR: Pues descansa bien, soldado. (*EL VEHEMENTE, EL MONJE y EL AGRACIADO se giran hacia EL MÁRTIR anonadados*) ¿Qué?

EL VEHEMENTE: (*Sorpresa aparente en su voz*) ...Gracias.

Sale EL VEHEMENTE. Mientras tanto, la CARNE DE CAÑÓN y EL BUITRE siguen bajando el interminable tramo de escaleras.

EL MONJE: Es posible que hayamos puesto demasiados escalones...

EL MÁRTIR: (*Ríe*) Bobadas. Le vendrán bien a nuestro invitado para despertarse, le forzará a no caerse de frente y a pensarse dos veces dónde mete las patas.

EL AGRACIADO: Oh, sería tan fácil ponerle la zancadilla...

EL MONJE: Todavía no es la hora. Debemos seguir el plan, tiene que mostrarse sereno por ahora.

EL AGRACIADO: ¡Argh! Ojalá no hubiera ido bien la trampa para que--

EL BUITRE: (*A la CARNE DE CAÑÓN, ignorando la existencia del cuatriumvirato*) ¿Falta mucho?

EL AGRACIADO: Oh, yo me encargo. (*Pone su mano derecha donde estaría el oído de la CARNE DE CAÑÓN y acerca su boca*)

CARNE DE CAÑÓN: Por favor, paciencia. Cuanto menos entretengas ese pensamiento, más pronto llegaremos.

EL AGRACIADO aleja su cara del oído de la CARNE DE CAÑÓN y vuelve con el resto.

EL AGRACIADO: ¿Y bien? ¿Qué os parece?

EL MONJE: ¡Espléndido! ¡Maravillosa actuación! Cada vez está aprendiendo más a camuflarse ante nuestro invitado. Es todo un honor ser testigo de su evolución. Si pudiera, aplaudiría.

EL AGRACIADO: Je, je... Si es que yo esto de interpretar lo llevo en la sangre. (*Mira al MÁRTIR*) No como otros, ¿hm?

Antes de que EL MONJE pueda reñir de nuevo al AGRACIADO, EL MÁRTIR vuelve a la inexpresividad.

Cuando por fin salieron de las escaleras, Sir Vértigo acompañó a Vermillion a un largo pasillo perpendicular a la salida, sin luz natural, y lleno de puertas a ambos lados de las paredes. Siguieron por éste hasta el momento en el que Vermillion pensó que iba a perder los pies de tanto caminar. En frente de donde se habían detenido había una puerta de madera idéntica a las que había visto ya. Vértigo fue quien rompió el silencio:

—Es aquí. Adelante.

La puerta se abrió sola, para la sorpresa de Vermillion. Dentro había una cámara acogedora, más grande que las que había en otros sitios de la torre.

—Pase —, insistió Vértigo.

—¿Es... para mí?

—¡Por supuesto! Debe de haber tardado mucho en venir hasta aquí, así que imagino que estará para el arrastre. Además, ¿no le entró sueño después de esa comilona? Es por eso que quiero que descanse, al menos hasta mañana.

Vermillion volvió a mirar el interior de la habitación, pero sin entrar en ella. Una cama de matrimonio con una mesita a cada lado. Una mesa y tres sillas en otro lado de la habitación. Frente a la cama, un armario con un espejo de plata. Frente a la mesa, otra puerta que probablemente llevase al aseo. Una alfombra cuadrada entre la cama y la mesa. Unos marcos con flores disecadas, espuelas de galán, en tres de las cuatro paredes... ¿o se llamaban capuchinas? Una ventana con barrotes en la pared desnuda. Un candelabro en el techo, apagado. El olor floral impregnaba la cámara. Volvió a apartar su mirada.

—¿Por qué? ¿Cuál es el truco? — aquel comentario hizo que Sir Vértigo soltara una carcajada.

—No hay truco, es nuestro deseo que se sienta como en casa. Es lo menos que podemos hacer, ¿no? Ruego no le dé muchas vueltas y duerma

bien. Hablaremos mañana al alba... Ah, ¿cómo le gustan los huevos? ¿En tortilla, fritos, hervidos...?

¿Qué mosca le había picado? Antes de que se diese cuenta, Vermillion apareció dentro de su cuarto.

—No desayuno.

—Esa no era mi pregunta.

—...Revueltos. — Vermillion mordió su mejilla por dentro.

—Maravilloso. Nos veremos mañana, entonces. Disfrute de su estancia, — y con eso, cerró la puerta y se fue.

El silencio volvió de nuevo a la habitación. Vermillion supuso que no le quedaba otra que acomodarse, así que decidió quitarse la capa y ponerla en el armario. Dentro de este había mudas de repuesto por si las necesitara, pero las dejó en su sitio y optó por sentarse en el borde de la cama. Un colchón firme, la colcha era agradable al tacto.

De su pelo sacó el orbe de la catedral e intentó mirar para ver si podía encontrar algo que respondiera a su incógnita, mas ni una sola imagen se mostró en él. Intentó rotarlo e incluso golpearlo, pero su esfuerzo fue en vano; todo intento dio el mismo resultado. Vermillion levantó el artefacto con intención de estamparlo contra el suelo, pero se lo pensó dos veces al recordar que era de cristal, así que optó por dejarlo en la mesita de mala manera. Tras suspirar y dejar los codos sobre las rodillas, se apuró para sacar la daga de su bota y la nota que se guardó en la biblioteca y ponerlas en la mesa.

Esta última se convirtió en el objeto de su atención. Comenzó a leerla una y otra vez, intentando descifrar cualquier cosa que descansase entre líneas, más allá de las palabras. Trazó su garra por el papel sin cesar, analizando cada letra minuciosamente. La tinta se secó hace mucho tiempo, así que no temió por que se corriera y se manchase. Trazos redondeados y pacientes impregnaron su vista, tatuándolas en su memoria de manera que las podría recitar si alguien se las preguntase. Cualquier persona que entrara a la habitación se pensaría que intentaba calcinar la hoja con su mirada.

Palabras rebotaban en su mente mientras investigaba los cajones de la mesita. Murmuró trozos de lo que había leído a la vez que buscaba algo para escribir. De uno de ellos sacó un libro de invitados, un bote de tinta azul y una pluma, y los trajo a la mesa sin ni siquiera cerrar el cajón. Hizo caso omiso a las palabras de gratitud de las primeras páginas y fue directamente al final para ir arrancando hojas al escribir. Comenzó copiando el texto entero, y después se puso a anotar cualquier tipo de conclusión a la que hubiera podido llegar con tanto análisis. Arrancó una hoja del libro, dos, tres. Apuntó todo lo que se le pasaba por la mente que pudiera explicar la incógnita de su situación.

¿Por qué? ¿Por qué el cambio de parecer? ¿Por qué la hospitalidad? Vermillion pensó que al analizar sus palabras, o lo que quedaba de ellas, llegaría a la clave de entender sus motivos. Si X fuera la razón de su cambio de chip, entonces, según él, $X =$ algún lugar de aquella nota. Lo único que tenía que hacer era resolver la incógnita; nunca fue especialmente habilidoso en matemáticas, pero al menos sabía hacer eso. Tenía que averiguarlo. No pudo haber sido por lo de los cuernos, eso hubiera sido demasiado fácil. Si quería ser precavido, debería encontrar esas intenciones ocultas que tan segura estaba que existían lo antes posible. Para él, no existía otra explicación que no fuera esa, el último empujón que necesitaba era encontrarlas. No se despegó de la mesa durante horas. Cuatro, cinco, seis folios salieron del libro. Escribió tan rápido que el bote de tinta estuvo a punto de verterse en varias ocasiones.

El ocaso se asomó tímido entre los barrotes. Hacía media hora que cesó su búsqueda de la verdad, sin fruto alguno por su esfuerzo. Al salir del aseo contiguo, deshizo la cama sin mucho ímpetu para tumbarse. Poco tardó en sentirse incómodo, así que volvió a levantarse para al menos quitarse un poco de ropa. Volvió a la cama y se arropó. Entre la rigidez del colchón, la poca firmeza de la almohada, lo finas que eran las sábanas y todas las incógnitas sobre *Vértigo*, esa noche apenas pudo pegar ojo. Concentrarse en dormir le sirvió de poco, pero al menos tuvo el privilegio de echarse una corta cabezadita.

3

Año 1, día 3 de octubre:

La Gracia de Dios me ha sonreído una vez más.

(...)

Dieron las 8 cuando tocaron a la puerta del pasillo. Su despacho estaba impoluto, salvo por la pila de documentos que necesitaban su atención en el escritorio. La gran mayoría eran meros formalismos propios de su posición: solo para poner un sello y firmar. Es por esto que recibió la llamada como un buen presagio; ya se estaba cansando de escribir, de todas maneras.

—Pasa, está abierto, —respondió sin apartar la mirada del papeleo.

Pero la puerta no se movió. Qué raro, su casco no solía ser un impedimento para que su voz fuera alta y clara.

—¡Puedes pasar!

Sin importar cuánto alzase la voz, la persona al otro lado parecía no escucharle. Chasqueó la lengua mientras se levantaba de su asiento de mala gana. Su parecer cambió en menos que canta un gallo, pues había comenzado a ver esta interrupción como una molestia. Si la persona del pasillo ni siquiera era lo suficientemente competente como para escucharle, seguro que tampoco merecía la pena oír lo que le tuviera que decir. Al llegar a la puerta, giró el pomo con fuerza.

Abrirla fue más interesante de lo que hubiera pensado. El pasillo estaba vacío por completo, no había nadie. Miró a ambos lados para confirmarlo una vez más: en efecto, no había sitio alguno por el que esa persona pudiera haberse escondido. Descartó también la posibilidad de que se hubiera atracado en algún otro despacho; lo hubiera oído poco después de que llamaran. ¿Le estaban tomando el pelo? Mocosos insolentes... Antes de cerrar la puerta de manera incluso más brusca, se percató de un folio en el suelo frente a la entrada de su despacho.

No, no era un folio, era una carta. Recogió el sobre del suelo y ojeó con rapidez el anverso y el reverso. No había remitente ni destinatario, pero sí un bonito lacre con motivo de hortensias. Usó su garra derecha para romper el sobre, sin darle mucha importancia. No tardó en leer la carta poco después de desdoblarla, pero su contenido era de lo más críptico. Narraba la historia de una persona que fue salvada con una única moneda. El autor

parecía ser quien había recibido tal salvación. Estaba escrita de manera irregular, sin entrar mucho en detalles, con prisa y mala letra. Leerla era toda una hazaña.

Dudó de la veracidad de lo descrito. Para ser sinceros, es poco creíble que una persona pudiera ser salvada con una sola moneda. Si tuviera un rico benefactor que saldase todas sus deudas, eso sería otra cosa, pero una moneda no sirve para salvar nada. A no ser... ¿que fuera una moneda extranjera y su valor superase con creces al del sol¹? Sería un poco rebuscado, pero plausible. A decir verdad, no entendía por qué había recibido tal escrito. Contempló la posibilidad de haber abierto correo ajeno, ya que el sobre no tenía nada escrito. Quienquiera que fuera el verdadero destinatario, seguro que hubiera entendido lo que quería decir el autor. Lo único que podía hacer, como no tenía contexto, era especular.

Apartó sus ojos de la carta para retornar a su despacho. Al darse la vuelta en la entrada, se quedó de piedra. Una armadura roja había aparecido cerca de su escritorio. El casco le estaba mirando fijamente.

Vermillion se despertó.

Se echó de inmediato la mano a la cabeza y estremeció de dolor. Haber leído tanto le había frito el cerebro hasta el punto de soñar cosas sin sentido. Hizo una nota mental de no darle más vueltas, al menos justo antes de irse a la cama. Por los barrotes se asomaba la luz de la luna, todavía quedaban varias horas hasta que Sir Vértigo viniera a por él. No obstante, quería aclarar su mente antes de volverse a dormir. Aprovechó el barreño y la jarra del cuarto de baño para asearse. El agua fría recorriendo su cuerpo fue suficiente para decelerar el latido de su corazón y devolverle al mundo real. Tras haberse secado y puesto las mudas del armario, así como su capa, agarró una de las sillas para sentarse, apoyando los pies en la mesa y cruzando las manos detrás de su cabeza.

Se puso a mirar la ventana. Le era difícil, pero podía ver alguna que otra estrella en el cielo acompañando a la luna. Aparte del cielo, no había otra cosa que realmente pudiera mirar. Ni siquiera era capaz de ver el suelo si se acercaba a la ventana, mucho menos el horizonte. Con todas las escaleras que habían bajado pensó que estaría bajo tierra, pero al parecer Sir Vértigo

había hecho de las suyas otra vez. ¿Cuán alta era la torre en realidad? No parecía demasiado alta desde fuera, sin embargo...

Una garza luz le distrajo de sus pensamientos. Se escapó por debajo de la puerta de su habitación, yendo de izquierda a derecha hasta esfumarse. Vermillion agarró la daga de la mesa por instinto y se acercó a la entrada. Echó un vistazo rápido al entreabrir la puerta; el sonido de bisagras sin aceitar le acompañó. Ahí estaba. En efecto, Sir Vértigo se encontraba al final del pasillo, brillante. Se había parado y estaba de espaldas a Vermillion, pero no tardó en sacar una llave y abrir una de las habitaciones contiguas. Así, desapareció procurando no hacer ruido.

¿Eran sus aposentos? ¿El grandioso Sir Vértigo dormía en una habitación de invitados? No, no era posible que alguien de su calaña durmiese con el resto de los mortales. De seguro estaba patrullando y nada más, al fin y al cabo, era la única persona que cuidaba de la torre. Sí, solo patrullando. Nada de lo que preocuparse. Vermillion podía felizmente olvidarse del asunto y volver a la cama sin preocupaciones.

¡Pero, joder, quería saber lo que tramaba! ¿Sería buena idea seguirle? Con su sigilo característico no debería ser gran problema, pero no podía arriesgarse demasiado. Su curiosidad fue rápida en hacerle olvidar que se había levantado para relajarse, no para hacer trabajar más su mente. Tenía la certeza de que aquello era una trampa para hacerle salir de su habitación, y lo podía demostrar.



Por una parte, la dirección en la que Sir Vértigo pasó. La luz apareció de izquierda a derecha, así que había tenido que ir en la misma dirección. Al acercarse a la puerta, Vermillion utilizó la mano izquierda para entreabrir la, y la tuvo que empujar. Esto significaba que el pomo se encontraba en la parte derecha de la puerta, y las bisagras en la parte izquierda.



No le hubiera dado importancia la visita de Sir Vértigo si hubiera tenido que estirar para abrir la puerta, o si el pomo estuviera en el otro lado, ¡o incluso si hubiera pasado por el pasillo de derecha a izquierda! Sin embargo, la suma de estos factores hacía que las posibilidades de que Vermillion le viera aumentaran.



Si hubiera pasado de derecha a izquierda, hubiera sido más difícil verle, ya que la puerta cortaría su rango de visión.



Si el pomo de la puerta estuviera en la izquierda, tampoco podría ver demasiado debido a la puerta.



Y si la puerta se abriese estirando, sería la pared la que impediría que Vermillion viese nada.

Por otra parte, había notado la presencia de Sir Vértigo por la luz que se asomaba debajo de la puerta de su habitación. Ya sabía de antes que era capaz de regular el nivel de su brillo, por lo que deliberadamente lo aumentó para que Vermillion notase la luz pasar y así se asomara para verle.

Por último, se había quedado quieto al final del pasillo. Para cualquier otra persona, esto habría sido natural, en tanto que estaba buscando una llave para poder entrar en la habitación del final. Sin embargo, Vermillion tenía la convicción de que fue una estratagema para asegurarse de que le viera. Sea como fuere, el mero hecho de quedarse allí plantado sin moverse era garantía suficiente.

No quedaba duda alguna: era una trampa de manual. De todas maneras, pese a saberlo, decidió salir de la habitación con pies de plomo y seguirle. Inaudibles pasos llegaron hasta la puerta al final del pasillo, y su garra giró el frío pomo.

Viernes por la tarde. Ella llegó puntual y esperando lo peor, elle ya le estaba esperando.

—¡Dutchess!

Su entusiasta voz le pareció artificial. No respondió.

—¿Ni un "hola" ni nada? — Vermillion aguantó su cabeza en su mano izquierda, su codo en el reposabrazos.

—Acabemos con esto lo antes posible, por favor. — cerró la puerta detrás de si y se acercó al escritorio.

Al inicio de su relación, la lista de problemas que llevaba para su revisión era bastante notoria, aunque con el paso del tiempo fue menguando. Esta disminución, no obstante, no se traducía en una mejoría significativa de semana a semana. De hecho, su dificultad para seguir con las materias que cursaba no había cambiado. Lo que sí que había cambiado era la impresión que tenía de su profesore, de razonable y algo estricte a insoportable y exigente. Estaba claro que nadie de esa sala quería estar allí, así que Dutchess decidió hacerles un favor a los dos y concentrar las dudas que pudiera tener a solo las más severas. Ella misma se apañaría con el resto, de la manera en que pudiera.

Muy poco quedó de su vida social. Ya de por sí era escasa, pero sus problemas con las asignaturas hacían que se quedara más tiempo ocupada con sus estudios, cosa que empeoró las relaciones con sus amigos. No era extraño que se quemase estudiando, y que la gente que consideraba parte de su círculo interno la rechazara por no pasar tiempo con ellos tampoco ayudaba. El colmo era que dependía de Vermillion para al menos tener una oportunidad de aprender alguna cosa, aunque dicha oportunidad fuera mínima. Tampoco pedía mucho, la chica; solo con aprobar ya se contentaba.

Mientras Vermillion y Dutchess trabajaban, lo hacían sin ningún tipo de interés sobre lo que el otro tuviera que decir. Muchas veces ni se miraban a la cara. Cualquier comentario inoportuno era ignorado y descartado de la conversación de forma automática, en tanto que no era merecedor de la

atención de nadie que se encontrara entre esas cuatro paredes. Esta realidad fue consolidándose a medida que pasaron las semanas.

Era inútil, la mala suerte la perseguía allá donde fuera. Justo en el momento en el que comenzaba a pensar que cambiaría su suerte, se había quedado ligada a una persona respecto de la cual había cometido el pecado de idolatrar.

Al abrir su bolsa, a Dutchess se le cayeron unos folios de la libreta que había sacado. Vermillion se agachó para recogerlos, pero ella le detuvo con rapidez, demasiada rapidez. Con un breve movimiento de brazo, los volvió a guardar en la parte de atrás de su libreta; al parecer a la chica no le llamaban demasiado los carpesanos.

—¿Qué pasa? ¿Ya has escrito tus primeras cartas de amor? ¿O es que las estás recibiendo? Debe de ser muy vergonzoso, ¿verdad? — intervino Vermillion.

—¡Ja! Claro, como si alguien se llegase a interesar en una cara como la mía.

—Pero ¿qué dices, mujer? Eres muy maja y trabajadora, seguro que le haces tilín a más de uno. ¡No te menosprecies así!

—Ya, porque para eso está usted, ¿no? — le miró a los ojos, su mirada vacía.

—B-bueno... centrémonos en tus apuntes...

Tras ese inicio forzado, las dudas fueron resueltas una a una con dificultad, como de costumbre. "Conque era así", "pues claro", "ahora sí lo entiendo", "me había complicado de más", "¿en serio?", "me parecía más difícil".

Tanto une como la otra sabían que no iba a cambiar nada. Las notas de Dutchess no mejoraban sin importar cuanto aprendiera. El aprobado era excepción, el suspenso la regla general. A ninguno le hacía gracia malgastar horas de su tiempo libre de semejante manera, pero Vermillion era a quien más se le hervía la sangre. Se reclinó en su silla:

—Esto es perder el tiempo, ¿no te parece?

—¿Por qué? ¿Por lo fácil que es para usted resolverlas? Debería sentirse orgulloso, no todo el mundo es tan bueno entendiendo este tipo de cosas.

—No, lo que vengo a referir es que realmente no importa lo que hagamos aquí, ¿no crees? De todas maneras, te vas a acabar olvidando en el examen, o después de hacerlo.

—¿Disculpe? — se defendió Dutchess—. Oiga, le recuerdo que esta fue su idea, no la mía. La decisión de ayudarme fue completamente suya, lo mínimo es que tome un poquito de responsabilidad, ¿no? Vamos, si no mejoro, no creo que esté haciendo su trabajo muy bien.

—¿Cómo que no?! Sales de aquí con cero dudas, lo que te olvides cuando salgas y llegues a casa no es culpa mía. ¡Solo faltaría, hacerme responsable por algo que no puedo cambiar!

—¡Pero sí puede cambiarlo! Ya le he planteado la posibilidad de cambiar el método de evaluación, estoy segura de que a más de un alumno también le sentará mejor hacer un trabajo que no un examen.

Al volver a oír la palabra "trabajo", los oídos de Vermillion comenzaron a pitar. Aquella chica se repetía más que el ajo, pero no iba a funcionar. A decir verdad, le traía sin cuidado cualquier excusa que le ponía; estaba claro que su esfuerzo no era suficiente según los estándares académicos. Era el deber de Vermillion velar por la paridad de los alumnos a la hora de examinarse. No importa cuánto intentara engatusarle, no se la iba a colar con tanta facilidad. Ya se estaba cansando de sus numeritos, de todas maneras.

—Si tan mal explico, ¿entonces por qué no te vas a otra academia? Tú y tus amiguitos estaréis mucho mejor sin mí, ¡y lo mismo puedo decir yo! — gritó. Acto seguido, le dio la espalda a Dutchess para buscar entre estanterías y archivos—. De hecho, deja que mire tu ficha, me aseguraré de que tengas plaza en un nuevo colegio para antes de la semana que viene.

Una cacofonía de papel chocando contra papel. Cientos de nombres y documentos se reflejaron en sus ojos. Pasó frenéticamente los dedos por carpetas en un intento de encontrar la ficha. Listado de alumnos inscritos...

Dutchess se inscribió en el año... Documento A, B, C... El apellido de Dutchess era... La información de contacto era... Los documentos de inscripción de aquella academia estaban en...

La adrenalina, el éxtasis de la búsqueda le hizo olvidar que estaba ligada al resto del mundo. En aquel momento, Vermillion era la única persona que existía, la única en la que podía contar de verdad. Un universo de una sola persona. Muchas veces había experimentado este estado, incapaz de comprender el contexto en el que existía. No, no era eso exactamente, sino que él solo era capaz de crear un universo donde solo él podría entrar, sin importar las circunstancias, sin importar el contexto. Era capaz de crear universos, verdades absolutas, sin la ayuda de nadie; solo su cerebro era suficiente. En el reino de la consciencia, cualquier opinión contraria a las bases del universo era descartada ipso facto. La barrera que él mismo había erguido era sublime y no caería ante quienquiera. Sin embargo, cinco palabras fueron suficientes para crear una brecha y devolverle a la tierra:

—Rouge no hubiera permitido esto.

—¡Ni se te OCURRA volver a mencionarla!!

Antes de que se hubiera dado cuenta, había golpeado la mesa, haciendo rebotar varios documentos. Pese a llevar guantes, su puño ardía contra la madera; la libreta de Dutchess se salvó del porrazo de milagro. Ella pudo ver una faceta de Vermillion que jamás había visto. Aquellos ojos claros abiertos de par en par, las pupilas finas y menudas como las de un gato, un brillo tenue en la parte inferior de la irritada esclerótica. No hacía falta analizar nada más para llegar a la conclusión de que aquella era una mirada que pocas veces alguien le había sacado.

—¡Es cierto! — insistió — ¡Desde que Rouge se fue, te convertiste en un monstruo! ¡Todo ha ido de mal en peor desde entonces! ¿Qué, es que ahora que no te tira de la correa ya no estás domesticado?

—¡Era peligrosa! ¡Tenía que irse antes de que atacase a--

—¡¡Comparada contigo era la persona más pacífica del mundo!!

—¡Tú solo la conociste cuando estaba comenzando! ¡Dios sabe dónde se encuentra ahora, seguro que tramando algo! ¡¡No tienes ni idea de cómo

era en realidad!! — a Vermillion se le escapó un gallo al replicar.

—¡Al menos sé que era mejor persona que tú!

¿Mejor persona? ¡¿*Rouge*, mejor persona?! ¡No se lo podía creer! Se agarró el casco con ambas manos, codos en la mesa. A Vermillion le entraron ganas de reír. Lo hubiera hecho de no ser por el nudo en su garganta. Cada vez que dejaba su universo, se encontraba en el mundo al revés. Los fundamentos de su realidad chocaban con la realidad del mundo al revés, y eran contradictorios sin importar lo que hiciera. Siempre, *siempre* estaba en lo incorrecto. Uno de los papeles se manchó de maquillaje corrido.

—Se acabó la clase. Puedes irte a casa, Dutchess.

—¿Quedamos la semana que viene o...?

—¡¡FUERA!!

Su patético grito contrastó con la rapidez en que se levantó de su asiento. Agarró del brazo a Dutchess con brusquedad para llevarla a la salida; casi se cayó de la escoba. Al clavarle las garras, ella gimió de dolor, y por consiguiente le propinó en el abdomen codazo tras codazo con la esperanza de que la soltara. Vermillion ni se inmutó.

Cuando se hubieron acercado al marco de la puerta, la tiró hacia el pasillo. Antes de cerrar su despacho de un portazo, pudo ver el pálido rostro de su alumna una última vez.

Vermillion pasó unos segundos inmóvil, asegurándose de que Dutchess tuviera el tiempo suficiente para irse por su cuenta. Poco después, se volvió a agarrar el casco como si le estuviera comiendo por dentro. Frustración y cólera corrían por sus venas mientras golpeaba todo mueble que entrara en su campo de visión. Hizo trizas decenas de documentos y libros, sus gruñidos entrecortándose gracias a su mocosa nariz.

Para cuando dejó de gritar y de poner la habitación patas arriba, ya le había ganado el agotamiento. El sudor hacía que se le pegase el pelo y la ropa a la piel, y tenía las manos y los pies para el arrastre. Exhausto, se sentó en el suelo como pudo y recogió sus piernas, acercándoselas al pecho. Se volvió a agarrar el casco por reflejo, no podía aguantar su dolor de cabeza. Más gotas negras cayeron, pero esta vez mancharon su falda.

ESCENA QUINTA

Los aposentos garzos. Entra EL AGRACIADO, arrastrando a EL MÁRTIR con dificultad. Cierra la puerta tras de sí y suelta un suspiro.

EL AGRACIADO: ¡¿A quién le pareció buena idea que yo cargara contigooo?! ¡A mí, el ultimísimo de mi espléndido linaje! ¡¿Quién tuvo la ideaaaa?! ¡¡Buaaaaa!! (Solloza de mentira)

EL MÁRTIR no responde pese a sus lloros. EL AGRACIADO se aparta la mano de la cara tras un rato parar mirar a EL MÁRTIR.

EL AGRACIADO: (Deja de sollozar) Oye, sabes que sé que estás ahí, ¿verdad? No tienes por qué ocultarte; no me importa que no quieras hacer nada, pero al menos deja de hacer como que duermes, es realmente molesto. Deberías hacer un pensamiento y hablarle al resto sobre lo que tienes en mente en vez de espiarnos, ¿sí?

EL AGRACIADO sacude a EL MÁRTIR en un fútil intento de captar su atención. Al ver que no surge fruto, EL AGRACIADO deambula por la estancia.

EL AGRACIADO: ¿Me estás escuchando? No tiene gracia. ¡Para ya, me estás empezando a asustar! En serio, ¿por qué todo el mundo es tan irresponsable aquí? ¡¿Por qué me dejan aquí sin nadie más?! ¿Es que quieren que me encargue del plan por mi cuenta, es eso? ¡¿Tan mal lo están haciendo esos dos para ponerle todo el peso de la operación al más inexperto del equipo?! ¡Yo les maldigo! ¡¡A ese monje inútil, y sobretodo a su estirado guardaespaldas!! De no ser porque falló en su misión, no tendría que haberme encargado de dejar aquel regalito en la sala anterior. ¡¿Por qué nadie entiende que esta no es una tarea apropiada para míiiii?! ¡Les aniquilaré! ¡¡Les arrancaré todas las partes del cuerpo, comenzando por las pestañas!! ¡Luego vendrán los párpados, las aletas de la nariz, los labios, los lóbulos de las orejas, las uñas de los pies y de las manos, cada pelo de su cuerpo! ¡Tras eso, les haré a fuego lento para que se acaben de deshacer los lazos que unen su piel y carne, y entonces les pelaré cual manzana con el

máximo cariño! Mientras sus corazones aun sigan latiendo, me aseguraré de arrancarles los ojos, los dientes, los sesos, las entrañas y la lengua para triturarlos y hacer una deliciosa salsa con un poco de agua y harina. ¡Como toque final, postraré sus desnudos cuerpos junto con una guarnición de verduras salteadas y acompañaré la exquisita salsa de unas dulces láminas de pera confitada mientras la sangre todavía emana de sus cuerpos! ¡¡Entonces serán capaces de comprender mi sacrificio, su sitio en la cadena alimenticia!!

EL AGRACIADO se para en mitad de la sala, de espaldas a EL MÁRTIR.

EL AGRACIADO: Y, pese a mis quejas, tú eres con diferencia la persona más competente de aquí. Se supone que vuelves cuando te necesitamos, ¿no? (Se vuelve hacia EL MÁRTIR) Entonces, ¿a qué esperas? Seré capaz de superar mi miedo a ti si es que tomas las riendas de la situación y me liberas. Entiéndeme, de veras que no quiero encargarme de todo a solas, así que hazme este favor, anda. ¡Aquella riña de antes no fue más que una broma, lo juro!

EL AGRACIADO se pone de rodillas para estar a la altura de EL MÁRTIR, quien yace en el suelo inmóvil.

EL AGRACIADO: ¿Qué? ¿Quieres una disculpa? Está bien. Lo siento por llamar a tus dotes de actuación pésimas. ¡Hala, listo, ahí lo tienes! ¿Vas a volver ahora? ¿Por favor? ...Sí que es difícil complacerte. De eso sí que te diferencias, también, de esos dos. Sé que eres temible, pero tu cometido también es proteger al caballero estrella, ¿no es así? Cuando apareces, brindas una estabilidad que solo tú puedes dar. En el momento en que estás en control de la situación, todo se arregla con muchísima más facilidad que con cualquiera de esos dos al cargo, o incluso conmigo. Eso debo agradeceréte. Y... también lo siento por no haberme dado cuenta antes. Aprecio lo que haces por nosotros. Si no vuelves, es porque crees que tu presencia no es necesaria, eso lo entiendo, pero no sabes cuan difícil es estar sin ti haciéndonos de guía. ¿...Te has enfadado conmigo? ¿Es por eso que no quieres volver? Lo siento, ¿está bien? Perdóname, anda. ¿Por qué no puedo hacer que cambies de opinión y vuelvas? Esto es muy injusto, ¿sabes? No sé qué más hacer. ¿A qué estás esperando? ¡Vuelve! ¿Quién a su

sano juicio dejaría a un crío a sus anchas? (Agarra a EL MÁRTIR del cuello) ¡Eres tan cruel! ¡¿Por qué siempre tengo que ser yo quien esté solo?! ¡¡Yo solo quiero disfrutar de mi juventud, no estoy hecho para esta vida!! (Solloza de verdad) Dime, ¡¿qué es lo que hecho para merecer esto?! Puedo oír tu descabellada risa desde aquí, ¡¿lo sabes?! Sí... pese a que tu boca no emita sonido alguno, ¡tus carcajadas llegan sin problemas a mis oídos! Permíteme ser honesto: ¡no tiene ni pizca de gracia! ¡Te haré callar! ¡¡Os silenciaré a todos!! ¡¡Os arrepentiréis de mancillar mi gloria!! ¡¡Aaaaaaaaarrrgghh!!!

LA VOZ DEL MÁRTIR: Buenas noches.

EL MÁRTIR alza un solo dedo, y la respiración de EL AGRACIADO se entrecorta antes de que pueda infligirle daño. Se agarra del pecho y estira de su chorrera para aflojar la presión de su cuello, sin mucho resultado. Acaba cayendo al suelo agonizando al lado de EL MÁRTIR, un terrible sueño le invade.

EL AGRACIADO: (Con dificultad) ¡¡Eso... es...!! ¡¡Ahí está...!! ¡Ese viejo... cascarrabias... que tanto he... echado... de menos...! (Sin aliento) Te lo... rue...go... Vuelve a... no...so...tros..., su...cio... pe...rro...

EL AGRACIADO pierde el conocimiento.

Al entrar, una vista familiar: la biblioteca de nuevo. Un vistazo rápido le hizo darse cuenta del desorden que había dejado el día anterior. ¿Habría venido él a limpiarlo? Era plausible, pero no había rastro alguno de Sir Vértigo.

De hecho, lo único que le llamó la atención fue el libro que se encontraba de pie en una de las mesas de estudio. Comparado con sus compañeros, tirados de mala manera en el suelo, era evidente que debía haberse puesto así adrede. Al acercarse se percató de que era un tomo de una colección de libros infantiles, los cuales normalmente enseñaban algún tipo de moraleja. Lo agarró y ojeó las páginas, obviamente estaba lleno de dibujos. Narraba la historia de un enmascarado que no podía cumplir con sus promesas, y cómo sucumbió a ellas al no ser responsable.

¿Qué estaba intentando decirle con ese libro? Si tan solo estuviera allí para preguntarle... Decidió mirar si había otros de la misma serie. No tardó en encontrar otros, pero por alguna razón el que había escogido era bastante diferente al resto. Ah, Vermillion se acordó, lo había oído con anterioridad en alguna que otra reunión. Al parecer, esa era una colección muy querida, tanto por niños como por padres: presentaba la posibilidad a los más pequeños de vivir aventuras muy diferentes a las de otros libros, con grandes riesgos y mucho conflicto, pero con la certeza de que el protagonista vencería. Pero en ese tomo el protagonista no salió victorioso, y eso asustó tanto a los niños que los siguientes libros bajaron el tono para que los padres siguieran comprándolos. Al final, los mismos niños que se enamoraron del Prestigioso Enmascarado se acabaron hartando de esa nueva versión, la veían demasiado infantil y aburrida.

En serio, menudos quejicas, pensó. Primero no eran capaces de soportar una sola historia con un gran conflicto, y después se quejaban de que no había suficiente conflicto. ¡¿Es que acaso no se podían escribir buenos libros?! Era todo culpa de las nuevas generaciones, eran demasiado débiles y se asustaban por nada. Él a su edad ya estaba leyendo como hacer su propia arma. Por supuesto, los padres seguro que eran unos incompetentes

también, esos críos deberían darles las gracias por no recibir palizas cada vez que se quejasen por palabras en un libro. Si hubiera sido elle quien se quejara...

Era inútil, entretener ese pensamiento solo le traería dolores de cabeza. Decidió dejarlo estar e irse de allí antes de enfadarse más. Al dar media vuelta y pasar por la entrada otra vez, se adentró en otra habitación distinta del pasillo. Un dormitorio amplio y lleno de estandartes. Vidrieras dejaban pasar la poca luz que quedaba en el exterior, la cama estaba deshecha. Vermillion jamás había visto un espejo que llegara hasta el suelo, así que se sorprendió al ver su reflejo al completo. En frente de dicho espejo había un escritorio, con varios libros apilados con cuidado. Solo había dos en el centro del escritorio: uno abierto, y el otro cerrado y atado con una funda de cuero. Pluma y bote de tinta azul se postraron al lado del libro con funda, el cual probablemente fuera un registro. Levantó el libro que ya estaba abierto y observó su portada: al parecer, se trataba de una obra que recopilaba todo el conocimiento hasta entonces conocido sobre diferentes e inusuales mecanismos automatizados. Nunca se hubiera imaginado un libro como ese en la torre, mucho menos en un dormitorio.

No sabía que a Vértigo le gustara tanto la mecánica. Porque... el dormitorio era suyo, ¿no? Tenía que serlo, dijo que no había nadie más en la torre hasta que vino elle... Le extrañó pensar que aquel sitio tan lúgubre y vacío una vez estuvo repleto de personas como él. Volvió a recordar el cuadro del pasillo y se preguntó si realmente se lo hubieran pasado tan en grande como él daba a entender. Pocas eran las veces en las que Vermillion pudo haberse sentido como parte de un grupo, así que le era difícil imaginar a compañeros de trabajo siendo más que eso.

Una vez probó suerte y salió con otros profesores de la academia para celebrar el inicio del verano. Decir que se lo pasó en grande sería quedarse corto, aquella fue una de las mejores noches de su vida. Con todo, su carácter empeoró cuando hubo llegado a casa. Comenzó a pensar que aquellas personas, que seguramente le describirían como amigue, eran insignificantes; y no sabía *por qué*. No entendía de dónde venía aquel brote de odio hacia la gente con la que estaba hablando ni siquiera media hora antes. Algo dentro de sí le estaba diciendo que había malgastado el tiempo

con semejantes mentecatos. Le dolió la cabeza como nunca. No, sería mejor dejar estar aquella historia antes de que le devolviera la jaqueca.

Por donde lo tenía abierto, daba la impresión de que Vértigo estaba a punto de terminarse el libro. Vermillion lo devolvió a su sitio y optó por inspeccionar el de la tapa de cuero. Solo miró la primera página para no intruir demasiado en la intimidad del escritor, pero allí estaba la letra que tanto conocía. Una mano suelta había estado trazando entradas diarias, agrupadas por años. La mayoría eran la misma entrada una y otra vez pero en diferentes fechas. La cursiva en tinta negra parecía más bien una decoración sobre el papel ocre, daba gusto verlo todo ordenado y con tan buena caligrafía.

Sin embargo, un aire de melancolía embadurnaba aquella página. Estaba claro que ya había visto alguna de sus notas que dejaba por ahí, pero, por alguna razón, se sentía como si estuviera pasando algo por alto. Atacade por el déjà-vu, intentó recordar dónde, aparte de en la torre, había visto una caligrafía así antes... No, lo que estaba buscando era algo diferente. Una letra completamente opuesta, pero el mismo formato. Una manera de expresarse parecida, pero no idéntica. Los mismos márgenes a los lados, el mismo espacio entre líneas. La misma dificultad para mantener el libro abierto. Giró el cuaderno para mirarlo desde arriba, las últimas hojas habían sido arrancadas.

Vermillion se mordió el labio. Volvió a abrir la primera página y se fijó con detalle. Presionó el pulgar contra las hojas del cuaderno para avanzar con rapidez por él. Con tal movimiento, no tuvo oportunidad de leer lo que había escrito, pero le traía sin cuidado. De todas maneras, el contenido no era importante. Acto seguido, miró el bote de tinta. Titubeó.

Los colores no coincidían. No era con exactitud la diferencia que estaba buscando, pero ahora que la había notado no podía pasarla por alto. Si se parara a pensar, el tintero del cajón en su habitación también tenía tinta azul. Entonces, ¿qué estaba haciendo ahí ese texto en negro? Rebuscó entre los cajones del escritorio hasta encontrar uno hasta los bordes de botes de tinta. Cada uno contenía un líquido con un color diferente al anterior, y todos tenían signos de haber sido usados.

¿Por qué necesitaba tantos colores? ¿Era acaso artista? ¿El retrato de los caballeros fue obra suya? No, la tinta y la pintura eran medios diferentes, las probabilidades de que fueran la misma persona eran escasas; y además, no llegó a encontrar ningún pincel con el que usar la tinta, solo la pluma del escritorio.

Fue al dejar de examinar un bote de tinta roja cuando notó que el cajón escondía algo más. Debajo de los tinteros, se hallaba una superficie lisa, oscura. Sacó los botes, procurando no romper el cristal y mancharlo todo de tinta, para poder acceder a dicho objeto. Otro cuaderno más, este machacado por el tiempo y buen amigo del polvo en el fondo del cajón, ahora vacío. No tenía ninguna protección especial, y daba la impresión de que se desvanecería de un soplo. Coloridas manchas embadurnaban la portada.

ESCENA SEXTA

Los aposentos de la CARNE DE CAÑÓN. EL BUITRE rebuscando los cajones de un escritorio hasta que encuentra un viejo cuaderno.

Entra EL VEHEMENTE.

EL VEHEMENTE: (*Aparte*) Pobre criatura, se le nota a kilómetros, esa enfermedad suya... Ciertamente, me diste un buen susto al reaccionar de aquella manera a mi imagen, aunque solo fuera durante un pestañeo. Es esa misma enfermedad la que te ha obligado a venir a nuestra morada, ¿no es así? Te entiendo. Poco se puede hacer ante ella, créeme. Es por eso mismo que comprendo tu afán, y por lo que no puedo permitir que sigas más tiempo husmeando por estos lares. Es una lástima, pero te pido que entiendas mis razones; si no ahora, al cabo de unos años te invito a la reflexión. Nadie está preparado para saber lo que ocultan esas páginas, ni nadie nunca lo estará, de eso no tengo duda. Esto es por tu bien. Perdóname. (*Chasquea los dedos*)

El suelo cede a los pies del BUITRE y cae antes de poder abrir el cuaderno. EL VEHEMENTE lo coge en el aire con su mano derecha y lo devuelve a su sitio con arrepentimiento.

EL VEHEMENTE: (*Suspira*) Sé que estás ahí. Sal, anda.

Entra EL MONJE.

EL MONJE: Una sabia decisión, amiga. Su acto me enorgullece, ha sido todo un honor ser testigo de su proeza.

EL VEHEMENTE: Ojalá no tuviéramos que llegar a esto.

EL MONJE: Es imprescindible, me temo, en tanto que enseñarle ese texto cuando todavía queda duda en su corazón sería insensato. Tan solo empeoraría las cosas, y ya hemos sacrificado bastante para cavar nuestras propias tumbas.

EL VEHEMENTE: ¿Pero no hay problema si cavamos la suya?

EL MONJE: ¿Qué es una tumba para un ser viviente sino el destino? Es nuestra oportunidad, ¿es que no lo ve? Todo valdrá la pena cuando todo esto acabe, se lo prometo. De todas maneras, ¿qué le ha dado últimamente? ¿Acaso ha intentado contactar con él de forma directa?

EL VEHEMENTE: (*Mintiendo*) No.

EL MONJE: Debo recordarle que si quiere hacer algún avance ha de comunicarlo al resto, ¿de acuerdo? Por supuesto, le creo, pero solo se lo recalco por si llegase el momento. Bien, hay que seguir adelante. Faltan pocas horas para el amanecer, y más distracciones no son necesarias. Tempus fugit, hay que aprovechar cada oportunidad antes de que nos pille el toro.

EL VEHEMENTE: ¿Tú crees que sería capaz de entenderlo? (*EL MONJE se mantiene en silencio*) ¿Que podría comprender nuestra situación? ¿A nosotros?

EL MONJE: ...Bueno, eso no es de su incumbencia, francamente. No tiene por qué saberlo, de todas maneras, es solo una herramienta para nosotros. ¿Qué más le daría? Que se meta en sus propios asuntos, ¿no? Debería ir quitándose usted esa idea de la cabeza, de lo contrario podría interferir directamente con el plan. Y eso no es lo que quiere, ¿verdad? Porque usted busca lo mismo que el resto, ¿verdaaad? Estará dispuesto a usar todo tipo de herramientas con tal de cumplir con nuestro objetivo, ¿verdaaaaaad?

EL VEHEMENTE: No me malinterpretes. Quiero cumplir con el objetivo más que nadie, pero... No puedo evitarlo, con tan solo mirarle está claro que tiene miedo. Tan solo si...

EL MONJE: ¿Pero qué escuchan mis oídos? ¿Es remordimiento lo que estoy oyendo? Me agrada saber que sigue habiendo bondad en su corazón después de todo, mas este no es momento para sacarla a relucir. Escuche, entiendo cómo se siente, pero le prometo que este plan se creó teniendo en cuenta el interés común. Recuerde la particularidad de este visitado, la cual no tenía el invitado anterior a este. ¿Se acuerda del invitado de hace tres meses?

EL VEHEMENTE: Sí, el pobre hombre estaba despavorido... Por eso se le fueron dadas varias raciones. ¡Pero ese hombre salió de aquí sin complicaciones!

EL MONJE: ¡Eso se debe a que no teníamos uso para ese hombre! ¡Intente recordar, la composición de su persona! Lo que le diferencia a él de nuestro invitado es más que el alma.

EL VEHEMENTE: Es cierto, pero... no se lo merece. No se merece lo que le viene encima. Ojalá nunca me hubiera enterado de la trampa.

EL MONJE: (*Pone su mano en el hombro del VEHEMENTE*) Por favor, no se ponga así. Usted estará a salvo, así que no tiene de qué preocuparse.

EL VEHEMENTE: (*Suave*) Monje... ¿Hace cuánto que nos conocemos? ¿Veinte años? ¿Treinta? (*Sostiene la muñeca del MONJE y ladea la cabeza*) Desde que tengo uso de razón, tú siempre has estado a mi lado. Y lo mismo puedo decir, he estado siempre a tu lado. Valoro tu amistad como un sagrado premio, del cual no me desprendería ni por todo el oro del mundo. Eres uno de los pilares más inamovibles de mi ser. Es por esa razón que me parte el corazón ser parte de esto. No es demasiado tarde para que cambies de parecer, así que solo te pido que lo reconsideres sabiamente. Te conozco, y sé que puedes hacerlo. Hasta ese momento, me temo que he de abstenerme de cualquier actuación relativa al plan. Abrir el suelo para dejar caer a nuestro invitado de Honor no fue un acto para proteger el objetivo, sino para protegernos a nosotros. Todos los que haga a partir de ahora tendrán esa misma naturaleza, que pienses así de ellos o no es tu problema. No puedo seguir engañándole así. Lo mínimo que puedo hacer es protegerle del plan, de nosotros.

EL MONJE: (*También con suavidad*) ...Si así es su parecer, váyase libre de inquietud. Me entristece saber que no podemos contar con usted, pero no seré un obstáculo en su misión. Ambos podemos buscar métodos diferentes, pero estoy convencido de que, en esencia, nuestra finalidad es la misma. Acabará sucediendo tarde o temprano, ya sea por el invitado actual o por uno futuro. Le deseo la más mayor de las suertes en su ausencia. Estaré esperándole para cuando vuelva, pues como ya sabe este débil corazón es siempre suyo.

EL VEHEMENTE: Este viejo saco de huesos también es tuyo, amigo.
Hasta más ver.

Sale EL VEHEMENTE.

EL MONJE: (*Aparte, mirando el agujero en el suelo*) Von Kavalier... está usted resultando ser un verdadero quebradero de cabeza. No importa, un desafío solo convierte nuestro deber en algo más interesante.

Un golpe seco contra frías baldosas indicó que su descenso hubo cesado. A Vermillion le estaba comenzando a cansar tanta caída; si siguiera así, acabaría dejando un agujero en el suelo. En un intento de ignorar el dolor, se levantó y asimiló su nuevo paradero.

Apareció frente a un largo pasillo, similar al que albergaba la habitación con la chimenea encendida. La única diferencia notable era que había un gran portal en la pared oeste del pasillo, pero únicamente se podía intuir su existencia por la luz de la luna que iluminaba la puerta de enfrente. ¿Quizá era un balcón? No lo pudo comprobar desde donde estaba. Llegó a la conclusión de que intentar abrir las otras puertas sería inútil, a Sir Vértigo no parecía gustarle dejarlas abiertas sin razón. Sin más dilación, decidió acercarse a la luz y mirar tras el portal de piedra. ¡Sí que era un balcón!

Al pisar la plataforma, las vistas le quitaron el aliento. Que todas las antorchas estuvieran apagadas permitió que se vieran todas las estrellas del cielo, si acaso con el brillo atenuado por las luces de los pueblos cercanos del valle. El viento fresco penetró en sus pulmones e hizo que su capa se izara con suavidad. Lo único que echaba de menos era la luna, pero asumió que a aquella hora del día seguramente se encontrara al otro lado de la torre. Una mirada a su cima confirmó que el satélite no pasaría hacia el lado oeste hasta dentro de unas horas. Qué pena.

Y entonces se dio cuenta. Aquello no tenía sentido. ¿Si la luna nunca se pudo ver desde allí, de dónde venía la luz que le atrajo? Quiso entretener aquella idea hasta llegar a una conclusión que le satisficiera, pero algo más captó su atención. En el suelo bajo el balcón, estalagmitas. Estalagmitas reales. Nada de pinchos o estacas, *estalagmitas*. En mitad de una *planura*. Ni de coña habían estalactitas colgando de la parte inferior del balcón, ¿verdad? No podía ser, la torre no era tan antigua para poder haberlas formado, ni tampoco tan húmeda. El denso olor a polen daba cosquillas.

Justo cuando estaba intentando averiguar qué objeto era el que estaba atascado en una de las estalagmitas, la luz de la luna alumbró su espalda. Pero la luna no apareció cuando se dio la vuelta.

—¿Está disfrutando de las vistas? — la calma de Sir Vértigo acompañaba su radiante presencia. —Ah, ¿le hemos sobresaltado con nuestro brillar? Ruego nos perdone.

Pues claro. Debió haberlo supuesto. Por eso la luz de la luna iba y venía.

—No te preocupes. — remarcó, relajando los hombros. —Y sí, está bonito. ¡Te quejarás, de donde yo vengo el cielo no se ve así ni queriendo!

—¡Me llena de dicha que le sea de su agrado! Debo coincidir con usted. Lo que daría para volver a mirar este cielo por primera vez. — la vista de Vermillion volvió a las estrellas mientras él se acercó a la barandilla de piedra. —Ha estado algo impaciente, ¿no? ¿Su curiosidad no pudo esperar hasta el alba?

—A ver, intentar *intenté* dormir, pero me quedé la noche en vela. ¡Cuando pille al inventor de las pesadillas! — Vermillion se mordió la mejilla. —Pensé que andar un poco me calmaría.

—Por supuesto, es lo normal. Siéntase libre de explorar por donde desee. Sin embargo, es una pena; estaba planeando en ser su guía, escribí una ruta para guiarle por estos lares, para que el invitado de Honor se familiarizase con esta gran Torre. Estábamos esperando a que llegara el alba para poder hablarlo con calma, con la ruta ya preparada. Me veo en la obligación de disculparme, pues nuestra misión no fue provechosa, teniendo en cuenta el poco tiempo que disponíamos.

—¿Eh? ¡Oh, no, tú tranquilo! ¡Que solo he estoy disfrutando las vistas! ¡Con todo el tiempo que has pasado aquí, seguro que te las apañas para hacer un tour en condiciones!

A decir verdad, Vermillion no sabía qué esperar de aquella conversación. Intentó con todas sus fuerzas aceptar sus palabras en el sentido literal. ¿Estaba intentando Sir Vértigo ser un buen anfitrión al fin y al cabo? Eso era lo que parecía, pero Vermillion no acababa de tragárselo. Todavía no. En aquel momento, lo único que pudo hacer fue mostrarle respeto y observar hacia dónde iría su relación anfitrión-visitante.

—Aunque no lo parezca, es mucho trabajo. Hubiéramos tardado menos en preparar el itinerario si contásemos con la ayuda de nuestros

antiguos compañeros para que cuidaran de la Torre en nuestro lugar. En esencia, un caballero debe consagrarse al oficio de la restauración y la preservación.

La imagen del retrato reapareció en la mente de Vermillion.

—¿No te sientes solo, al estar tanto tiempo aquí sin nadie más?

—Ah, bueno... Tampoco tengo tiempo para preocuparme por eso. La santidad de la Torre es lo primero, no la mía. Esa es la vida que decidimos vivir.

—No tienes por qué enfocarte todo el rato en tu curro, ¿sabes? Tipo, ya la has palmado.

—¡De eso nada! Es nuestro deber, he sido yo quien ha tomado la decisión de dedicarse a esta tarea. Ignorarla sería escupirle a la cara a los cimientos que nos enseñaron.

—No me refiero a dejar tu puesto sin supervisar, solo... ¿Relajarte? ¿Salir afuera un rato? ¿Dar un paseo?

—No.

Cabezonería era lo que emanaba de su voz, y Vermillion se sorprendió. Tan terco, tan entregado a la causa... ¿y para qué?

—Tío, no te va a pasar nada si sales de la torre cinco minutos y te centras en pasártelo bien de vez en cuando, —replicó casi pidiéndoselo.

—Mira quién fue a hablar. Mi rango no me concede el privilegio del ocio.

—Por favor, dime que te pagaron las vacaciones.

—¡Me llena de orgullo decir que ni una tomé!

Su razonamiento rozaba la idiotez. Ya no tenía nada más que defender, ni enemigos que batallar. Vermillion se preguntó si su rutina diaria nació por hábito o por interés genuino. De todas formas, los años de trabajo debían haberle agotado. Si *estaba* quemado, era bueno ocultándolo.

—Bueno, ¿y qué me dices del tiempo libre que te estás perdiendo? Como... ¡como cuando eras crío! ¿No echas de menos salir a jugar y olvidarte del mundo?

En el momento en el que terminó la pregunta, a Sir Vértigo se le secó la boca al instante.

—Pues... — Se quedó sin palabras, no supo qué respuesta darle. Tras reflexionarlo, suspiró derrotado. —No recuerdo ser un crío... así que no, no lo echo de menos.

—Ah... Seh, a mí también me pasa a veces. Apenas tengo recuerdos de cuando era bebé, jaja.

Vermillion esperó que sus palabras de buena fe remediaran la expresión entristecida de su acompañante. Sin embargo, su comentario gracioso no trajo la risa de nadie, solo alargó la distancia entre ellos.

—...N-no, no lo entiendes. No puedo recordar... nada... Mis recuerdos empiezan aproximadamente a los quince años.

Algo se revolvió en el estómago de Vermillion. Empezó a sentir asco por siquiera haber pensado en sacar aquel tema. Aun así, había algo en sus palabras que le sonaba. ¿Dónde había oído aquello antes?

—No... no lo sabía...

—No, no pasa nada, en serio. No tengo... nada que recordar así que... estoy bien. No creo que haya perdido nada, de todos modos...

El gélido viento volvió a soplar en aquel asfixiante balcón. Vermillion agarró su capa con los brazos cruzados sobre la barandilla. Sir Vértigo miró al cielo de nuevo. Años luz separaban sus mundos pese a estar a meros centímetros el uno del otro. Una punzada en la nariz de Vermillion hizo que le entraran escalofríos.

—Se está haciendo tarde, debería marcharme. — Y entonces, otra punzada. Esta vez en su cabeza. —Nos vemos mañana.

El asentir que siguió a su discurso le indicó que era hora de irse. No tenía razones para quedarse, a pesar de todo; supuso que quedarse únicamente haría que la situación fuera más incómoda.

No supo qué pensar de su repentina confesión. Era mucha información que asimilar, y Vermillion creía que él no debía haber sido a quien se lo contara. ¿Qué era lo que quería conseguir con aquello? ¿Estaba intentando hacer que bajara la guardia para que confiara más en él? ¿O a lo mejor solo quiso que se quedara para poder desahogarse después de todo?

Por mucho que quisiera, francamente no podía importarle un rábano. Todo el mundo tiene problemas, y él ya tenía por los que preocuparse. Aun así, su inhabilidad de calmar a la gente era algo de lo que no sentía orgullo. Quería cambiar, pero... Para ser justos, acababa de conocerle, no quería ser metomentodo... *Pero...*

Tenía que intentarlo. No se perdonaría a sí mismo si perdiera la oportunidad. Justo al cruzar el portal hasta el pasillo, tragó saliva a regañadientes.

—S-si necesitas lo que sea...

—Qué cosas. Debería ser yo quien te diga eso, — se burló.

—¡Bueno, pues ahí te quedas, entonces! ¡¡Venga, hasta luego!! — hizo como si se fuera echando humo por las orejas hacia el pasillo mientras escuchaba a Sir Vértigo reírse tras de sí. Se imaginó que si fuera él el blanco de la broma al hacer de cascarrabias, haría suficiente contraste con su acto sincero como para arrancarle una carcajada. Lo que no esperaba era que su risa fuera contagiosa. Probablemente fuera la primera vez en años que alguien le hacía reírse tanto. Y entonces, otra punzada.

—¡No me refería a echarte! —ambas de sus risas se acabaron extinguiendo. —Es solo que... ah, es difícil de explicar.

—¿El qué?

Al girarse Vermillion para verle de nuevo, él todavía estaba dándole la espalda, con la mirada clavada en el horizonte. Su brillo azul difuminó el de las estrellas hasta el punto de que parecieran partículas de polvo. Su túnica se meció con un movimiento sutil de viento mientras negaba con la cabeza.

—Estoy intentando buscar las palabras, pero nada. Al parecer, el don de la labia no está de mi parte hoy.

—Oye, al menos mira el lado positivo. Tienes todo el tiempo del mundo para encontrarte a ti mismo.

—Supongo... pero eso no me tranquiliza. Esperar a un mañana que nunca viene es lo mismo que esperar mil años.

Vermillion se mordió el labio.

—...Al menos tú tienes un mañana al que esperar. — El viento cesó.

—¿Qué te hace decir eso?

Volvió a tornarse hacia Vermillion. Los dos cruzaron sus miradas durante lo que se sintió como una eternidad. Y entonces, otra punzada.

—Hay algunas cosas de las que no me puedo redimir. —La presión ganó a Vermillion y rompió el contacto visual antes que él. Optó por observar su mano izquierda en su lugar.

—Estoy seguro--

Antes de poder haber terminado su frase, el portal fue cerrado con una pared de piedra que cayó desde el techo.

—¡Oye! ¡¿Qué te pica?! — Vermillion se acercó a la nueva pared.

—¡¡N-no he sido yo!! ¿Estás bien? ¡¿Te has herido?! — la voz de Sir Vértigo apenas le llegaba con claridad. —No puedo atravesarlo, no sé qué está pasando. Tú aguanta.

—Estoy--

El fugaz retumbar de la piedra no fue suficiente advertencia para lo que vendría a continuación. La pared se acercó hacia Vermillion a gran velocidad; poco pudo hacer para reaccionar a tiempo. Antes de que le aplastara, la puerta tras de sí se abrió, de manera que, en vez de enviarle a la segunda dimensión, la pared le empujó dentro de la sala. Se cayó hacia un suelo lleno de papeles por la inercia.

—¡¿Sigues ahí?! ¿He abierto la puerta a tiempo? — esta vez su voz fue más clara.

—Sigo con vida... —gimió.

—¡Oh, menos mal! No sabía si iba a funcionar... No puedo mover ninguna otra pared, pero no te preocupes, encontraré una manera de sacarte de ahí.

—Sí, no quiero quedarme sin aire.

Vermillion se levantó con prisa mientras él intentaba desesperadamente lo que fuera para poder liberarle. La pared no parecía moverse pese a los intentos de Sir Vértigo, o al menos eso pensaba. No podía ver lo que estaba haciendo con sus propios ojos, así que tampoco tenía la certeza de que estuviera haciendo algo para ayudarlo. Lo que sí que podía era oírle murmurar través de la pared. Al cabo de unos instantes, habló alto y claro:

—Vale, creo que sé qué hacer. ¡Resiste, ahora vuelvo!

Por el silencio que siguió, pudo averiguar que se había ido de verdad. Bueno, lo único que podía en aquel momento hacer era esperar hasta que volviera. La habitación tampoco tenía ninguna ventana o pared por la que escabullirse, así que decidió investigarla para matar el tiempo.

A primera vista, daba la impresión de que era una oficina, pero la cantidad de estanterías, libros y papeles amontonados en todo lugar hizo que cambiara de opinión. El archivo estaba repleto de polvo, pero no daba la impresión de que estuviera descuidado. Lo iluminaban varias lámparas de aceite de forma sutil, aunque también hubieran sido útiles para deshacerse de documentos innecesarios. Pese a tratarse de una cámara grande, la suma de todos los muebles esparcidos de cualquier manera le hubiera dado angustia a más de uno por el poco espacio libre que quedaba.

Se aproximó al primer archivador que le llamó la atención y comenzó a buscar. Todos los cajones estaban repletos de carpetas, documentos y registros, ordenados en un sistema que no acababa de comprender. Sacó uno de los registros al azar; tenía una marca de agua en la portada, un escudo de un ave con las alas al vuelo y la cola de una serpiente. Al abrirlo, se dio cuenta que contenía una descripción de los tesoros de la torre y en qué sala encontrarlos. Espadas encantadas, estatuas, artículos mágicos, escobas, vestidos, armaduras, escritos, obras de arte... ¡Eureka! ¡Se lo iba a pasar en grande descubriéndolos! Las indicaciones no le iban a servir de mucho, dado que se podían cambiar el orden de las habitaciones, pero le servía

igual. Decidió que quería seguir leyéndolo más adelante, así que se guardó el registro en el pelo y pasó a investigar otra cosa.

Al abrir otro cajón sacó una carpeta diferente. Poco tardó en descubrir que se trataba de un registro de caballeros de la torre, clasificados por orden de entrada. Al pasar las páginas veía una cara completamente nueva pintada en acuarela. Había algunas a las que no les favorecía para nada el retrato que le habían hecho. Le ganó la curiosidad y decidió buscar una página en específico, y tras unos minutos la encontró. ¡Verdi Spinto! Ver su retrato le hizo gracia, por alguna razón. Era igual que en el del pasillo; se ve que Vermillion no se había dado cuenta hasta entonces de que ambos tenían el mismo aspecto. ¡Menudo pelazo! Se imaginaba que sería de un color distinto, pero el castaño oscuro no le quedaba mal, y tampoco tardó en acostumbrarse a su piel bronceada y ojos marrones. Aun así, lo que le chocó más fue verle sin las quemaduras de la cabeza y cara. Era como mirar a una persona diferente. Obviando aquello, se percató de que todos los caballeros tenían cuernos, de una manera o de otra. ¿Era requisito o qué? Optó por no darle más vueltas y devolver la carpeta a su sitio.

Abrió el siguiente cajón, el cual estaba hasta los bordes de carpetas, separadas por cada letra del abecedario. Vermillion pasó sus garras por las carpetas en un intento de encontrar algo interesante, al parecer solo eran fichas de gente común, los separadores indicaban las iniciales de sus apellidos. A decir verdad, le inquietaba que la vida de tantas personas estuviera plasmada en una única hoja, pero tampoco se le ocurría un sistema mejor para documentar su existencia. Una vez se hubo cansado de inspeccionar tantos nombres y retratos, abrió otro cajón, pero este solo tenía dos secciones: "A" y "D". Qué extraño, ¿no debería haber secciones "B" y "C" en medio de las otras dos? Un vistazo sobre los documentos marcados como D mostró que las personas en ese cajón no tenían un apellido que comenzase por aquella consonante. Entonces, ¿qué era lo que hacían allí? A lo mejor el apellido no era lo que estaban categorizando aquellos separadores.

Sacó varias carpetas de la sección D y las miró a fondo. Todas eran personas corrientes. Ninguna de ellas se conocía entre sí, ni siquiera vivían en el mismo sitio. Sus edades eran también dispares. Ningún nombre ni

ningún apellido se parecía. El aspecto de todas aquellas personas era diferente. Unas llevaban gafas, otras camisas, otras jerseys, otras chaquetas, otras el pelo recogido, otras el pelo suelto, otras llevaban pendientes, otras tenían bigote, otras tenían alopecia. Todas tenían cuernos. Pero aquello no tendría por qué ser importante; las personas del otro cajón también los tenían y estaban ordenadas alfabéticamente. Ninguna herida en común, ninguna fractura en común, ninguna cicatriz en común. Ni siquiera las fechas de nacimiento tenían algo que ver las unas con las otras. ¿Qué era exactamente lo que las categorizaba como D y no como A?

Un segundo. ¿Las... fechas de nacimiento no tenían nada que ver las unas con las otras? Sí, era cierto, pero había algo más. No solo no tenían que ver entre sí, sino que las fechas de nacimiento tampoco coincidían con sus edades descritas. Era imposible que una persona nacida hace cincuenta años tuviera veintitrés. Así que de eso se trataba, debía haber obviado las fechas de defunción. Eso era lo que tenían en común. Eso era lo que significaba D. Entonces, teniendo en cuenta el significado de la sección D, era obvio qué representaba la sección A. Regresó las carpetas a su sección y comenzó a mirar por las de la sección A.

Movió carpeta tras carpeta, viendo varios nombres sin importancia. Pero uno de ellos hizo que parara su búsqueda. Sacó la carpeta donde estaba aquel nombre con cuidado. Dudó en si abrir el documento o si dejarlo donde estaba y hacer como si no lo hubiera visto. Tras barajar las posibilidades, terminó cediendo y miró en su interior. No le hacía falta mirar el apellido para saber de quién se trataba. Solo el nombre era suficiente: Blanca. Un retrato de una niña de unos siete u ocho años. Tenía la mano izquierda vendada. Su fecha de nacimiento era la correcta. Quedó redactado en el documento que nació morena, pero que para los cuatro años su pelo ya se había vuelto completamente blanco. Poco tiempo después de haberse recuperado de la mano, había sufrido un altercado que había dejado secuelas visibles en su cabeza. También decía que, pasados unos años después de que se le hiciera el retrato, no se la volvería a ver jamás. La declararon ausente hace más de veinte años, pero sus padres no habían perdido la esperanza de encontrarla. Sin embargo, según el testimonio de los padres, no conocían a nadie que pudiera haberla secuestrado o que

tuviera algún tipo de problema con la familia para causarles tal grado de dolor.

Vermillion agarró el papel con fuerza. Su ritmo cardíaco estaba aumentando. ¿No la encontraron? ¡¿No la encontraron?! ¡¡Argghhh, joder!! ¿Por qué? ¡¿Si no la encontraron, por qué rayos estaba en A y no en D?! ¡¿*Por qué no estaba en D?*! ¡¡Habían pasado veinte años!! ¡¡*Veinte años!*! ¡¿Qué tipo de daño cerebral les hacía pensar que la encontrarían después de *veinte malditos años*?! ¿Era porque no dejó rastro? ¡¿Acaso fue eso por lo que decidieron seguir buscando?! ¡*Idiotas!* ¡¡Aquellos incompetentes nunca serían capaces de encontrarla en un millón de años!! Y era todo por su culpa. ¿Por qué tuvo que esconder su cuerpo tan bien? Cayó de rodillas al suelo.

Solo de pensar en que un documento así no solo existiera, sino que hubiera estado al alcance de cualquiera que trabajara en la torre, le entraban dolores de cabeza. Incluso podría haber estado al alcance de... no. No, no, no, no podía ser. ¿Era por eso por lo que Sir Vértigo le trató como escoria el primer día que entró a la torre? No cabía duda.

Él lo sabía. Sabía lo que era y sabía lo que había hecho. No podía soportar el pensar en que alguien más lo supiera. Volvió a recordar la falta de ventanas en el momento en el que se percató de que estaba hiperventilando. Comenzó a barajar la posibilidad de agotar todo el aire de la sala y asfixiarse allí mismo, o bien confrontar a Sir Vértigo y hacer que él mismo le decapitase por lo que hizo. Ambas opciones le parecían más misericordiosas que permitir que le salvara. No podía permitirse vivir sabiendo que alguien más había descubierto uno de sus peores secretos. No podía aguantarlo. Necesitaba que sus pulmones se vaciaran. Le entraron ganas de beber hasta acabar con su vida. De morir de hambre. Decapitación, envenenamiento, desangramiento, ahogamiento, aplastamiento, caída, calcinación, muerte súbita. El método daba igual, mientras llegara a su destino final. Si no podía enmendar sus errores en aquella vida, quizá había llegado el momento de dejar que el resto del mundo girara.

—¡¿Sigues ahí?! — una voz al otro lado de la pared le trajo de vuelta a la realidad.

Sir Vértigo estaba de vuelta. Pese a saber lo que había hecho quería salvarle. Quería tenerle como visitante. Quizá pretendía que Vermillion se pensara que no sabía nada para no alarmarle. Una buena jugada. No tardó en decidir que debería seguirle el juego. No quería afrontar la revelación, así que cuanto más la pudiera posponer, mejor. Puso el archivo de Blanca dentro de la sección D y cerró el cajón.

—¡Ya era hora! — su intento de recobrar la compostura fue eclipsado por su voz agitada.

—¡Perdón por tardar tanto, lo hice lo más rápido que pude! — todo apuntaba a que no había notado su cambio de tono. —Ya puedo sacarte, un segundo.

Al momento de haberle avisado, la pared desapareció hacia el techo y los dos volvieron a encontrarse cara a cara. Vermillion le estudió, todo su ser desprendía preocupación por lo que le hubiera haber pasado dentro del archivo. Aquello significaba que estaba en lo correcto. Tenía que disimular.

—¿Te encuentras bien? — le preguntó él.

—Sí. Ahora mejor.

—¿En serio? Estás temblando. — Se acercó para darle la mano, pero Vermillion la rechazó. Al levantarse del suelo sí que pudo notar que él tenía razón.

—¡Sí, sí, de verdad! Es que... las... las habitaciones pequeñas me ponen de los nervios. Pero ya se me ha pasado.

Era obvio que todavía no se le había pasado. Tenía la mirada perdida, los puños cerrados y la espalda muy recta. Su pecho ascendía y descendía con rapidez. La manera en la que le contestaba tampoco corroboraba su coartada.

—¿De verdad? ¿Necesitas que te-

—Sir Vértigo. Estoy. Bien

Tras haber escuchado su nombre, algo dentro de sí hizo que cesara de insistirle. Volvieron a entrelazar miradas una vez más. Ninguno de los dos supo qué hacer. La mano derecha de Vértigo aun seguía en el aire,

preparada por si Vermillion se desmayara en cualquier momento. Pero eso nunca sucedió

—De acuerdo.

Y salieron.

ESCENA SÉPTIMA

La CARNE DE CAÑÓN sale del escenario, EL BUITRE aún en el pasillo echa la vista atrás hacia el archivo. EL AGRACIADO, EL MÁRTIR y EL MONJE aparecen dentro sin que nadie les pueda ver.

EL AGRACIADO: (*Dirigiéndose al cuerpo inmóvil del MÁRTIR*) ¿Por qué no has sido tú quien ha dado el golpe de gracia? ¡¿Es que lo que te digo te entra por un oído y te sale por el otro?! ¡¡No eres más que escoria!! ¡Siempre nos dejas solos, no es justo!

EL MONJE: ¡¡Señorito!! ¡Esas no son maneras de hablarle a las personas! Discúlpese ahora mismo.

EL AGRACIADO: (*Saca la lengua*) ¡De eso nada! No es mi superior, ni tú tampoco, viejales. De no ser porque me entretienes, ya me hubiera deshecho de ti.

EL MONJE: ¡¿Viejales?! ¿Cómo que viejales? ¡T-todavía no tengo ni una cana!

EL AGRACIADO: ¡Vaya! ¡Pues no lo parece! De todas formas, no es contigo con quien me quiero enfadar, así que mejor no te interpongas, ¿quieres? Lámentate por tu intento fallido de aplastar a nuestro invitado en su lugar.

EL MONJE: ¡Será posible! ¿Cómo se--? Espere. ¿No fue usted quien creó la habitación cerrada del archivo con la pared de piedra?

EL AGRACIADO: Me gustaría haberlo sido, pero *alguien* me prohibió hacer nada mientras se echaba la siesta. Ya decía yo, con lo incompetente que eres no me extraña nada que no hayas sido tú.

EL MONJE: Pero, entonces, ¿quién...?

LA VOZ DEL VEHEMENTE: Fui yo. (*EL VEHEMENTE entra en el escenario. Se queda en la entrada del archivo, justo al lado del BUITRE*) Yo fui quien bajó la pared y le encerró en el archivo. Hizo un buen trabajo

atrayéndole hacia el portal, puesto que nos daba tiempo a prepararle una emboscada; pero no nos podemos permitir acabar con su vida todavía, ¿verdad? Tenemos un plan que cumplir, después de todo.

EL MONJE: (*Se acerca a la puerta corriendo, alegre*) ¡Lo sabía! ¡Sabía que al final entraría en razón y volvería con nosotros! ¡No sabe cuán feliz soy de verle de nuevo!

EL VEHEMENTE: Amigo mío... tus palabras movieron mi corazón, y tras un breve paréntesis de reflexión he aceptado lo que sé que es cierto. Estoy dispuesta a darlo todo si resulta en el cumplimiento de nuestro objetivo en común. Ha debido ser duro para tí y para el resto asimilar mi ida, y por eso me disculpo. Al final, acabé dándoos un disgusto para nada.

EL MONJE: ¡Eso no importa ahora! Lo importante es que ha vuelto a nosotros. Su decisión ha sido la correcta, y la más sabia, si me permite. ¡Es un honor recibir su presencia una vez más! Le damos la bienvenida de vuelta.

EL AGRACIADO: (*Todavía en la otra punta del archivo*) ¿Habéis acabado ya? Me sabe mal que sea yo quien interrumpa vuestro momento especial, pero tenemos cosas más importantes que hacer, ¿no creéis? Oh, y buen trabajo, supongo.

EL VEHEMENTE: Gracias. Escogí el archivo porque, dadas las circunstancias, tenía la convicción de que nuestro invitado encontraría algo de valía.

EL AGRACIADO: Ah, ¿conque la idea del archivo también fue mérito tuyo? ¿Por qué no lo has dicho antes? De haber sabido que eras tan prudente con tus elecciones, te hubiera encomendado a ti personalmente encargarte de nuestro invitado.

EL MONJE: Señorito, aún es joven y no tiene experiencia. Lo siguiente lo digo sin afán de ofender, mas no creo que se le haya podido ocurrir algo así.

EL AGRACIADO: ¡Seguro que se me hubiera ocurrido algo mucho mejor que lo que tú hubieras pensado en una eternidad! De no ser porque se me fue robado el conocimiento, tengo la certeza de que mi preciosa y privilegiada mente hubiera ideado una habitación cerrada de lo más

excelente. Y entonces os arrodillaríais ante mí y me aceptaríais como vuestro legítimo superior.

EL VEHEMENTE: Aquí los cuatro tenemos el mismo rango.

EL AGRACIADO: ¡A callar! No me hagas retractar mi veredicto. ¡Sé agradecido! En fin, ¿nos vamos? Quiero un vasito de leche caliente antes de acostarme.

EL AGRACIADO se prepara para salir del archivo, EL VEHEMENTE hace de llevarse el cuerpo del MÁRTIR, pero EL MONJE se lo lleva en su lugar. Los cuatro salen de la habitación, pero solo EL VEHEMENTE se queda en el escenario, junto al BUITRE. Mientras ve al resto irse, se le acerca y le pone la mano derecha sobre el hombro.

EL VEHEMENTE: Vermillion. Sé que no puedes verme ni oírme en este estado, pero tengo el deseo de que te llegue mi mensaje, así que no me queda más remedio que hablar. Tú no me conoces, pero mentiría si dijera que nunca nos hemos visto, por lo que haz el favor de, si de alguna manera me estás escuchando, prestar atención. Necesito que entiendas que el encerrarte en el archivo y forzarte a ver aquella cosa que tanto querías evitar fue algo que hice para protegerte. No tengo ni idea de lo que contiene aquel documento, pero tampoco necesito saberlo. Puedo intuir a la perfección que es algo que desearías olvidar, así que no te juzgaré si decides no revelar su contenido. El mal que te he causado ha sido solo una fracción de la crueldad que puedes llegar a sufrir. Has tenido suerte de que uno de nosotros esté de tu bando, mis compañeros no son tan benevolentes. De no ser porque les he convencido y no sospechan de mí, el dolor que acabas de sentir te hubiera parecido solo una millonésima parte del que te pudieran haber infligido. Siento haberte hecho daño, pero espero que entiendas el porqué de mis acciones. Por qué no podía dejar que jugaran con tus entrañas. A partir de ahora, ándate con mucho cuidado. Haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte, pero hasta mis poderes tienen un límite. Además, mis compañeros son muy astutos, no tardarán en darse cuenta de lo que estoy haciendo por ti. Si pudiera darte todo el tiempo del mundo, te lo daría, pero, aun así, no malgastes el que te pueda dar. Tu primer error ha sido venir a esta Torre. No caigas en sus mentiras. Aquí lo único que te espera es desasosiego y traición. Sé que no puedo hacerte cambiar de opinión así como así, por lo

que no te forzaré; lo único que te pido es que escuches lo que te voy a decir con mucho cuidado: Por favor, prométeme que, una vez consigas tu objetivo, te irás de esta Torre y nunca volverás. Ese es mi único deseo. He visto a demasiadas almas consumidas por la Torre, y no necesito más víctimas. ¡Por favor, huye! ¡No podré soportar verte caer! Mi mayor pecado es tener un corazón débil con los vivos de tu clase, así que, por favor, no rompas este viejo corazón mío. ¡Tienes que huir! ¡Tú que puedes, debes huir! ¡Eso te permitirá demostrarle al mundo que sigues con vida! ¡¡Así que, cuando hayas terminado con tus quehaceres y no necesites nada más de esta Torre, huye y vive!! ¡Si no huyes a tiempo, será tu fin!

Capítulo 4: Minotauro

Este capítulo contiene escenas de violencia explícita (gore).



Por mucho que intentara abrir los ojos, no pudo. Su visión estaba vacía, nublada, pero no por ausencia de luz. Notó como cálidamente pasaba a través de sus párpados, aunque seguía sin poder abrirlos. Sin embargo, mostraba bastante tranquilidad ante tal situación. Se felicitó por no caer ante el desasosiego que tal situación podría causar. Porque tampoco era capaz de mover sus piernas.

O su torso.

O su brazo izquierdo.

Solo su cabeza y brazo derecho quedaron libres. Poco tardó en darse cuenta de que cualquier palabra que pudiera conjugar se desvanecería de su boca antes de poder pronunciarla.

Se hallaba en una silla; más bien, *le habían* sentado en una silla. Reposaba el antebrazo derecho en lo que pensó que era una mesa ubicada justo en frente. Tampoco había cosa alguna sobre la mesa, o, al menos, no llegó a encontrar nada al explorar con su mano. Solo el sonido de su respiración le acompañaba. Un olor a ceniza constriñó sus pulmones.

No entendía cómo las circunstancias no le hacían enloquecer. Pudo mantener la calma como si aquello fuera lo más normal del mundo. Una extraña paz le rodeaba y le abrazó hasta quedarse inmóvil. Tomó abundantes bocanadas de aire sin prisa alguna a la vez que su mente se fundía en la nada.

Antes de que empezara a sentir los efectos de la inanición, escuchó como una puerta se abría y cerraba tras de sí.

—Aguanta esto.

Una voz juvenil, la cual no reconocía. Si tuviera que apostar por el timbre de su voz, la manera de hablar sin siquiera haber saludado antes, y el nulo sonido que hicieron sus pisadas al acercarse, le echaría menos de quince años. Por alguna razón, la voz sonó algo distante, como si hubiera alguna pared separándole de aquella persona.

Junto con su voz, un ruido parecido al de una bandeja golpeando con suavidad la mesa. Sus dedos sintieron frío al tocarla; su muñeca, el calor de una mano ajena. Su mano fue dirigida hacia lo que supuso que era la parte de arriba de la bandeja. Pudo notar un objeto alargado, con una base plana y redonda en uno de los extremos. Su primera impresión fue que se trataba de una herramienta, pero no supo identificarla. Tomó el objeto como se le fue mandado, su textura de acero. Con la parte exterior de los dedos, sin embargo, se dio cuenta de la existencia de otro objeto en la bandeja, uno de madera.

—Ahora sujétalo como un telescopio.

Sin dejar la otra persona de agarrarle de la muñeca, puso su brazo en un ángulo de noventa grados. La otra persona ajustó su posición levemente, elevando un poco más aquel desconocido aparato. El extremo más cercano a su cabeza, el que no tenía la base, quedó por debajo del otro, en diagonal. Por la gravedad, claro estaba, el objeto cayó entre sus dedos hasta que la base tocó su meñique. Era sin lugar a dudas demasiado fino como para ser un telescopio. Sintió como le soltaban la muñeca.

—No te muevas.

Tampoco tenía otra opción, así que así hizo. No se le ocurría ninguna razón por la cual desobedecer a aquella voz. Sí, la pose era cuanto menos curiosa, pero tampoco sintió que fuera a perjudicarlo de alguna manera. Seguir aquellas órdenes le resultó extremadamente fácil. No había nada de lo que asustarse. Sabía con certeza que estaría bien. Ni siquiera dudó del sonido de una mano levantando madera. La luz que acariciaba sus párpados cerrados fue eclipsada.

Un estruendo. Acero contra acero. Acero contra metal. Metal contra carne. Un maravilloso efecto dominó desencadenó una horrible punzada en la parte superior derecha de su frente. Escuchó el crujido de algo hacerse añicos, pero no pudo escuchar sus berridos de dolor. De hecho, sus labios ni se movieron. Sus muelas no rechinaron. Su agarre no se aflojó del aparato. Su brazo siguió en su sitio. Ninguna parte de su cuerpo opuso resistencia. Múltiples punzadas siguieron, cogieron el ritmo a pasos agigantados. Fue al

escuchar el mismo ruido de algo rompiéndose una y otra vez el que le hizo comprender de dónde venían aquellos dolores.

Un cincel. Un cincel de acero. Eso era lo que estaba sosteniendo. El otro objeto era un martillo; al solo tocar el mango, erró al pensar que era un objeto de madera. La otra persona le estaba cincelando. Tardó poco en sentir cómo brotaba y descendía la sangre por su frente. No había nada que pudiera hacer. Todos sus esfuerzos de resistir fueron en vano.

Todos menos uno. Se dio cuenta de que su dedo índice reaccionaba a cada martillazo que la otra persona le pegaba al cincel. Si pudiera retomar el control sobre la totalidad de su índice, poco a poco podría retomarla del resto de su cuerpo. Aun podía liberarse antes de que fuera demasiado tarde. Todavía quedaba esperanza.

Fue concentrándose en fijar su atención en la punta del dedo, tratando de ignorar en la medida de lo posible cada golpe de cincel, cada ruido quebrantador.

El primer nudillo acabó respondiendo a sus deseos tras mucho esfuerzo, sin que la otra persona cesara en su masacre.

Para cuando el segundo nudillo se liberó de la invisible cuerda que lo ataba a la parálisis, el dolor era insoportable. Pero no podía parar, tenía que seguir adelante para poder desbloquear el resto de su mano.

Sintió como su mente se desvanecía cuando tomó control de la totalidad de su índice, podría desmayarse en cualquier momento.

Justo del mismo modo en que se hizo con el índice, probó con el resto de los dedos de su mano. Le suponía un esfuerzo titánico, pero poco a poco, uno a uno, fueron despegándose del cincel.

Primero el corazón, nudillo tras nudillo, recobró la libertad.

Después el anular, que con mucha fuerza se desengarrotó de su prisión sin forma.

Y entonces...

Un rayo de luz atravesó el cascarón; su brazo cayó, y el cincel con él. La otra persona metió la mano en la grieta formada, y la abrió de par en par.

Sus pestañas manchadas de sangre aletearon para dar paso a sus ojos. Dos mitades perfectas, rellenas de hilos de sangre coagulada y sesos, y entre ellas allí estaba. Con la vista borrosa, pudo atisbar una mano intrusa rebuscando entre sus entrañas. Una nueva e indescriptible sensación. La ropa de ambas personas se manchó de rojo.

De sus adentros, la persona de en frente encontró lo que andaba buscando y lo sacó. Aquel diminuto algo entre sus dedos resplandecía con la luz, pero con sus dilatados ojos no era capaz de discernir lo que era a una distancia tan corta.

—Alégrate. Gloria te aguarda.

La otra persona alejó aquella cosa a una distancia razonable para que pudiera verla. En su mano sostenía una perla.

Vermillion se despertó.

El refrescante aire matutino le dio los buenos días tras despegarse de unas sábanas cubiertas de sudor. Al frotarse los ojos, hizo un esfuerzo de salir de la cama y prepararse para una nueva jornada. Recordó su conversación con Vértigo el día anterior mientras se vestía, y sintió algo de curiosidad sobre el recorrido que le estaba preparando.

Por un momento, se lo imaginó pasando la noche en vela tratando de realizar el mejor itinerario posible. Después de unos segundos, se dio cuenta de su error. Probablemente Vértigo no pudiera "pasar la noche en vela" aun si quisiera, al ser un ente fantasmagórico. Seguro que había dejado atrás las necesidades de la carne.

Cuanto más intentaba comprender la naturaleza de su anfitrión, menos entendía. Vermillion siempre había entendido la muerte como un descanso eterno, la oportunidad de pasar el resto de la eternidad como uno plazca. Era por eso que la tenacidad de Vértigo le sorprendía. Todas las obligaciones que le ligaban al mundo de los vivos se habían extinguido, no tenía razón para quedarse allí y negarse a explorar el resto del mundo. Si le preguntase, seguramente respondería que cumplir con su deber le llenaba, que no quería hacer otra cosa de tener la oportunidad. Y aun así...

Vermillion escuchó como llamaban a la puerta al terminar de ponerse los guantes. Hablando del rey de Roma, pensó. Una luz azul entró en la habitación cuando abrió la puerta del pasillo:

—¡A las buenas! Una maravillosa mañana, ¿no es así? —La voz de Sir Vértigo fue demasiado enérgica para Vermillion a aquellas horas—. Por favor, pase, le espera el desayuno.

—¿El desayuno...? Pero si yo no... ah, ya, claro. —Recordó decirle sus preferencias el día anterior al pasar por el marco de la puerta.

Un amplio y vacío comedor, con varias alargadas mesas interconectadas en tres filas. El alto techo dejaba espacio para respirar, era fácil imaginarse el eco que rebotaría de aquellas paredes de estar lleno al mediodía. En su lugar, una única mesa ofrecía restauración. El aroma a comida recién hecha era suficiente para acabar de despertar a cualquiera que lo oliera. Una apetecible ración de huevos revueltos, acompañada de un solo vaso y una jarra con agua. No era mucha comida, pero tampoco demasiada; como si el chef supiera que tenía que saciar un estómago que no estaba acostumbrado a comer por la mañana.

...No, no era eso, concluyó. Menuda estupidez. Era porque no quería derrochar comida. Y, además, seguro que al darle tan poca comida lo que buscaba era debilitarle. Sí. Era eso sin duda. Tenía que serlo.

Al sentarse en el banco, tomó cuchillo y tenedor y les dio unos golpes con el índice de sus garras. Era un hábito que crió desde su infancia y todavía no lo había dejado ir. No sabía por qué, pero se convirtió en parte de su rutina a la hora de comer. Al menos, gracias a aquello, sabía que los utensilios eran de buen material.

Sir Vértigo se encontraba en el otro extremo de la mesa, pero no reaccionó. El que hubiera visto o no aquel ritual era imposible de discernir. Pese a aquello, no alejó la mirada de Vermillion en ningún momento. Sentirse como si le observaran y a la vez no era extraño cuanto menos. Solo estaba plantado en frente de sí, quieto, su mano sobre su respectivo lado de la mesa. El cual estaba vacío.

—¿No tomas nada?

—No se preocupe, hace años que no precisamos restaurarnos. Es más, en aras de ofrecerle nuestros mejores servicios, le hemos dedicado tiempo y esfuerzo a la búsqueda de los ingredientes más frescos para elaborar susodicho festín, solo para usted. No solemos tener visitantes últimamente, ¿sabe? Se trata de una ocasión especial, apta para sacar a relucir nuestras habilidades culinarias.

Así que Vermillion estaba en lo cierto, al fin y al cabo. Al carecer de un cuerpo propiamente dicho, los requisitos para su supervivencia también habían desaparecido. No había necesidad de convertir comida en nutrientes, o aire en oxígeno. Sin embargo...

—Allá tú, luego no te quejes cuando no te deje nada en el plato.

—¿Y cuál sería la razón por la que uno debería quejarse? Un plato limpio no es nada sino un comensal satisfecho.

—No te hagas el tonto. He visto como mirabas la comida.

—Su vista debe estar fallándole. Como recién he recalcado, el comer no es necesario para nuestra subsistencia. ¿Qué es lo que ganaríamos de formar parte de su banquete?

—Dímelo tú. A lo mejor te da vergüenza pedir un trozo y más adelante te acabarás haciendo algo de comer.

—¡Sandeces! ¡Fruslerías! ¡Disparates! ¡Sinsentidos! ¡Idioteces! ¿Osa decir que peco de gula? ¿Cómo se atreve? ¡Sus tajadas me hierven la sangre! —Se levantó del asiento al defenderse.

—Que sí, que sí, que tu orgullo te lo prohíbe y eso. —Le hizo un gesto con la mano para que se volviera a sentar—. Una pena, esto tiene muy buena pinta.

—Y-- ser-- —Vértigo comenzó y abortó frase tras frase hasta quedarse sin habla durante unos segundos. Cuando se hubo calmado, empezó de nuevo—: Nos alegra saberlo. ¡Que aproveche!

Menudo arrebató, pensó. Y la gente decía que era elle quien tenía los problemas de ira. Cómo se notaba que ya nadie venía a aquel sitio. El olor

de su manjar le distrajo lo suficiente como para que le diera igual, saliva generándose sobre su lengua.

Pero el flujo se cortó al interiorizar que había alguien más delante. Esperando a que comenzara a comer. Sin quererlo, agarró los cubiertos con más fuerza.

—Adelante, no sea tímide. No quema, de veras.

Ni media hora había durado despierte sin que le doliera la cabeza.

—No... no me gusta que me vean mientras...

—¡Ah, sin problema! De haberlo sabido nos hubiéramos abstenido con antelación. Muy bien, mientras usted hace de rellenar su estómago, yo aprovecharé para explicarle el recorrido que he preparado para usted. —Al darle la espalda a Vermillion, una pizarra del tamaño de la mesa apareció frente a él—. Como probablemente haya podido averiguar, la integridad de nuestra queridísima Torre es maleable en las manos adecuadas. Bueno, es todo un proceso, la Torre selecciona a su fundamente dependiendo de quién tenga el quiste...

—¿Fundamende? —replicó con la boca llena.

—S-- sí, es como... —Chasqueó los labios antes de seguir—. Bueno, no es importante. El caso es que tengo la habilidad de mover las habitaciones de sitio, y esta nos será muy útil. Verás, mi idea es llevarte a ver habitaciones que no hayas visto todavía, así que podemos empezar por el conservatorio, seguir por algunas de las catacumbas, visitar los jardines, la sala de ceremonias, la sala de entrenamiento (¡uy, creo que esa te va a gustar!), y si nos da tiempo antes de comer puedo enseñarte algunas de nuestras reliquias. ¿Suenan bien?

—Fueno, dú eref el efperto. —Vermillion se rellenó varios vasos de agua para poder tragar—. Confío en tus dotes.

—¡¡Perfecto!! Si necesitas agarrar algo de tu cuarto, hazlo ahora, porque no pararemos hasta terminar, ¿de acuerdo? Hay que aprovechar la mañana al máximo.

—¡Qué ímpetu! Tenías ganas de hacerme el tour, ¿eh?

A Vermillion no le hizo falta verle la cara para darse cuenta de cómo le afectó ese comentario.

—¡¡No!! Es que... es que... como-- como hace tanto que no lo hacemos es-- y encima con alguien como usted... ¡No, e-espera no me refiero a--!

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo. Lo que pasa en el comedor se queda en el comedor.

—¡¡¡QUE NO ES ESO!!!

—Ya, ya... Bueno, voy a por mis cosas. —Vermillion volvió a colocar la pieza del casco en su sitio y se levantó para dirigirse a la salida.

—Sí, haría bien de ir a por ellas. —Un suspiro escapó de sus labios mientras se daba la vuelta—. Y cuanto menos tarde mejor, así que dese prisa. Por favor.

Al volver a su habitación Vermillion consideró con cuidado qué equipo llevar para su aventura. Una vez se decidió, lo recogió todo y salió de allí.

—Vale, ya estoy.

—¿Qu--? ¿Cómo--? ¡¿Ya?! —A Vértigo no le dio tiempo de acomodarse en los asientos—. ¡Dijimos que tardara poco, no que entrara y saliera!

—Encima que te hago caso, te quejas. No hay quién te entienda.

—Pero-- Ni de coña ha-- —soltó, llevándose la mano a la boca al darse cuenta de lo que acababa de decir. Elle se quedó ojiplátique mientras que el garzo brillo de Vértigo aumentaba—. Mire, ¿sabe qué? Vayamos. No perdamos más tiempo.

—Pues adelante. —señaló a misma vez que trataba no estallar en risa.

Al pasar por la puerta se desplegó una grandiosa sala. Decenas de filas de gradas apuntaban a un enorme escenario elevado, que resplandecía gracias a los ventanales de la pared del fondo. Vermillion también notó en las paredes laterales más plataformas con gradas incluso más elevadas. El aire era pesado y se le mancharon los guanteletes de polvo al apoyarse en la barandilla. La voz de Sir Vértigo resonó por el recinto:

—He aquí el conservatorio. Se construyó una década después del establecimiento de la Torre. Al ser esta un lugar neutral, en tiempos de paz se nos enseñó a ser artistas y cada uno de los caballeros fuimos instruidos a manejar uno o varios instrumentos musicales.

—¿En serio? Quién lo iba a decir, con lo amenazantes que salís en el cuadro.

—Solíamos reservar las prácticas cuando no había nada que defender, pero los más grandes conciertos se daban después de una victoria.

—Y, ¿qué? ¿Érais buenos?

—Oh, eran los mejores. Hubiera sido un honor para nosotros haber participado, aunque sea en uno de ellos, pero... modificar los órganos para que los pudiéramos tocar con una sola mano era demasiado caro... solo pudimos permitirnos modificar el de la catedral con nuestro sueldo. Además, el tiempo en que viniera el artesano a la Torre era muy largo, así que...

—Jo, pues menuda mierda, y más si eras tú quien pagaba.

—No se preocupe, en serio. De todas formas, no es como si pudiéramos aprender otro instrumento con solo una mano, je...

Al llegar el silencio, habían caminado hasta el inicio de la plataforma. Justo cuando Vértigo flotó encima de esta, se dio la vuelta para crear unos escalones para Vermillion.

—Pues yo nunca he aprendido a tocar nada, —intervino mientras subía.

—¿De veras? Seguro que le gustaría. —Vértigo extendió su mano, cosa que hizo que Vermillion se detuviera.

—¿...Tú crees? —Al final, acabó tomándola para impulsarse.

—¡Por supuesto! —Giró a Vermillion para que mirase a las gradas, con la mano puesta en su espalda—. Imagínesele: usted, siendo una parte de la sinfonía, uniéndose a un grupo de artistas de su tamaño para que la audiencia le adore y disfrute de aquello que desea hacer más que nada... o al menos, así creemos que se siente al tocar junto a otra gente. ¿No sería maravilloso?

—Je, no creo que me acepten sin haber practicado antes.

—¡Podemos enseñarle! —El tacto de Vértigo pasó de su espalda a su cintura y Vermillion se alejó por instinto—. Hay algunas cosas que no sabemos, pero ¡podemos aprender a la vez!

—No sé yo si...

—¡Pero si es muy beneficioso! ¡Le ayudará a tener mejor control sobre su cuerpo, ya verá!

—Vértigo--

—¡¡Incluso en los días más solitarios se sentirá en compañía!!

—¡Vértigo, que no!

Sin haberse dado cuenta, Vermillion había estado dando pasos hacia atrás hasta el final de la plataforma. Cuando el suelo a sus pies dio de sí, la caída se sintió eterna hasta que se chocó contra la dura piedra.

Tras volver a abrir los ojos después del susto, no pudo ver a su acompañante de nuevo. Revisó sus alrededores para encontrarle, pero en su lugar solo encontró un órgano. Al parecer, estaba de vuelta en la catedral, solo que esta vez estaba situada en el triforio. Había subestimado la altura del órgano, ya que al verlo de cerca pudo ser testigo de su inmenso tamaño. En ese momento pudo llegar a entender, al menos de manera superficial, la fijación de Sir Vértigo con tal objeto.

Poco tardó en redirigir su foco de atención a la razón por la que había aparecido allí, de todos los lugares. Teniendo en cuenta la conversación que acababa de tener, lo normal era que se pensara que Vértigo tenía algo que ver. ¿A lo mejor buscaba que entendiese su punto de vista de alguna manera? Se fijó en los pedales del instrumento, y, en efectiva, era evidente que habían sido modificados. No obstante, antes de que pudiese acercarse para examinarlo en detalle, un destello le sacó de su trance. Un destello que procedía de detrás de sí, sin importar hacia dónde estuviera mirando.

Por un instante, sintió como algo se movía en esa misma dirección, mas la sensación no se le hizo extraña. Sabiendo lo que se avecinaba, rebuscó en su melena hasta sacar una bola de cristal, la culpable de aquella luz. Era fría al tacto; más de lo que recordaba, a decir verdad. Se amoldó a sus garras como si ese fuera su único propósito, y los ojos de Vermillion aguantaron como pudieron la luz hasta que obtuvo un vistazo de lo que había dentro. Bueno, más bien, no lo obtuvo; a duras penas podía discernir lo que estaba viendo. La imagen era oscura y poco definida, pero al menos apostaría a que le estaba enseñando un pasillo o algo similar.

En el momento en el que concentró su atención en las baldosas circulares de la pared, un sutil ruido resonó por las paredes de la catedral. Un ruido que, de no ser por el tremendo eco, sería insignificante. Era el sonido de una pequeña pieza cayéndose y rodando sobre sí misma por el suelo. El sonido de una moneda. Vermillion acabó acercándose al bordillo del triforio para ubicar el origen del ruido. Al mirar hacia abajo, no pudo encontrar moneda alguna, pero sí algo más. Una armadura roja había aparecido cerca del altar.

"...E... N..." A Vermillion le pareció haber escuchado a alguien.

La armadura, como era de esperar, no se movía ni un pelo de su posición. Tuvo la extraña sensación de que lo haría cuando menos lo esperara, razón por la cual no despegó la mirada de ella.

"...E... L... N..."

Y entonces, sin un ápice de prisa, se movió. Vermilion vio como, poco a poco, iba rotando el yelmo. La bola de cristal había desaparecido de su mente, de manera en que había dejado de registrar que la estaba sosteniendo.

"¡...ER ...L ...N!"

Cuando se dio cuenta de que el movimiento del yelmo había cesado, estaba claro que la armadura le estaba mirando fijamente.

—¡*Vermillion*!

En un abrir y cerrar de ojos, había vuelto al conservatorio. Vértigo le había levantado la espalda del suelo, y, por el tono de su voz, daba a entender que le había estado llamando durante un buen rato. También tenía las piernas apoyadas en la pared de la plataforma, por alguna razón.

—¡Oh! ¡Menos mal! Pensé que no lograría recuperar el conocimiento...

—¿Qué...? —Vermillion trató de incorporarse, pero una mano ajena le detuvo.

—¡Por favor, no haga movimientos bruscos! Acaba de caerse del escenario y lleva varios minutos inconsciente. ¿Se encuentra bien?

Conque eso era, supuso... Por supuesto. De todas maneras, Vermillion se había dejado la bola de cristal en su habitación el día anterior. No se la trajo consigo para la excursión. Todo aquello fue tan solo un sueño, igual que la otra vez que apareció la armadura. Su mente se sintió muy ligera, probablemente por haberse creído que era real. Qué idiota de su parte, pensó.

—¡¿Vermillion?! —El silencio que provocó tal revelación había hecho preocupar a Vértigo, y con razón.

—Uff... ¿hace cuánto que me desmayé?

—Hace una... ¿media horilla...?

—¡¿MEDIA HO--?! —El mareo que le provocó las noticias le interrumpió—. ¡¡Argh!!

—¡¡Tenga cuidado!! Mire, será mejor que lo dejemos por hoy, ¿le parece? Volvamos a sus aposentos para que pueda descansar como Dios manda, ya le haré el tour en otro momento.

—No... no, tranqui, no hace falta que te... —Con una mano en el casco, fue levantándose con los codos despacio.

—¿¿Bromea?! ¡Es evidente que no está en condiciones de seguir con el itinerar--!

—I-Insisto. Estaré bien, tan solo... —Se sentó a duras penas en la butaca más cercana—. Tan solo dame un segundo, ¿vale?

—¿De eso nada! Vamos enseguida a su habitación le guste o no.

—¿Que no, que no hace falta, pesado! ¡Si ya estoy bien! ¡Lo juro!

Vermillion se levantó de su asiento, tratando de ocultar cómo se tambaleaba nada más alejarse de la butaca. Por supuesto, aquel ejercicio de resistencia no fascinó a Sir Vértigo, quien le miraba con aparente preocupación en su rostro.

—...Por favor. —Fue lo único que se le ocurrió decir para convencerle de que todavía podía continuar.

Después de la racha de sueñecitos que llevaba, lo último que quería era echarse a la cama.

—... De acuerdo. Le esperaré en la entrada.

Y con eso, Vértigo se esfumó, dejando que Vermillion se volviera a sentar. Ya se le pasaría el dolor de cabeza.

De camino por los interminables pasillos de la torre, Vermillion no podía apartar su atención de lo que había ocurrido detrás de sus ojos. Ya eran dos las veces que había visto aquella armadura en sueños, y ambas veces resonaba en su mente aquel enigma sobre la moneda que salvó a alguien. Sabía que eran solo imaginaciones suyas, pero intuía que debían tener alguna base en la realidad para existir. Después de todo, el cerebro no puede soñar con aquello que nunca ha visto. Además, no era el tipo de persona cuyos sueños tenían una segunda parte.

Lo más cercano a ese concepto que jamás experimentó fue pasar por la misma pesadilla noche tras noche; pero incluso la (¿las?) de aquel día eran algo que no había soñado antes. En la vida se hubiera podido imaginar el mal cuerpo que le quedaría tras sentir cómo se le abría la sesera de par en par. Con tan solo recordar como el aire frío cosquilleaba sus sesos le entraron escalofríos.

Se prometió que no le daría más vueltas al asunto, pero, a la vez, pensar sobre ello cuando estaba fuera de peligro le resultaba reconfortante. Le permitía indagar sobre la verdadera naturaleza de sus sueños en un ejercicio de racionalización. No podían hacerle daño en el mundo real, así que, ¿por qué no intentarlo?

—¿...No cree? —Una voz familiar le sacó del trance.

—¿Qu--? Em, eh... Sí, —improvisó, mas el suspiro de su acompañante le hizo saber que su intento de seguir la conversación fue inútil.

—¿Está prestando atención acaso? —Vértigo se detuvo para mirarle, con el brazo en jarra—. Le recuerdo que fue usted quien insistió en seguir.

—¡Pues claro que sí!

—Ah, ¿sí?

—¡¡De verdad!!

—Muy bien. En ese caso, ¿puede decirme dónde estamos? —preguntó mientras se ponía el brazo frente a su torso a la vez que escondía la mano sobre la túnica sobrante. Vermillion no tardó en interpretarlo como su manera de cruzarse de brazos.

—¡Ah...! Pues... —Miró a sus alrededores con la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa que le pudiera ubicar—. Esto...

Vértigo cerró los ojos e hizo una mueca fea de lo anonadado que estaba.

—¡No me mires así! ¡Como si tú nunca te hubieras despistado cuando te hablaban!

—¡Al menos no suelo hacerlo con información que he pedido!

—Vale, mira, ¿sabes qué? Tienes razón. Lo siento. Esta vez sí que te escucho.

Él, que había abierto los ojos de nuevo, muy a su pesar vio como Vermillion levantaba el pulgar en señal de aprobación. Se tragó la vergüenza ajena que le provocó y comenzó su explicación desde cero:

—Estamos en las catacumbas. Si hubiera prestado atención, sabría que los agujeros rectangulares de las paredes una vez albergaron los cuerpos de aquellos visitantes que no pudieron completar su travesía. Por supuesto, esto era una medida temporal hasta que sus familiares o seres queridos los reclamaban para poder enterrarlos de acuerdo a sus deseos. Es por eso que ya no hay ninguno, todos los cadáveres acabaron encontrando a alguien que cuidara de ellos tras la muerte.

—Mola. —Vermillion tocó una de las paredes y revisó que, efectivamente, el agujero que tenía a su lado estaba vacío—. Y, ¿cómo lo hacíais para verificar que quienes venían a llevárselos eran quienes decían que eran? Me imagino que más de un cazarrecompensas os habréis encontrado.

—Respecto a eso... la verdad es que lo desconozco. Al no serme asignada esta zona, no llegué a aprender la manera en la que aseguraban la veracidad de su identidad.

—Vaya —recalcó, habiéndose esperado otra cosa—. Oye, ¿está tu cuerpo por aquí?

—¿Qué?! ¡¡Por supuesto que no!!

La respuesta de Sir Vértigo pilló a Vermillion por sorpresa. Por la manera en que contestó, cualquiera diría que no le gustó para nada, hasta parecía que la pregunta le daba asco. Por qué se lo tomó como una ofensa era algo que se le escapaba. La razón de su reacción aún era una incógnita para él, pero sí que era cierto que se había salido del papel.

—¡Ja! Pues claro que no. Alguien con un ego tan inflado como el tuyo querría un ataúd embadurnado en oro, —concluyó tras unos segundos de reflexión. No sabía qué estaba rondando por su cabeza, pero al menos quería relajar el ambiente.

—No sé por qué me empeño en hacerle caso —resopló—. Anda, sígame, ¿quiere? Tenemos asuntos más importantes que atender.

Los dos continuaron por aquellos pasadizos, los cuales no tenían nada que envidiar a un laberinto. Vermillion se alegró de haber puesto a Vértigo de su bando, de alguna manera; de lo contrario, no se quería ni imaginar lo que sería recorrer las catacumbas sin su ayuda. Prestó total atención a los movimientos de su guía, aunque con seguir su luz ya le bastaba.

Sin embargo, su interés fue viciado cuando la parte inferior de su capa quedó atrapada en uno de los agujeros de la pared. Se esperaba que se hubiera atascado en un trozo de piedra mal recortado, pero cuando tiró de ella hizo que se desgarrara en horizontal. Tuvo suerte de que no lo hiciera del todo y quedara todavía unida al resto.

Al ver semejante destrozo se arrepintió al instante, aunque su descontento fue opacado por otra emoción mucho más urgente. De repente, del agujero en la pared salió una baldosa de igual tamaño, pero larga como un pilar, disparada hacia la pared contraria. El estruendo que creó sirvió para que diera las gracias a cualquier entidad en la que hubiera dejado de creer por haber sacado su capa a tiempo. Para sorpresa de Vermillion, aquello no fue el único atentado contra su persona, ya que, una a una y en veloz secuencia, de todos los agujeros anteriores salieron baldosas iguales para acecharle.

—¡¡Vérti--!! —intentó, pero su acompañante ya se había adelantado y ni su rastro quedaba—. ¡Jodeeeeer! ¡Tienes suerte de ya estar muerto!

Cogió velocidad y siguió adelante para evitar las rápidas fauces de las catacumbas. A cada giro y cada cruce pudo ver como las paredes se engullían los pasillos por los que justo pasó; Vermillion rezó todo lo que se sabía para no ir por el camino incorrecto y dar con su fin. Corrió como nunca antes lo había hecho, y sus piernas no podían aguantar tanto esfuerzo de golpe. Aun así, pese a las gotas de sudor que recorrían su espalda, pese a la velocidad en que se vaciaba su energía, pese el desesperante estruendo del espacio desapareciendo tras de sí, acercándose más y más, siguió corriendo. Y siguió corriendo hasta que no pudo más, hasta que su cuerpo le gritó "¡Basta!", hasta que perdió su sentido de la orientación; y, entonces, siguió corriendo. Le faltaba el aliento, tenía la boca sequísima, pero siguió adelante de todas formas.

Tras haber tomado un último giro, resultó que se había metido en un cajón sin salida: la entrada a la siguiente sala estaba tapada por más baldosas largas que servían como barrotes. Aceleró para llegar allí antes de que le espachurrasen.

—¡¡Ayuda!! ¡Vértigooooo! —Y, como por arte de magia, de más allá de su prisión emergió un suave brillo azulado—. ¡¡VÉRTIGO!! ¡*Por favor!* ¡¡Mierda, no me escucha!!

Vermillion volvió a mirar tras de sí para revisar cuánto le quedaba de vida. Todavía faltaba para que las paredes le alcanzasen, pero, al ritmo en que se cerraban, los minutos se convertían en segundos. Agarró las baldosas que le mantenían en captividad e intentó golpearlas, moverlas, hacer *algo* para que se fueran. Por favor, lo que sea. Por favor. Tenía que salir. No podía acabar allí. Por favor, tenía que... ¡Tenía que...!

Los improvisados barrotes que tapaban su escapada se esfumaron y se cayó hacia adelante, escapando de los dientes del pasillo por los pelos. El corazón le iba a mil por hora mientras retrocedía aún en el suelo. Dejó de hiperventilar cuando interiorizó que estaba a salvo y las baldosas no le alcanzarían desde donde estaba.

—¡Ahí está! —Al girar la vista a un lado, vio la luz garza de nuevo, y con ella a su portador—. ¿Qué se supone que estaba haciendo ahí atrás?

—¡¿Q-- Q-Qué-Q-- QUÉ?! —exclamó al levantarse de un brinco—. ¡¡Peleando por mi vida, eso estaba haciendo!!

—¿Vale...?

—¡¡QUE SÍ!! ¡Las--las tumbas, se... e-en los agujeros, de ahí salieron-- y querían alcanzar--!

La cara de incredulidad de Sir Vértigo no estaba ayudando a su caso. ¿De verdad no había escuchado nada de lo que...?

—Mire, es la segunda vez que le encuentro en el suelo hoy. Estoy empezando a preocuparme.

—¡Tienes que creerme! ¡Mira! —Vermillion le enseñó la capa por la parte donde se rasgó—. ¡L-lo que sea que fuera eso me hizo esto!

—Habrá sido un trozo de piedra mal recortado. Relájese... eh...

Fue entonces cuando Vértigo cayó en silencio mientras se acercaba la mano a la barbilla. Tras unos segundos sin decir nada, levantó el índice al notar que Vermillion estaba a punto de hablar.

—No me lo diga —interrumpió.

—¿Te has olvidado de mi nombre? ¡Pero si lo dijiste hace nada!

—¿A usted nunca se le olvidan las cosas? Y, además, no hace tanto que nos conocemos.

—¡¿Estás de coña?!

—No se me dan bien los nombres, ¿¿vale?! —refunfuñó, alejando la vista de Vermillion.

—Empieza por V.

—V...

—Ve...

—Veee... —repitió.

—...rrrrmm...

—Veerrrr... Vermont.

—No.

—Verrrrrrmmmmm... Vermicelli.

—*No*.

—Verrrrmmmm, Verm, Verm, Verm, Verm-- ¿Vermouth?

—¡Es Vermillion!

—¡Justo lo iba a decir ahora! —Embustero. Aquella estúpida conversación se estaba alargando demasiado—. Bueno, no importa. Estamos perdiendo el tiempo. Vámonos, Vermeille.

—¡¡*Vermillion*!!

Y salieron.

Con paso firme llegaron a un amplio y vasto rincón de la Torre Cortafuegos. Estaba lleno de vegetación muy bien cuidada, y el techo era tan alto que no se podía ver dónde empezaba y dónde acababa el tragaluz que lo iluminaba todo. Pese a la falta de ventilación, el ambiente no era desagradable; aunque a más de uno no le rentaría estar allí solo para ver lo bonitas que eran las plantas. Como era ya costumbre, Vértigo se adelantó:

—Estos de aquí son los jardines. No muchos ojos han podido bañarse en su belleza, ya que las visitas a estos lares eran escasas, reservadas solo para importantes figuras. Debe sentirse con mucha suerte, me imagino que--

—¡A-achís! —Intervino Vermillion contra su voluntad—. ¡Achís! Euueeeagh... ¡Ah! ¡¡Aaachís!!

—O-oiga, ¿se encuentra bien? —Se tornó hacia elle con evidente preocupación.

—Es que... ¡Achís! Son las alergias, y encima ahora en primavera... ¡Ah! ¡A-ACHÍS!

—¡Pardiez! Venga, vayámonos antes de que empeore. No sabe cuánto lo siento.

—N-no, es... ¡ACHÍS! —Sus estornudos eran más intensos a cada segundo que seguían allí—. Es culpa mía, pensé que... ¡ACHÍS! ¡ACHÍS! Que no sería para tan-- ¡Ah! ¡¡AAAACHÍS!!

Gracias a la recién expuesta y vergonzosa presentación de debilidad, Vermillion acabó siendo acompañade a la salida. Pese al poco tiempo que estuvo, sin embargo, apreció el esfuerzo de Sir Vértigo en enseñarle los jardines. Llegó a sentirse como que no estaba respetando su exclusividad al mancillarla con sus estornudos. No sabía por qué saltarse aquella parte de la excursión le hizo sentirse tan culpable, pero, aunque solo fuera por un segundo, el olor le transportó a otro momento.

Un momento muy lejano. Una época en la que nada había ido mal todavía. Cuando hacía las prácticas en la academia, había una clase a la que tenía

más ganas de asistir que al resto. No por lo que se enseñaba, no, sino por algo más divertido.

El alboroto de pisadas y risas jóvenes retumbó por el pasillo al que se dirigía. Justo al final se encontraba aquella aula alocada a la que tanto le gustaba ir, y frente a su puerta estaba... ella.

Siempre tuvo una relación cordial con sus compañeros docentes, pero había una de ellas con la que tenía una amistosa rivalidad. Ni siquiera se acuerda de por qué empezó, pero el choque entre sus personalidades tenía pinta de que fuera el detonante. Un extraño tipo de orgullo les prohibía estar en pie de igualdad, siempre intentando sacar ventaja. Siempre apuntando a la yugular.

Por aquel entonces su sonrisa ya mataba.

—Srta. Regal.

—Ya te he dicho que no me trates como si fueras mi alumne fuera de clase —una risita se le escapó—. ¿Cómo va todo? Ha pasado un buen rato desde la última vez que te vi.

—Yo diría que bien, aunque estas últimas semanas han sido un tostón, como se acerca el final del semestre... Ya mismo cierra la evaluación y todavía me faltan preguntas que escribir para el examen final. ¿Tú como lo llevas?

—Pues la verdad es que ya las tengo casi todas listas. Además, tuvimos un montón de tiempo para prepararlas, ¿qué has estado haciendo mientras tanto?

—Hay algo llamado enseñar disciplina, ¿te suena de algo?

—Creo que eso dice más de ti que de mí, la verdad. Bueno, allá tú, yo ya tengo un plan para hacer que mis alumnos saquen la mejor nota de toda la academia. El pájaro temprano agarra el gusano.

—Ya, claro, me gustaría ver lo mucho que se toman en serio tu examencito si no les inculcas miedo —resaltó avergonzade. *¿En serio dijo "examencito"?*

—Espera y verás, Vermillion. Espera y verás.

Una vez hubieron entrado en clase, se sentaron en sus respectivas posiciones. La cháchara de los críos se convirtió en un murmullo al ver a Vermillion sentarse en uno de sus pupitres. Ella fue la primera en hablar:

—Muy bien, clase. Puede que ya le conozcáis de otras clases, y sino os presento a le Sre. Von Kavalier. Está aquí solo para tomar apuntes de la clase de hoy, así que dadle la bienvenida, ¿de acuerdo?

Y lo hicieron al unísono, una oleada de falsetes le incluyeron como una más, aunque solo fuera por una hora. Oírles hablar a la vez le dio algo de vergüenza. Ella sí que sabía como sacarle de sus casillas sin parecer descortés hacia el resto.

Los minutos que le siguieron al menos tuvieron la decencia de ser más manejables. Vermillion se dedicó a prestar atención, ojeando de vez en cuando al resto de alumnos. Algunas de sus caras eran conocidas, otras no tanto. Muchos apartaron la mirada cuando Vermillion les pilló mirándoles fijamente. Una de ellas no lo hizo. Una chica en una escoba. Se limitó a sonreír y saludarle con la mano. Menuda rarita, pensó.

La clase siguió su curso, hasta que ella mandó ejercicios para hacer en clase:

—Los ejercicios 3, 4 y 5 los hacéis ahora y los corregimos la semana que viene, ¿vale? Y el 6 también lo podéis hacer, pero no es obligatorio. Es más difícil que el resto, así que no pasa nada si no os lo sacáis, pero al menos intentad hacer el resto ahora, ¿entendido?

"*Sí, profe*", dijeron al unísono, decepción evidente en sus caras. Hasta cierto punto, Vermillion podía empatizar; tampoco le gustaba perder tiempo de clase para resolver tareas. Sabía que ella les forzaba a ello para que creasen hábitos de aprendizaje saludables, o lo que fuera, mas aquellos críos lo verían como una obligación en vez de un favor. Antes de que pudieran abrir sus cuadernos, volvió a hablar:

—Sin embargo. Si alguien, con que sea una sola persona me basta, hace todos los ejercicios, incluido el 6, antes de que termine la clase, os diré una de las preguntas del próximo examen.

¡¿Cómo?! Aquella mujer se había vuelto loca, pensó. No era justo, ¡les estaba regalando el aprobado! ¡¡Aquello era hacer trampas!! Tendría una larga y ardua conversación con ella tras la clase, decidió. Una falta como aquella debería dejarla fuera de la competición unos largos meses.

En aquel mismo instante, decenas de lápices impactaron contra el papel, arrastrándose hasta que el aula se convirtiera en una orquesta de grafito y madera. Hipócritas que eran, guiados por un jugoso incentivo en vez de ambición propia. Menuda vergüenza, y peor era la bruja que les permitía adentrarse por el camino más corto. No tardó uno de los jóvenes en levantar la mano y acercarse a ella para verificar su respuesta.

—¡Atención! Lo prometido es deuda, así que os diré la pregunta. Pero los ejercicios los quiero hechos, y los quiero hechos aquí, ¿entendido? Antes de irnos voy a revisar vuestros cuadernos para ver si habéis estado trabajando, ¿ha quedado claro?

Y así hizo. En un abrir y cerrar de ojos, la clase había terminado. Tan solo dos se quedaron en el aula, esperando a que ella recogiera sus cosas para marcharse. Vermillion no dejó que su enfado eclipsara su cortesía.

—Solo digo que es una mala idea. Te estás volviendo una floja, se van a aprovechar de lo buena que eres.

—¿Es eso lo que crees? Todo lo contrario, soy yo la que tiene la sartén por el mango. —Agarró su bolso y se lo puso sobre el hombro con cuidado de no atrapar aquella melena carmesí—. Dime, ¿has oído hablar de la parálisis de la elección?

—No me suena —respondió al tomar el juego de llaves y acercarse a la puerta junto a ella.

—La mente de un adolescente pasa por muchas etapas en un periodo de tiempo demasiado corto para que las puedan procesar. Lo último en lo que piensan es sus estudios, así que lo normal es que los dejen a un lado hasta que se acerca la hora de la verdad. Pero como se les amontona la carga de cosas que estudiar, no saben por dónde empezar y se atascan. Todo lo que hago yo es guiarles. Al darles una de las preguntas, al menos así tienen algo que prepararse sin que sientan que están perdiendo el tiempo. Se

esforzarán más por preparar la respuesta perfecta antes de que llegue el examen, y aprenderán más al redactar sus propias soluciones que no leyendo el mismo párrafo día sí y día también. Además, como es algo que han conseguido de mí, se piensan que son más listos que nadie, cuando lo que están haciendo es justo lo que quiero que hagan: aprender.

Para cuando Vermillion se dio cuenta, estaban caminando hacia la salida del campus. El sol estaba por ponerse, tímido detrás de nubes rosadas. Ni una pizca de viento les salvaría del bochorno infernal al que aquel patio les subyugaba cada día. Pero, por algún motivo que se le escapaba, aquella tarde el polen no era tanta molestia.

—Je, sí, claro —exclamó—. Sal cuanto antes de los mundos de yupi y consideraré no descalificarte de la competición por mejor nota.

—¡Venga, no me digas que no te gusta mi idea! —volvió a sonreír—. Al menos admite que te lo has pasado bien. He visto que ya has hecho una amigueta.

—¿A qué te refieres?

Y entonces, escuchó aquellas palabras salir de su boca.

Aquellas palabras que hacían darle un vuelco el corazón.

Pero por mucho que su voz hubiera alcanzado sus oídos, por mucho que haya podido leer sus labios, intentó hacer como si ignorar sus palabras.

No podía permitirse pensar en ellas.

—¿Qué?! ¿Qué acabas de decir?!

—¿Eh? Dutchess, la chica de la escoba. Vi cómo te saludó en medio de clase. —Imitó el movimiento que hizo Dutchess con la mano.

—Ah... ah, Darkness, eso es lo que has dicho... vale...

—No, es--

—¡Bueno, que lo que has hecho es una bobada y no te va a servir de nada! ¡¡Menuda pérdida de tiempo!!

Vermillion hizo todo lo posible para desviar la conversación lo antes posible. Después de unos minutos más de cháchara, tanto ella como Vermillion se fueron con la convicción de que ganarían su pequeño juego.

Pasaron las semanas y fueron reveladas las notas medias de cada curso en los últimos exámenes del curso lectivo. Pese al esfuerzo de Vermillion, Rouge salió victoriosa gracias a su método. No dejó de restregárselo hasta pasados varios meses; si hasta se convirtió en la comidilla de la sala de profesores.

El mal perder de Vermillion, no obstante, fue opacado por algo más. Algo que todavía no se podía explicar.

—¿Se encuentra mejor?

—Uf... ahí voy, pero ahora que no estamos cerca de tanta planta iré mejorando. —Vermillion pudo sentir como su nariz se despejaba nada más salieron de los jardines—. Gracias por el pañuelo, por cierto.

—Faltaría más. Tenemos de sobra, solo tiene que pedirnoslos —recalcó contento.

—De momento voy bien. ¿Adónde vamos ahora? Me quiere sonar algo así como una sala de entrenamiento...

—¡Ah, sí, por supuesto! Vayamos.

Acto seguido, se dirigieron a la siguiente sala. Se ve que era una extensión de la sala de armas que ya encontró en su primer día en la torre. Al igual que su compañera, tenía armas por doquier, pero el espacio que esta otorgaba era mayor y, por ende, más adecuado para el entreno. Además, le resultaron curiosos los muñecos de heno y trapo que usaban, aunque también los había de madera para aquellos más experimentados. Le fue difícil discernirlas, pero también pudo avistar unas dianas de tiro con arco en una de las paredes lejanas.

—Bueno, como ya habrá podido imaginar, he aquí donde se concentraba la mayor parte del entrenamiento que hacíamos los caballeros. Tenemos mucha suerte de contar con un equipamiento tan completo; practicábamos un sinfín de disciplinas. Je, incluso en una ocasión, al practicar la escalada, acabamos cayéndonos encima de un compañero que estaba más abajo —rio—: ¡Menuda bronca nos cayó! En fin, no nos aburríamos para nada. Incluso seguimos teniendo una pista de obstáculos si la memoria no nos falla.

—Has dado en el clavo. Sí que me encanta este sitio, sí. —Sin lugar a duda, eran unas instalaciones maravillosas. Sir Vértigo tenía razón.

—¡Lo sabía! —exclamó con quizá demasiado ímpetu antes de carraspear—. En el momento en el que fuimos testigos de su proeza en la

biblioteca tuvimos la convicción de que le entusiasmaría.

—¿Sabes? Tenía mis dudas, pero no me arrepiento de haber seguido con la excursión. Pese a que haya habido algún que otro paréntesis...

—Nada nos da más satisfacción que saber que su estancia está siendo provechosa. Muchísimas gracias por depositar su confianza en nosotros.

Como es de entender, tanta gratitud le provocó una euforia de cuidado. Pocas eran las veces en las que le daban las gracias tan seguido, y sobre todo por algo que ni siquiera había tenido que esforzarse en hacer. En el fondo, tenía asimilado que aquello no era más que una muestra de cortesía, pero detrás de ese sentimiento se ocultaba el deseo de que esas palabras que acariciaban su corazón fueran genuinas.

—Bueno, ¿qué? ¿una peleíta? —Vermillion se puso en posición defensiva y extendió sus garras—. Seré enclenque, pero sé dar un buen espectáculo, avisado quedas.

—¿Perdón? ¿Por qué queríamos blandirnos en batalla con un invitado de Honor?

—Eres el alma de la fiesta, ¿eh? —respondió con decepción.

Fue en aquel instante que recordó la existencia de otra habitación. Una cuyos recuerdos estuvieron envueltos, empaquetados y enterrados hasta que su mente se los devolvió. Quizá mencionarla fuera excesivo, pero necesitaba descorrer la cortina.

Tragó saliva antes de dirigirse a la sala de armas que ya conocía; Sir Vértigo se limitó a seguirle sin decir nada pese a su curiosidad. Tras entrar, a Vermillion se le revolvió el estómago al darse cuenta de que aquella habitación seguía allí, justo en la esquina, en el mismo lugar que la última vez.

Al mirar como Vértigo se acercaba a su posición por la derecha, dudó en si decir algo o no. Ya había visto lo que había ahí dentro, de todas maneras. No hacía falta un intelecto superior para hacerse a la idea de lo que pasaba cuando alguien entraba allí. Con un nudo en la garganta, preguntó:

—¿Cuánta gente ha entrado?

—¿...En el confesionario?

Confesionario. La nomenclatura fue suficiente como para asquearle. Ante la falta de respuesta, Sir Vértigo prosiguió:

—La justa y suficiente.

—¿Y cuánta ha salido?

Fue entonces su turno de quedarse callado. Al girar Vermillion la cabeza, lo primero que vio de él fueron sus quemaduras.

—¿Cuánta? —insistió.

—Depende de si estaban diciendo la verdad o no.

—¡¿Cuánta?!

A decir verdad, hablar de aquella manera hizo que se sintiera fuera de sí. ¿Había acaso alguna razón para que le importara tanto algo de tal calibre? Al fin y al cabo, la gente que pasó por allí ya no estaban, así que, ¿para qué preocuparse, no? ¿Verdad? ¿Entonces, por qué le conmovía aquella impotencia?

¿Qué era lo que estaba olvidando?

Un documento trasapelado le vino a la mente.

A aquellas alturas, ya podía notar que su respuesta sería otra evasiva, así que simplemente dejó que ocurriera.

—Algunos tenían suerte de solo sufrir daños por partes del cuerpo que se podían tapar con facilidad. Las secuelas más visibles se dejaban para los peores, ¿sabe? Para muchos, lo más vergonzoso era seguir con su vida como si nada a pesar de tener algo tan humillante a plena vista. Una prueba de que, aunque solo fuera por un instante, la disciplina de uno no fue suficiente. ¿Se hace a la idea de cómo se puede sentir alguien tras eso?

No podía más. Aquella conversación le estaba dando dolor de cabeza.

—Entonces, solo lo utilizasteis con criminales, ¿verdad? ¿no con inocentes?

—Solo con aquellos que se desviaban del camino correcto —rectificó, aunque el invitado de Honor no estuviera satisfecho con esa respuesta—. No tiene por qué preocuparse, quienes sobrevivían recibían tan solo secuelas menores; no más grandes que un puño, como mucho.

Vermillion no supo qué pensar. Aquello era demasiada información que procesar de golpe. Por qué fue él quien la recibió era obvio, pero de haber sabido que lo que descubriría, se hubiera guardado el resentimiento que estaba cocinando en su interior para otro momento.

Sabía que esa historia no iba a acabar bien. A lo mejor buscaba que Vértigo la desmintiese, que le dijera que el confesionario en realidad nunca se llegó a utilizar. Que todo estaba en su cabeza. Al final, sin embargo, aquella esperanza no había servido para nada.

Tras haber recobrado la cordura, suspiró; momento en el cual la puerta en frente de sí se abrió con un ruido horrible. Tan solo se podía ver un pequeño trozo de la habitación detrás de ella, pero el poco movimiento de la puerta dejó perpleje a Vermillion. Tan pronto como se volteó para dirigirse a Sir Vértigo, este se había vuelto a esfumar. ¡Maldición! ¿Por qué no dejaba de escaquearse?

Para cuando se dio cuenta, ya estaba dentro, pero se llevó una sorpresa: aquel no era el confesionario. Lo único que había allí era una pasarela erguida en mitad de un pozo sin fondo, así que no le quedaba más alternativa que seguir adelante. Al poco tiempo de hacerlo, sin embargo, una barbaridad de trampas se activó: péndulos con hachas, pinchos, dardos, lanzallamas, tenía que pasar por juncos, por trozos de suelo que se desvanecían, por la cuerda floja, tenía que balancearse y hacer acrobacias, esquivar lanzas, deslizarse por el hielo, resolver una regla de tres, seleccionar todas las imágenes que contenían un perro, limpiar el agua que alguien más había derramado, esquivar flechas venenosas y poner agua a hervir. Menuda pista de obstáculos más detestable, pensó. Aquello ya era ridículo.

En el momento en que llegó al otro lado y abrió la puerta, algo dentro de sí se rompió.

Ahí estaba él de nuevo.

—Ah, ya está aquí. Perfecto, podemos continuar. Esta de aquí es la sala de confere--

—¡¿*Quieres dejar de hacer eso?*! —gritó, espantando a Vértigo—. Por favor.

—¿De qué está hablando?

—Por cada sitio que paso hay una trampa. Primero el escenario, luego las tumbas, después el brote de alergia, ¡y ahora lo que sea que haya sido el numerito ese! ¡Pensé que esta sería una visita pacífica! ¿O es que ya no hay motivo por el que seguir la tregua?

De las razones que se le ocurrieron para justificar por qué Vértigo hubiera actuado de tal manera, una tenía más sentido que el resto. Recordó donde estuvo la noche anterior, y los archivos que vio allí. ¿Sabía él que elle lo sabía? Era la conclusión más sensata a la que podía llegar.

—¿Es por eso que estaba tardando en seguirme el ritmo? Pero entonces... Comprendo, así que es por eso...

¿Qué?

—Tío. ¿Qué? ¿¿No has sido tú??

—¿No?

Era un farol, de eso estaba seguro. No había nadie más aparte de Vértigo y elle en la torre; tenía que haber sido él, ¿verdad? No había alternativa alguna. No *podía* haber alternativa alguna.

—Y un cuerno. ¿Quién sino?

—Si es quien creemos que es, puede que sea la misma persona que le encerró en el archivo la noche pasada... Discúlpeme, pero he de hablar con los de arriba si queremos que esto se solucione

La estupefacción de Vermillion alcanzó un grado superlativo. ¿Qué se suponía que tenía que significar aquello? Apostaría a que él era el último del cuerpo de caballeros, así que, ¿a qué venía eso? ¿Realmente tenía superiores?

¿...En qué estaba pensando? Por supuesto que no.

—¿Te crees que soy idiota?

—Se lo ruego, haga el favor de quedarse en esta habitación hasta que vuelva. Aquí debería estar a salvo.

Antes de que pudiera objetar, se desvaneció atravesando las paredes de arriba. Decir que Vermillion estaba molesto sería quedarse corto. Se suponía que era él el que tenía que acompañarle por las salas que no conocía. ¿Adónde se había ido el sentimiento de orgullo que le animó a preparar la guía? Ahora tendría que conformarse con seguir explorando por su cuenta, otra vez.

La estancia que le rodeaba era algo más pequeña que el resto, decorada con estandartes familiares en las paredes. A cada esquina habían expuestas armaduras, aunque una de las paredes destacaba por tener una peinadora con libros y un mapa de la zona entre el valle y el bosque. Asimismo, se podían ver unas sillas amontonadas cerca de una de las paredes más vacías, así como una mesa redonda en la cual supuestamente se organizarían reuniones estratégicas. Se ve que había tenido días mejores, al albergar rasguños viejos y degradados, pero aun prominentes. Se hizo a la idea de qué tipo de discusiones provocarían tales arrebatos.

Durante un instante, algo se escuchó. Algo que Vermillion no pudo identificar con claridad. Si hubiera tenido que comprarlo, diría que se parecía al sonido que hacen las piedras al rodar por una colina. El ruido solo duró lo suficiente como para ser escuchado por un oído agudo, y luego cesó.

Tras aquello, solo el corazón en su garganta se podía escuchar.

Las armaduras a cada esquina no tardaron en deshacerse de sus telarañas, desenvainar sus espadas y dirigirse hacia él. Fue rápido en reaccionar y se subió a la mesa para ganar más altura y ralentizar el avance de sus nuevos enemigos. Debido a su falta de equipo, se dedicó a esquivar estocadas y atacar con las garras cuando sus oponentes bajaban la guardia. Dejarse la daga en su habitación fue muy estúpido, en retrospectiva. No tenía problema alguno defendiéndose, el verdadero problema surgió cuando las esquinas de la habitación se abrieron y del vacío entraron más armaduras como las que le intentaron poner un pelo encima.

La emboscada poco a poco iba haciéndose demasiado para él. Estaba menos alerta. Había recibido varios golpes antes de darse cuenta. Un paso en falso. Un tropezón. Un bloqueo mal hecho.

Una espada alzándose por encima de su cabeza. Un mundo fundiéndose a negro.

El estruendo de espada contra espada hizo que volviera a abrir los ojos. Frente a él, una armadura de espaldas, bloqueando el ataque que llevaba su nombre. No había nada especial en su aspecto, era a grandes rasgos idéntica al resto, pero fue la única que iba a contracorriente. Se apresuró en derrotar a su hermana, haciendo que cayera inmóvil al suelo. Hizo lo mismo con otras cuantas hasta que creó el suficiente espacio para que Vermillion pudiera recobrar el aliento.

Antes de poder asimilar lo ocurrido, la armadura le lanzó su espada y él la agarró en el aire por instinto. Ella velozmente agarró otra de una de las armaduras debilitadas y volvió junto a Vermillion, espalda contra espalda. Aquel no era momento de pensar y él lo sabía, así que se preparó para la siguiente oleada de contrincantes. Gracias a la nueva espada, la inminente tarea fue menos ardua y con diferencia. Cabe recalcar que precisó de la ayuda de la armadura amiga en algunas ocasiones (y viceversa). En esencia, aquella repentina alianza estaba resultando mutuamente beneficiosa.

Liquidaron a todas las armaduras enemigas en un santiamén, y Vermillion acabó para el arrastre. Se permitió a sí mismo suspirar de cansancio y descansar las articulaciones.

—Uf... Gracias —jadeó.

Por su parte, la armadura amiga primero comprobó que el resto seguían aniquiladas con el pie, y luego con la punta de la espada. Una vez estuvo satisfecha del resultado, volvió hacia él, el fin de su hoja apuntándole.

Su actuación le sobresaltó, pero pronto entendió por qué le estaba defendiendo en primer lugar. Buscaba acabar con la competencia.

Vermillion, sin embargo, atacó antes, ganando algo de espacio sobre la claustrofóbica mesa. Sin importar la celeridad de sus estocadas, la armadura consiguió pararlas con su filo, aunque no sin retroceder algunos pasos. La

danza de armas siguió hasta que con un golpe certero, Vermillón giró su agarre e hizo que la armadura soltara su arma, acabando así en una de las esquinas de la habitación.

Al haber conseguido desarmarla, elle no se contuvo y continuó su ofensiva. Para su sorpresa, sus ataques ni le llegaron, ya que ella pudo defenderse y parar los golpes con índice y corazón. Un débil intento de mofarse de sus habilidades, de eso no cabía duda. Seguro se pensaba que era superior a elle y por eso tampoco le atacaba. A decir verdad, Vermillion se estaba cansando de tanta cortesía. Tenía que ponerle en su sitio.

Una vez le hubo arrastrado hasta el borde de la mesa, pegó un salto hacia el otro extremo y le lanzó la espada a su legítima dueña.

—¿Eso es todo lo que tienes?! —rio con los brazos abiertos.

La armadura se abalanzó corriendo hacia el centro de la mesa, actividad a la cual se unió Vermillion. Mientras ella preparaba un espadazo, elle seguía aproximándose a su oponente, una sonrisa aparente en sus ojos. Estaba pasándoselo como nunca. Amaba la sensación de adrenalina recorriendo su cuerpo y cómo esta hacía que su cansancio se desvaneciese como por arte de magia. Era un sentimiento sin igual que le aportaba éxtasis a mansalva y alimentaba su ego hasta atrofiarlo. Su corazón se pudría de deseo y quería más y más y *más* hasta que no pudiera sentir su cuerpo.

Antes de que la armadura le alcanzara, se deslizó y pateó su espinilla, haciendo que se cayera sobre su pierna derecha y acabara en el suelo más abajo. Al parecer el golpe fue bastante potente, ya que estuvo agarrándose la pierna de dolor mientras elle ponía rumbo hacia la esquina y recogía la espada. A Vermillion le pareció haber escuchado un siseo angustiado, pero sabía que eso era imposible. Por el rabillo del ojo se fijó en el intento de la armadura de levantarse, a lo que respondió atravesándosela entre peto y escarcela. Su yelmo miró hacia arriba a la misma vez que arqueó la espalda hasta quedarse inmóvil. De la "herida" salieron trozos de piedra. Lo suponía.

—No te muevas —advirtió mientras apuntaba al suelo.

Era evidente que la declaración de seguridad que hizo Vértigo era falsa, así que decidió que su siguiente movimiento sería seguir adelante. El dilema radicaba en que la puerta por la que había entrado estaba cerrada a cal y canto. Además, las esquinas por las que había entrado la avalancha de armaduras habían vuelto a su posición original. Vermillion optó por inspeccionarlas de todos modos, apartando las armaduras que le impedían el paso. A primera vista, no parecía haber un mecanismo de apertura aparente. ¿Quizá estaba al otro lado de la pared? Cerró los ojos y se imaginó qué aparejo sería capaz de deconstruir y reconstruir las esquinas con tan poco esfuerzo.

Algo forzó a Vermillion a abrir los ojos. Una amarga punzada directa a la cabeza.

Una lluvia de pilares le había encerrado allí mismo. Provenían de todas las paredes de la sala de conferencias y, pese a que solo uno alcanzó a darle, tuvo la mala suerte de que impactó contra su cabeza y estuviera a punto de perder el conocimiento. Pudo sentir como brotaba la sangre bajo su casco mientras caía arrodillado. A su vez, la armadura, que había estado señalándole, agarró la empuñadura de su espada y se la sacó de sus entrañas con dificultad. Los pilares se retrajeron a la misma vez que ella se puso en pie y cojeó hasta su dirección. Aprovechó que Vermillion aún se encontraba en el umbral entre la vigilia y el desmayarse para acercar el filo de su arma por encima del hombro de su víctima, acercándose más y más a su cuello.

Hasta que se detuvo. Pasaron unos instantes antes de que las armaduras caídas volvieran de donde provinieron como animales huyendo de un depredador. La armadura amiga también lo hizo, pero no sin llevarse a Vermillion consigo. Le agarró por la espalda y le tapó la parte del casco donde estaría su boca a la vez que la pared les engullía. De no ser por el malestar y mareo que seguía teniendo, hubiera forcejeado hasta salir libre. Sin embargo, había llegado al tope de sus fuerzas y, por ende, solo podía limitarse a mirar a través de la grieta que había dejado la pared. Por la proximidad de su compañera, supuso que el hueco era para ella, aunque no entendió su propósito hasta que no lo escuchó:

—¿Von Kavalier?

Notó su destello azul traspasar la grieta hasta que pudo verle en su totalidad. Sir Vértigo había vuelto, y estaba revisando todos los rincones de la habitación. El aliento de Vermillion murió en su lengua al sentir cómo la presión en frente de su boca aumentó.

—Ay, por favor, otra vez no. —Su voz era prácticamente un susurro—. ¿Dónde se ha metido...?

Siguió buscando durante un buen rato hasta suspirar y rendirse. Entonces, se quedó quieto en mitad de la estancia y cerró los ojos. En su cara estaba reflejada la más profunda concentración; parecía muy determinado en lo que quiera que estuviera haciendo. Por desgracia, su esfuerzo no obtuvo resultados, así que chasqueó la lengua y se fue echando humo.

Cuando se hubo ido, la pared volvió a desmoronarse y de ella escaparon ellos dos. La armadura le soltó con rapidez para retorcerse en el suelo; al parecer, pese a estar hecha de piedra, tanto rato de pie le había pasado factura en la pierna herida. Vermillion estuvo a punto de salir por patas en ese mismo momento de no ser porque escuchó aquello.

Un breve y reprimido gemido de dolor proveniente de la armadura. Era obvio que no quería soltarlo, pero ya era demasiado tarde. El corazón de Vermillion se desplomó hacia el suelo con previsión de nunca volver.

Ya había oído esa voz antes. Era incluso vergonzoso lo rápido que la reconoció. Deseó con todas sus fuerzas no haberlo hecho. Mas ya no había vuelta atrás.

Bajó al suelo para estar al mismo nivel que la armadura y esta retrocedió. Al ver su reacción, Vermillion echó las manos al aire en señal de tregua, y se quedó así hasta que ella se calmó. Tras eso, tomó su capa y terminó de rasgar el final hasta obtener un trozo de tela alargado.

—El tobillo, ¿no? —preguntó con demasiada suavidad.

Tanto elle como la armadura se quedaron mirándose durante lo que parecían años. De alguna manera (ni ellos supieron como), detrás de aquellos ojos, se ve que encontraron algún tipo de entendimiento. El yelmo de la armadura subió y bajó tenuemente en afirmación, y Vermillion se puso manos a la obra. En un santiamén había atado la tela a su pierna de la mejor manera

que pudo para que le sirviera de venda. No era perfecto, pero serviría por el momento.

—¿Puedes andar?

Respondió encogiéndose de hombros y sacudiendo la palma de la mano descontenta. Vermillion frunció el ceño. Si tan solo le hubiera reconocido antes...

—Lo siento.

Ella simplemente asintió una sola vez, como si dijera "yo te absuelvo". Conversar con ella pese a que no quisiera hablar se le hizo muy agradable. Al menos así podía recobrar el aliento después de... lo que fuera que acabara de pasar. Fue entonces cuando aquellas palabras, aquella advertencia, resurgieron en su mente: "los de arriba"... Si tenía razón, no se le avecinaba nada bueno. Y aun así, la armadura era la única que la había protegido en condiciones, que había velado por su bienestar, por primera vez.

...En ningún momento quiso atacarle, ¿verdad?

Vermillion se decidió en agarrarle el brazo y ponerlo sobre sus hombros a la misma vez que le agarraba la espalda. Si alguien tenía que saber cómo funcionaba Torre Cortafuegos, debía ser ella. Vértigo podía permitirse unas vacaciones.

—Venga, agárrate fuerte —le pidió, y ella no tardó en obedecer—. A la de tres: Una, dos y...

Que se levantaran supuso un esfuerzo sobrehumano, teniendo en cuenta que la estatura y peso de Vermillion eran inferiores. Sin embargo, el brazo derecho de la armadura nunca soltó sus hombros.

—Vale, ¿adónde vamos? —gruñó, agarrándole de la muñeca con su mano libre.

La armadura se limitó a apuntar a una de las paredes, la cual se deshizo hacia la oscuridad. Un cierto runrún revoloteó por la cabeza de Vermillion al hacerse el agujero, sin saber exactamente de dónde provino, o si era le únique que lo había escuchado; o sentido. Ya había dejado de poder

diferenciar muchos de sus sentidos. Con la ayuda de Vermillion, la armadura cojeó hasta adentrarse en el abismo y reconstruir la pared tras de sí, deshaciéndose de su rastro, hasta que la sala de conferencias quedó vacía de nuevo.

???

\$@J 6= 2CE6D2?@ C62=] \$@J BF:6? 6D42Aó 56 DF 4C624:ó?] \$@J F?
3íA65@ D:? 2=2D] ¿"F:é? D@Jn

Notas

[←1]

Los soles son la moneda oficial de Galtérea. El sol es una moneda bastante débil: actualmente (en 2025 (pre-recesión)), 1 sol equivale a 0,00825€, o 0,00854 USD.